

A G U S T Í N      E D W A R D S

**ELOGIO**  
DE  
**DON ELIODORO YÁÑEZ**

Y BOSQUEJO PANORÁMICO DE LA PRENSA CHILENA

---

DISCURSO DE INCORPORACIÓN  
A LA ACADEMIA CHILENA,  
Y RESPUESTA DE DON LUIS BARROS BORGOÑO

SANTIAGO DE CHILE  
**IMPRESA UNIVERSITARIA**  
ESTADO 63

---

1933

**Elogio de don Eliodoro Yáñez**

A G U S T Í N      E D W A R D S

ELOGIO  
DE  
DON ELIODORO YÁÑEZ

Y BOSQUEJO PANORÁMICO DE LA PRENSA CHILENA

---

DISCURSO DE INCORPORACIÓN  
A LA ACADEMIA CHILENA,  
Y RESPUESTA DE DON LUIS BARROS BORGOÑO

4020

SANTIAGO DE CHILE  
IMPRESA UNIVERSITARIA

ESTADO 63

---

1933

## El espíritu de Don Eliodoro Yáñez

La ley implacable que rige la existencia humana privó a esta docta corporación de las luces de mi ilustre antecesor, y bien osado sería si creyese que se me había elegido para reemplazarlo. Llego aquí sólo a sucederle en el sillón vacío que él dejara después que, siguiendo esa ley, ha atravesado el pórtico que separa estos campos de nuestra vida con sus montañas en que alternan los faldeos risueños con los despeñaderos abruptos, de esa otra región extraterrena y diáfana en donde su espíritu se encuentra ahora brillando, libre de las mordeduras de la rivalidad que la muerte extirpa de raíz, para que nada desfigure los contornos purísimos de la justa fama ante la posteridad.

A la tradicional costumbre de recordar en actos como éste la figura espiritual y los merecimientos intelectuales del académico desaparecido, se agrega, en este caso, el deseo personal que abrigaba de encontrar una oportunidad digna de la obra literaria de don Eliodoro Yáñez, que me permitiera medir hasta donde el cartabón incierto del lenguaje y mi

propia deficiencia lo consientan, la fuerza filosófica, dialéctica, política, periodística, parlamentaria y tribunicia que la República ha perdido. Nuestro patrimonio espiritual, formado por la riqueza impalpable, pero fecunda, de la intelectualidad de los hijos selectos de Chile, ha sufrido serio menoscabo. Queda, sin embargo, impreso en los anales patrios el sello indeleble de una personalidad que no se ha esfumado ni se ha olvidado porque ha perdido sus formas corporales.

En los setenta y dos años de su accidentada y fecunda existencia, don Eliodoro Yáñez, nacido en Santiago de Chile el 6 de Mayo de 1860, experimentó todas las alternativas de la vida, desde la vigilia dolorosa, a la luz de un candil de sebo, para aprender las primeras letras, a que lo obligaba la pobreza, hasta la fortuna y el buen pasar de sus últimos años. Esa rica y accidentada gama de experiencias formó el temple de su alma y modeló las singularidades de su carácter. Las privaciones e incertidumbres de los primeros años no le amargaron. Esto sólo ocurre con los débiles e impotentes, a los cuales miró siempre con distancia invencible, si bien no exenta de compasión. Tampoco le deslumbró más tarde la fortuna, que miró como un auxiliar poderoso para dejar su camino libre de preocupaciones materiales, a fin de darle vigor y alas al ejercicio de sus indomables energías espirituales.

En su peregrinación ascendente hasta llegar a la cumbre de una jornada que fué brillante y provechosa, dominó los obstáculos del camino sin apasionamientos disonantes, sin alzar la voz ni para agredir airado, ni para vanagloriarse del triunfo, ni para renegar y desconsolarse en la derrota. Su sangre no era ardiente para combatir en la vida pública, y no cayó jamás en el arrebato que pudiera destemplan el tono argentino de su voz, ni descomponer la pausa del gesto

ni la suavidad del ademán. El fuego de su temperamento ardía muy hondo en la intimidad de sus afectos, que se consumían sin arrojar llamaradas ni chispazos, iluminando sin cesar los repliegues más secretos de su alma tiernamente sensible y tesonera-mente razonadora.

En la arena abierta y ventilada del Parlamento, del foro o de la prensa, no reveló jamás pasiones violentas. No se le conocieron ni entusiasmos desbordantes, ni odios profundos, ni rencores inextinguibles. Sus inclinaciones de partidario o de adversario, fluían más bien de la orientación sustantiva de su palabra hablada o escrita, que de la tonalidad vigorosa de la frase.

No se afaná por acelerar la marcha de los acontecimientos, que para él estaba determinada por fuerzas múltiples, circunstancias ocasionales y ocurrencias que escapaban a la voluntad y previsión de los hombres. Ese concepto arraigado y hondo de la importancia secundaria de la acción individual ante el predominio irresistible de los intereses y pasiones de la colectividad, le hacía ver la curva de su propia vida trazada, un poco al azar, por fuerzas convergentes, ignoradas y sorprendidas; y murió como vivió: montando guardia en el umbral de su propio destino.

Su cualidad sobresaliente era el sentido del derecho, y su finísimo intelecto penetraba sin esfuerzo en el intrincado laberinto de sutileza con que la acuciosidad humana suele enmarañar la fibra moral purísima que constituye su esencia, extrayendo la savia misma de la verdad fundamental envuelta en la cuestión debatida, con una rapidez desconcertante, que le permitía aprovecharla y presentarla en la luz más favorable a su tesis y a los intereses que le habían sido confiados. Don Eliodoro Yáñez era, ante todo, abogado, esto es, «el profesor de jurisprudencia que con título legítimo defiende en juicio, por escrito o

de palabra». En el ejercicio de esa profesión, disciplinó su mente y afiló sus armas para el combate más recio y público de la vida parlamentaria y del mundo del periodismo.

Con suprema elegancia en el decir, alegaba asido a la esencia misma de la ley, dirigiéndose a los jueces no tanto como a magistrados endurecidos en la aplicación implacable de sus disposiciones, sino más bien como a seres humanos, capaces de penetrarse de las injusticias y sinrazones que suele engendrar un concepto traidoramente simplista de su letra.

En el Foro como el Parlamento, su penetración y sensibilidad intelectual le impulsaban a adelantarse a los acontecimientos y a esperarlos con una certeza y serenidad que, en más de una ocasión, provocaron en sus adversarios recriminaciones de artimaña y de engaño. «La verdad sin ambages quema, deslumbra o, por lo menos, extraña a quien no puede soportarla», decía con frecuencia cuando se le acusaba de presentarla mutilada. Por eso—agregaba—hay que administrarla dosificada. Atrevida y sutil parece la aseveración; sin embargo, no hay alma compasiva que no se atenga a esa piadosa regla de conducta. ¿Damos, acaso, una mala nueva por más que callando lo peor incurramos en el pecado de ocultar quizás la parte principal de la verdad?

Naturaleza reconcentrada y revestida de una co-  
raza externa de frialdad, para resistir mejor las em-  
bestidas en una lucha que presintió ardua, desde que  
a los 29 años, en 1889, se le designó relator de la Cor-  
te de Apelaciones de Santiago, don Eliodoro Yáñez  
guardaba para su hogar y sus amigos, sensibilidades y  
ternuras que pasaban inadvertidas e ignoradas para  
el gran público, que veía, oía o leía sólo al abogado,  
al parlamentario y al publicista. No fué meticuloso  
para observar prácticas religiosas y, sin embargo,  
miraba hacia la Religión con respeto profundo, por

lo que hay en ella de consolador; con temor reverencial, por lo que encierra de misterioso y divino; con recóndita ternura y orgullo, porque le traía recuerdos de su infancia, cuando a los once años de edad, ante un intento de blasfemia de uno de su propia sangre, que hería en lo más vivo el fervor cristiano de su madre, se había abalanzado sobre él castigando con su propia mano tamaño desacato.

A edad temprana comenzó su carrera parlamentaria, pues contaba escasamente 33 años cuando fué elegido Diputado en 1893. Diez y siete años más tarde, en 1910, llegaba al Senado de la República representando a la provincia de Valdivia.

Su ductilidad le permitió abordar los más variados temas de los debates parlamentarios con singular maestría, con espíritu de conciliar hasta lo inconciliable, con afán de abarcar todos los aspectos visibles e invisibles de la cuestión discutida. Y eran tales la fineza de su dialéctica y la penetración del escarpelo con que hacía la vivisección de los negocios más intrincados y densos, que los adversarios, desorientados y perplejos, lo atormentaron más de una vez con imputaciones de sofistería. Empero, él seguía imperturbable su camino, sin cuidarse ni poco ni mucho de la vocinglería de los que intentaban detenerlo levantando en alto, para ultimarlos, el puñal envenenado de la desconfianza. Barajaba los golpes esgrimiendo su inagotable dialéctica que, como las hojas toledanas, se plegaba sin romperse, con pasmosa ductilidad.

Ante las ofensas con que los impotentes y los débiles querían abrumarle, su mirada fría e irónica de hombre culto se dirigía hacia los sabios consejos de los clásicos de la antigüedad, y con Eurípides, en su *Andrómaca*, pensaba que siempre «el hombre digno olvida las injurias pasadas».

En la arena candente de la política y en el seno del Partido Liberal, la lucha fué recia e ingrata para don

Eliodoro Yáñez. Se estrenó en ella cuando el predominio de un grupo selecto de la comunidad chilena le permitía a éste guardar celosamente, como un arcano impenetrable para los neófitos en la vida pública, la dirección de los negocios políticos y electorales, y se afilió a un partido en el cual ese carácter de exclusivismo alcanzaba su mayor grado.

El medio en que don Eliodoro Yáñez comenzó a bregar para abrirse paso le hizo temer, acaso equivocadamente, que la República estuviese viviendo en un gobierno de oligarquía como el de Esparta, o el de Atenas después de su captura por los lacedemonios, o de los duumviratos y triunviratos del Imperio Romano, o de Venecia en el siglo XIII, o de Suiza en el siglo XVIII, y se encontrase amenazada de los mismos peligros que habían socavado aquellas civilizaciones, de más solidez en sus cimientos y en sus irradiaciones populares que la incipiente y limitada cultura chilena. La reacción temprana de su espíritu en los primeros tiempos de su carrera política, tuvo una influencia profunda en sus orientaciones y en sus actos. A ella es lícito atribuir su actividad parlamentaria constante en el campo de la legislación social y su prédica incansable contra el individualismo, en una época en que el espíritu chileno vivía despreocupado de semejantes problemas, y el ambiente general, salvo una que otra manifestación esporádica de fermento popular, era refractario y ajeno a innovaciones motejadas de atrevidas y peligrosas.

Bien pronto su acción y su palabra le colocaron en la vanguardia de las filas liberales, y se le consideró el más moderado en la forma y el más avanzado en el fondo de todos los que en los comienzos de nuestro siglo dirigían los destinos del histórico Partido Liberal, trabajado en su seno por tendencias, intereses y aspiraciones que iban desde el radicalismo socialista —aun no bautizado con ese nombre— hasta el pelu-

conismo rancio que, sin confesar su fidelidad a la arcaica doctrina, no abandonaba sus prerrogativas ni perdía aún la autoridad legendaria que le confería una magnífica tradición de buen gobierno.

Sin apartarse de las filas políticas en que militó desde su juventud, Yañez acentuó la confesión y práctica de doctrinas sociológicas que fueron, poco a poco, dejando en la penumbra y en el olvido las enseñanzas de la escuela liberal individualista que predominaba entre sus correligionarios. Sin esfuerzo, sin librar los combates del disidente que reniega de sus doctrinas, fué colocándose en otro plan de ideas que estimaba más conforme con las exigencias y necesidades de la sociedad humana de su tiempo; y sin abrir cátedra de reformador, ni menos de revolucionario, puso al servicio de las nuevas ideas que sustentaba, toda la fuerza de su dialéctica, toda la elegancia de su oratoria, toda la suavidad de formas de su naturaleza, instintivamente refractaria a los encuentros groseros y a los procedimientos violentos.

Así fué como en 1915 la juventud avanzada de su partido llegó a señalarle como el adalid de sus aspiraciones, y por ende, el más indicado para dirigir, como Jefe del Estado, los destinos de la República. El mismo, empero, se encargó de eliminarse de la contienda, influyendo para que la Convención Liberal de ese año, en la cual se habían reunido todos los partidos de extrema izquierda, se pronunciase por otra candidatura. Sentía, seguramente, que no había llegado todavía para Chile la hora de modificar radicalmente sus rumbos sociales y económicos y, mirando hacia adelante cuando los demás sólo veían el momento, como tantas veces le ocurriera en la vida, se inclinó y dejó pasar la caravana política sin tomar la dirección de sus rumbos.

Transcurrieron cuatro años, y en 1919 realizó un viaje a Estados Unidos y Europa, en los momentos

en que aquellos grandes pueblos se estremecían en las angustias y estertores de la Gran Guerra, y recibían en el seno agitado de sus incontables masas humanas, las repercusiones agudas y tormentosas de la revolución rusa. Los presentimientos en cierto modo platónicos de un mundo nuevo en el orden social, que solían atormentarlo en sus horas de vigilia y reflexión, cuando meditaba en el apacible rincón de su bufete sobre el porvenir político de Chile, adquirieron forma, vida y movimiento ante la zozobra y la agitación que advirtió en el laboratorio gigantesco en que se ha generado la civilización contemporánea. Y volvió a Chile preocupado. En una naturaleza como la suya la preocupación era lo que en otras se hubiese transformado en sobresalto. Las páginas de su libro *En viaje* atestiguan esa preocupación y revelan, no obstante, un sentimiento de sano optimismo, sin el cual hubiera caído en el desaliento.

En ese libro—el único que publicó don Eliodoro Yáñez, pues sus afanes parlamentarios, forenses y periodísticos absorbieron la médula de su intelecto—, escrito a guisa de apuntes de viaje de una misión comercial que el Gobierno de la época le confió, aparecen en todo su vigor y lozanía el fino espíritu de observación del político y del sociólogo, el cálido temperamento del artista que siente la belleza de la campiña o de la ciudad en que se encuentra y, por sobre todo eso, un apego entrañable a su tierra de Chile, que lo lleva a mirarlo y sentirlo todo a través de un prisma genuinamente nacional. Empero, todo lo ve y describe sin perder la ponderación en el concepto y en el lenguaje. Era de los que creían que ni el Derecho, ni la verdad, ni la bondad, ni la modestia ni la belleza necesitan alabanza, porque todo eso es armonía; armonía de actividades, el Derecho; armonía de proporciones, la verdad; armonía de sentimientos, la bondad; armonía de distancias, la mo-

destia; armonía de líneas y colores, la belleza. Creía también que el mundo, los hombres, las ideas, vivían en estado de metamorfosis constante. Estaba en lo cierto. Quemamos hoy lo que ayer adoramos; ensalzamos hoy lo que ayer condenamos; y llegamos a concluir, filosóficamente, que todo es relativo y deleznable, menos ciertos principios morales esculpidos en la conciencia humana mucho antes de que brillaran en la oscuridad de los tiempos primitivos las primeras luces de las Tablas de la Ley.

Apareció la primera de las tres ediciones que alcanzó su libro, en Santiago de Chile durante el mes de Septiembre de 1920, cuando se esbozaba por segunda vez su silueta política como una de las que mejor plasmaban las aspiraciones populares del momento. Sus páginas empapadas de actualidad internacional, política y social, revelaban que a la edad de sesenta años había logrado alcanzar toda la experiencia y ponderación de una larga, estudiosa y fecunda vida, sin perder un adarme de la virilidad de su época juvenil. «Mi viejo optimismo de la vida, ya un poco decaído y maltrecho, todavía me ayuda y me mantiene siquiera un reflejo de esa juventud del espíritu que siempre me ha sido tan mal interpretada», le decía ocho años más tarde, en una carta, a una persona de su intimidad.

En las anotaciones y reflexiones que hace en su libro, sobre la paz de Versalles, firmado pocos meses antes de publicarlo, duda que haya logrado reconstruir el mapa político de la Europa y echar las bases de la futura organización internacional como se proponía, pues «cada una de las cláusulas del Tratado es una gestión diplomática en perspectiva, una negociación que hacer, una solución que buscar». Acentuando su escepticismo, agrega: «La Historia enseña que todos los arreglos del mundo han resultado fallidos, y los más grandes hombres no han contado

con esas fuerzas imprevistas que deshacen los cálculos más bien pensados».

Al morir, en 1932, pudo ver que sus reflexiones de 1920 aparecían con luces proféticas.

En las páginas de su libro se refleja nítidamente la impresión más honda de aquel viaje. Quizás su espíritu estaba ya orientado en ese rumbo y, por ende, preparado para recibirla. Para él la guerra había puesto término al orden político existente en Europa, y las ideas de cooperación y de solidaridad social habían avanzado tanto que señalaban normas a las relaciones de los Estados. Alude al progreso de las ideas de cooperación internacional y al avance del concepto de solidaridad social con estas palabras:

«La paz universal no puede ser fundada sino sobre la base de la justicia social, y la no adopción por una nación cualquiera de un régimen de trabajo realmente humano, es un obstáculo a los esfuerzos de otras naciones deseosas de mejorar la suerte de los trabajadores de su propio país.»

No había, empero, don Eliodoro Yáñez abandonado la doctrina liberal y, menos aun, su esencia misma, la democracia, para abrazar el credo socialista. Lejos de eso: siete años después de publicar su libro escribía su discurso de incorporación a esta Academia, y, recordando un memorable debate sostenido en el Senado en 1916 con su eminente antecesor, don Enrique Mac-Iver, adversario de toda tendencia socialista, decía que había que distinguir entre el socialismo como escuela y el socialismo como partido que lucha por cambiar las bases constitutivas de la organización social, y la política, llámesela o no socialista, que persigue la solución de los problemas sociales ajustada a un alto concepto de justicia social.

«Entre la organización de la sociedad bajo la dirección de las clases inferiores o incultas del país, que es la fuerza y el peligro del comunismo, y su

organización, o mejor dicho, su regularización sobre esta base de justicia social que mira al bienestar y a la cultura de las clases trabajadoras o desheredadas de la fortuna, hay una diferencia fácil de apreciar.

«El punto sustancial de divergencia entre el concepto oligárquico, si es posible llamarlo así, y las tendencias político-sociales, se encuentra en el derecho de propiedad. Tratar esta materia en extremo sería salir del fin útil de este acto.»

Más adelante, en ese discurso de incorporación, recuerda las doctrinas sostenidas por Mac-Iver en otro debate de 1912, en lo concerniente al derecho de propiedad, y declara:

«Afiarzar fuertemente el derecho de propiedad, en su esencia, como vínculo jurídico, y reglar prudentemente su ejercicio, es quizás el medio práctico de dar una base sólida y combatir las tendencias comunistas que amenazan los cimientos de la sociedad moderna y el concepto mismo del Estado. El comunismo es hoy el sombrío fantasma que se levanta contra la civilización actual y se extiende por el mundo entero, al amparo de las disidencias políticas internas y de la acción y la influencia de la Rusia bolchevista; pero la manera de combatirlo eficazmente es evolucionar y ajustarse a las necesidades y deberes que hoy se imponen al interés social.

«En el fondo, es el problema obrero, es la lucha entre el capital y el trabajo, lucha tan antigua como la civilización, y cuya solución el siglo XIX no alcanzó a realizar, legando al siglo actual un problema que el desarrollo de las industrias y el comercio no ha hecho sino agravar.»

En su libro mismo define su concepto de socialismo diciendo que es tan vago como aquel de Proudhon cuando el juez, en el curso de un proceso, le preguntó en qué consistía, y aquél le repuso que lo era toda aspiración hacia el mejoramiento de la sociedad. El

socialismo—afirma en su libro—tiene diferente sentido en cada país; es tan antiguo como la organización de los pueblos; existe y prospera en una u otra forma en todos los países; mira a la solución de los problemas que engendra la vida en sociedad, desde el punto de vista del bien común de los desvalidos y no del predominio del capitalista, o del predominio del régimen autoritario.

«La acción del Estado es—dice—cada día más intensa y más requerida para la solución de numerosos problemas sociales y económicos, como medio de fomentar las iniciativas individuales, encauzarlas hacia el bien público y suplir su eficacia. . . .»

Refiriéndose al caso preciso de Chile estampa esta declaración:

«. . . . desearía que en mi país se desarrollara un socialismo chileno sin ideas exóticas ni imitaciones estrafalarias, pero con una alta comprensión de nuestros intereses y nuestras necesidades, de las condiciones de nuestro territorio y la mentalidad de nuestra raza; un socialismo que combata el anarquismo con la abundancia, que proteja nuestros capitales que son insuficientes para el desenvolvimiento del país, y fomente, discipline y organice el trabajo, extirpando los vicios y elevando la condición moral y material del trabajador.»

En medio de la atracción que ejercen sobre él las doctrinas avanzadas de un mundo político que nace de las ruinas de otro recién derrumbado en la guerra, prevalece la ponderación de su espíritu, y a guisa de protesta por la persecución rusa contra el orden económico y social existente, cita esta frase de Waldeck Rousseau:

«No se mejorará jamás la suerte de los obreros, amenazando la libertad de los patrones; no se hará nada eficaz en el orden financiero, si se disminuye la seguridad de las inversiones capitalistas.»

El fondo esencialmente liberal y democrático de su espíritu, se revela sin ambages ni circunloquios en las frases candentes, acaso las más fogosas de su libro, con que fulmina la tendencia sindicalista a agrupar a los hombres por gremios y clases, «con entera prescindencia de la acción política y ligada a un concepto internacional, que hace depender su acción, no de su propio interés ni del interés patrio, sino de autoridades e influencias extrañas y, algún día, enemigas del interés nacional». Es ésta—dice—una obra «demoledora de los cimientos del edificio social, porque tiende a crear fuerzas activas contrarias al mecanismo regular de los partidos, que impulsa la marcha progresiva del país». Y califica el concepto sindicalista gremial de revolucionario, de anti-democrático, de «primer paso hacia la dictadura del proletariado», de anti-liberal «porque es la negación del derecho igualitario, de su ejercicio libre por medio del sufragio universal, y de la libre compensación de los valores sociales», y, por fin de anti-conservador, porque es demoledor y no evolutivo, porque es revolucionario y no autoritario. Declara que «reunir a los hombres en grandes colectividades, llámense asociaciones, federaciones o sindicatos, que se propongan influir sobre la cosa pública y alejarlos de la acción política para darles por bandera su interés personal o gremial, es, sencillamente, desquiciar la sociedad y destruir el país».

Los conceptos citados del libro de mi eminente antecesor, dan una idea precisa de las doctrinas que sustentó como publicista. Son sus propias palabras al escalar los peldaños más altos de su ascensión política. Si bien no llegó en 1920 a la Jefatura del Estado, que recayó en un ilustre repúblico de ideas afines, continuó don Eliodoro Yáñez ocupando en el Senado de la República una posición culminante,

hasta que vientos tormentosos lo sorprendieron presidiéndolo.

No cabe en este recinto, ante esta docta corporación, durante esta sesión solemne, recordar acontecimientos posteriores que desencadenaron desencantos y sufrimientos sobre el parlamentario, sobre el publicista y sobre el ciudadano. El respeto a su memoria y el recuerdo de su propia idiosincrasia obligan a echar el manto piadoso y elocuente del silencio sobre los sinsabores que lo acompañaron a la tumba.

Sobrellevó la amargura y los sufrimientos físicos de sus últimos días con admirable estoicismo. La exuberancia de su vitalidad le conservó hasta el fin el ansia de vivir. En esas horas tristes y atormentadas, le decía a una de las personas de su mayor intimidad: «Estoy en el problema último del hombre, el problema de seguir viviendo. Querría vivir aunque fuese paralítico, porque me quedaría siempre el pensamiento.» En la hora suprema de desgarramiento, cuando su alma acongojada flotaba en los lindes que separan el mundo de la carne del mundo del espíritu, acaso le llegaron, como un tenue soplo, a través de los siglos, las últimas palabras de Rabelais: «Me voy en busca de la gran incógnita.» (Je m'en vay chercher un grand peut-estre)—Ortografía de la época—(1495-1553).

## II

### Algo sobre "La Nación"

Innecesario parece recordar en detalle las diversas etapas de la carrera pública de don Eliodoro Yáñez. Nadie ignora que fué Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, Consejero de Estado, Miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, Miembro del Instituto Americano de Derecho Internacional, Académico de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de la Universidad de Chile, que presidió varias de nuestras Sociedades más importantes y desempeñó misiones de gran labor y responsabilidad fuera de Chile. Más que la enumeración de los cargos públicos que ocupó, interesa su figura intelectual, que descolló en los dominios de la oratoria y en el campo de la literatura. Orador y publicista, recogió el aplauso aun de aquellos que disentían de sus ideas, por la elegancia impecable de la forma, el ingenio del concepto y el encadenamiento lógico y cerrado de la argumentación.

Publicista y no periodista me atrevo a llamarlo, aun cuando fundó *La Nación*, porque *periodista* es, según el Diccionario de la Lengua, «el que tiene por

oficio escribir en periódicos», y *publicista*, «el autor que escribe del Derecho público o persona muy versada en esta ciencia». El publicista, como dice un pensador, expone sus ideas sobre los negocios públicos en la prensa en forma que atrae y subyuga, y periodista es el que, ante todo, hace de su diario un éxito comercial.

El 14 de Enero de 1917 don Eliodoro Yáñez fundó, en compañía de algunos amigos, el diario *La Nación*, más con el ánimo de crear una tribuna para sembrar ideas que con el propósito de constituir una empresa de comercio.

La mayor aspiración de su vida era consagrarse a sembrar ideas, ya que no podía pretender convertirse en educador de pueblos. Así lo dijo en un discurso que pronunció en Chillán el 11 de Abril de 1920. Ese mismo concepto se desprende del artículo de fondo que aparece en el primer número de *La Nación*. Creaban sus fundadores—dice ese artículo—un órgano de publicidad para reflejar, con elevación de espíritu y con imparcialidad, el sentimiento liberal del país, dentro de las ideas de tolerancia y buscando las soluciones de libertad que son su base fundamental. Habría de prestar «su atención especial y preferente a los problemas sociales que afectan a la parte de población que representa la actividad del trabajo y del progreso económico del país».

Orientaba las tendencias del nuevo diario el mismo programa de la Convención Presidencial de dos años antes (1915), compuesta de los partidos avanzados de la corriente liberal que habría elegido candidato a don Eliodoro Yáñez si éste no hubiese renunciado para facilitar el acuerdo.

Iba a cuidar *La Nación*, entre otros menesteres, de impedir que los Poderes Fundamentales del Estado se apartasen «de la senda de la legalidad y de la corrección» y de «los principios de justicia social que

deben ser la norma de toda autoridad pública». ¡Justicia social! ¡Cuántas veces aparece en los artículos, discursos y conferencias del sembrador de ideas este concepto, que su libro *En Viaje* repite tres años después de este primer artículo de fondo de *La Nación*, siempre unido a la idea de libertad y democracia, y siempre contrapuesto a todo sistema de gobierno que atentase contra el ejercicio de las actividades individuales!

En el periodismo chileno, al cual he de referirme más adelante, el nacimiento de *La Nación* encarnó un nuevo género: el diario de combate por una ideología doctrinaria avanzada, celoso de las formas cultas, revestido de un lenguaje sereno y adornado con una presentación tipográfica de primer orden. Hasta entonces los diarios que habían alcanzado larga y próspera vida no eran de combate ideológico, y más bien reflejaban en sus artículos de fondo la opinión media y conciliadora entre las corrientes extremas. Es lógico, porque los lectores de un diario pueden clasificarse en tres grupos: uno, pequeño, de aquellos que han determinado los sucesos que se relatan; otro, algo más numeroso, que los observa, y la inmensa mayoría, que no tiene noción de lo que sucede fuera de su pequeño círculo de afectos e intereses.

Los diarios de color político definido se distinguían por su tono agresivo y mordaz, y por el fuego que centelleaba en cada línea de sus artículos de fondo.

La obra realizada por don Eliodoro Yáñez en el periodismo chileno tiene, pues, características de novedad, y ha dejado huellas y normas para todos los diarios de combate que aspiren al favor público y a la longevidad.

Cuando apareció *La Nación*, me encontraba en Londres y le escribí a don Eliodoro Yáñez. De esa carta, fechada 24 de Febrero de 1917, le envié copia al Director-Gerente de la Empresa de *El Mercurio*,

diciéndole que creía que la aparición de ese diario era un bien para el país. Le agregaba que «sería un error muy grande mirarlo como un competidor y sacrificar, por un temor comercial, fines más elevados de interés general». A don Eliodoro Yáñez mismo le decía:

«Créame que ni por un solo instante he visto en *La Nación* un competidor de *El Mercurio*, sino un elemento que puede ayudar a este último diario en su campaña en favor de la unión de los elementos liberales. Para pensar así me fundo en el perfecto acuerdo en que siempre me he sentido con Ud. para apreciar todas las grandes cuestiones sociales. En los negocios internacionales y, por fin, en los rumbos generales de nuestra política partidarista no diviso ninguna divergencia esencial de opiniones entre nosotros. Y ya que esto es así, ¿por qué no utilizar la fuerza que nace de la unidad de miras para alcanzar la estabilidad del gobierno por medio de la unión de los partidos liberales? ¿No es ésta, acaso, la primera y más sentida de nuestras necesidades nacionales?»

«El objeto de estas líneas se desprende con claridad de lo que dejo dicho. Personalmente abrigo el más vivo deseo de ver entre *La Nación* y *El Mercurio* una estrecha unión de miras en sus fines políticos de unión y concordia liberal, y una cooperación cordial reflejada en todos sus actos. En cualquier oportunidad en que yo pueda servir para afianzar esa unión de miras o para estimular esa cooperación, me tiene usted a sus órdenes, si es que usted está, como lo espero, de acuerdo con estas ideas.»

El 20 de Abril de aquel año don Eliodoro Yáñez me contestaba diciendo que no podía llegarle una palabra más grata que esa carta. «Sería para nosotros los fundadores de este diario—expresaba—una gran satisfacción marchar de acuerdo con *El Mercurio*, cuya

importancia y antigüedad lo ponen a cubierto de rivalidades periodísticas.» Y luego agregaba:

«Como usted lo recuerda en su carta, tengo yo el honor de sentirme en perfecto acuerdo con usted para apreciar todas las grandes cuestiones de interés público, en materia económica, internacional o en las cuestiones sociales, y en algo más, que es no subordinar los rumbos generales de nuestra política a un interés partidarista de ocasión.»

Así como en las Repúblicas de Grecia y de Roma, cuando no se conocía la imprenta, y el mundo, más pequeño, se contentaba con el diario hablado y gesticulado, se vivió el periódico en el foro, en las academias de los filósofos, en las asambleas populares y aun en la vía pública, así también don Eliodoro Yáñez, antes de tener una imprenta de su propiedad, vivió su diario en el Parlamento, en los Tribunales, en las reuniones de partidos y en los comicios públicos.

El periodismo le atraía y, dentro de éste, el «artículo de fondo», destinado a orientar la opinión pública, que se dió a conocer por primera vez acaso en Inglaterra, en la primera mitad del siglo XVIII, cuando grandes pensadores y literatos como Swift, Defoe y Bollingbroke salieron a la palestra de las grandes luchas políticas.

El periodismo «sembrador de ideas» empezó en Francia más tarde con la Revolución de 1789, y en los demás países de Europa en el siglo XIX, cuando se operó en el periodismo el formidable desarrollo que ha alcanzado la prensa contemporánea.

Hasta entonces los periódicos no servían de portavoces de ideologías. Continuaban llenando tan solo las funciones de aquellas «cartas de noticias» y «cartas de informaciones» escritas por individuos profesionales, precursores de los periodistas de años más tarde, en las cuales se relataban los acontecimientos más importantes que, a su vez, encarnaban imitaciones

individuales y esporádicas del «Acta Diurna» de la Roma antigua, en la cual los llamados «actuarii» relataban las guerras, las elecciones, los juegos, los incendios, las ceremonias religiosas, cuando no eran simplemente hojas que registraban medidas administrativas y oficiales, y que se publicaban bajo el nombre de «gacetas», palabra de origen levantino que significa «urraquilla», pájaro que todo lo habla, y que apareció por primera vez como sinónimo de periódico en Venecia en el siglo XVI, cuando aun no se generalizaba la imprenta, y sólo brillaban en lo que hoy llamamos periodismo los «scrittori d'avissi», con volantes escritos a mano, de alto precio y baja circulación.

Sobre el origen de la palabra «gaceta» hay diversas versiones.

Ségún el Diccionario Enciclopédico de Diderot y D'Alembert publicado en 1779, se dió el nombre de «gazetta» a esas hojas que aparecían una vez por semana, porque su precio era una pequeña moneda del mismo nombre que circulaba en Venecia a principios del siglo XVII. El Diccionario de la Academia Española da a la palabra el mismo origen que el Diccionario Enciclopédico citado. Anotaré de paso que el admirable artículo que en ese Diccionario Enciclopédico aparece bajo el epígrafe de *Gazette*, lleva la firma inmortal de Voltaire.

El grande auge del periodismo comenzó hace apenas un siglo.

A comienzos del siglo XIX, por ejemplo, la capital de España contaba únicamente con el «Diario de Madrid». En el régimen absolutista de Fernando VII la prensa no pudo desarrollarse, aun cuando hubiera contado con los medios materiales que años más tarde vinieron a darle auge tan asombroso. Al terminar el reinado de aquel monarca, sólo se publicaban en Madrid tres o cuatro periódicos, y en toda

España alrededor de diez y seis. Después de su muerte comenzó, a pasos acelerados, el desarrollo del periodismo; y al comenzar el último cuarto del siglo XIX, España y la América Española, es decir la Lengua de Castilla, pudo vanagloriarse de contar con más de cuatrocientos periódicos; la mitad de los cuales veían la luz en la Madre Patria y la otra mitad en sus antiguas colonias, entre ellas Chile, que no fué de las más remisas en contribuir al lustre de este género literario.

## Génesis del Periodismo Chileno

Desde 1812, año de la fundación de *La Aurora*, hasta 1826, se publicaron en Chile sesenta periódicos o boletines; de los cuales treinta y dos alcanzaron a publicar más de diez números, veinticuatro no llegaron a esa cifra y cuatro aparecieron sólo una vez. De esos sesenta periódicos o boletines, catorce fueron simples recopilaciones de medidas tomadas por los Poderes Públicos, excluyendo a *La Aurora* y a *El Monitor Araucano*, con los cuales se llegaría a completar diez y seis.

Coincide con un año de diferencia la introducción de la primera prensa y la publicación del primer periódico en Chile. En efecto, la máquina en que se imprimió *La Aurora* de Chile, el 13 de Febrero de 1812, había sido traída a bordo de la fragata americana «Galloway» en Abril de 1811; y no puede disputársele a don José Miguel Carrera la gloria de haber sido el progenitor del periodismo, así como todo induce a creer que fué don José Camilo Gallardo quien se sirvió de aquella primera prensa para imprimir *La Aurora*, como fué después el maestro que enseñó el arte gráfico a numerosos aprendices.

Había comprendido Carrera que el periodismo era un instrumento indispensable de propaganda política. Un sueco, Mateo Arnaldo Hoevel, fué encarga-

do de la adquisición de esa imprenta. Ciudadanos norteamericanos, Samuel Burr Johnston, Guillermo H. Burbridge y Simón Garrison, fueron los primeros tipógrafos, y un súbito británico, Alonso J. Benítez, vino contratado en calidad de intérprete o traductor. Es interesante anotar que en la fundación de *La Aurora* de Chile, como en la de *El Mercurio* quince años más tarde, intervienen principalmente individuos de nacionalidad extranjera; entre los cuales sobresalen, por su empuje y conocimientos del arte de imprimir, los de nacionalidad norteamericana.

*La Aurora* de Chile llevaba el subtítulo «Periódico ministerial y político», y un lema original y sugestivo del estado de ánimo de los patriotas de la época, que decía: «Viva la Unión, La Patria y el Rey.»

He aquí las palabras con que Camilo Henríquez se felicita, en el prospecto, de la fundación del primer diario:

«Está ya en nuestro poder el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal, la Imprenta. Los sanos principios, el conocimiento de nuestros eternos derechos, las verdades sólidas y útiles van a difundirse entre todas las clases del Estado. Todos sus pueblos van a consolarse con la frecuente noticia de las providencias paternales y de las miras patrióticas de un Gobierno benéfico, pródigo, infatigable y regenerador.»

El primer editorial del periódico mismo, que apareció al día siguiente, llevaba el epígrafe de «Nociones fundamentales sobre los derechos de los pueblos». Innecesario parece agregar que era una explicación de lo que significaba la emancipación. Era, por lo demás, un artículo de carácter didáctico y abstracto, que comenzaba con esta frase: «Todos los hombres nacen con un principio de sociabilidad que tarde o temprano se desenvuelve.» Y después de explicar

a los hombres que serían infelices si no hubiese leyes «que conservasen el orden», se pregunta quién podría establecer esas leyes cuando todos son iguales y, contestándose a sí mismo, el articulista, que no era otro que el fraile de la Buena Muerte, dice: «la sociedad misma». Y agrega en seguida: «El orden y la libertad no pueden conservarse sin un gobierno; y por esto la misma esperanza de vivir tranquilos y dichosos, protegidos de la violencia en lo interior y de los insultos hostiles, compelió a los hombres ya reunidos a depender, por un consentimiento libre, de una autoridad pública.»

Planteadas así la doctrina de Rousseau, del «Pacto Social», fulmina el principio de la monarquía absoluta y termina con estas hermosas, modestas y melancólicas palabras:

«Tenemos, pues, que trabajar mucho para ser felices. El estudio del derecho público y de la Política debe ser el de todos los buenos ingenios. El patriotismo debe hacer de él una especie de necesidad: él ha de ser el principal blanco a que deben dirigirse las instituciones públicas. El genio no suple los conocimientos que deben ser muy raros en un pueblo que nace a la libertad. Así hablaba el ilustre Condorcet el año de 1790, en París; ¿cómo hubiera hablado en América? Oh! si la Aurora de Chile pudiese contribuir de algún modo a la ilustración de mis compatriotas! ¡Si fuese la Aurora de más copiosas luces, precediendo a escritores más favorecidos de la naturaleza! Ya entonces no vivirá mi nombre. Sin duda caerá en olvido una obra débil, que sólo tendrá el mérito de haber precedido a otras mejores; pero no olvidará la patria que trabajé por ella cuanto estuvo a mis alcances y que tal vez preparé de lejos las mejoras de su suerte.»

La posteridad se ha encargado de abrigar la tumba helada de Camilo Henríquez con el calor póstumo de

la gratitud nacional. Su nombre vivirá en el corazón e iluminará la mente de los periodistas chilenos a través de los siglos.

No faltó en aquel periódico chileno el sentido comercial.

El primer aviso que vió la luz en nuestro país, al cual se refirió ya en su discurso de incorporación nuestro eminente colega don Alejandro Silva de la Fuente, apareció en el número 13 de *La Aurora* de Chile, y decía así:

«D. Henrique Ross, Ingeniero, natural de Baltimore, ofrece sus servicios al público de Chile, adonde acaba de llegar; se ha ocupado en la construcción de máquinas de todo género, particularmente las que sirven para desaguar las minas. El que quiera ocuparlo ocurra a la imprenta.»

Por lo demás, la publicación de avisos, que los antiguos judíos hacían por medio de los pregoneros, empezó en Inglaterra y, según parece, por una coincidencia curiosa, también en el número 13 de un periódico fechado en Abril de 1647, que llevaba este título original: «Sucesos perfectos del diario de cada día en el Parlamento y otras informaciones modestas». Ese aviso lo publicaba un librero para recomendar una obra que se llamaba «Los derechos divinos del gobierno de la Iglesia».

---

El 1.º de Abril de 1813, como es sabido, cesó de publicarse *La Aurora* de Chile, y cinco días más tarde aparecía *El Monitor Araucano*.

Bajo su título llevaba, como se hizo costumbre en muchas publicaciones posteriores, un epígrafe en verso, que decía:

«Descendencia de Arauco gloriosa,  
despertad el heredado ardor,  
que os esperan laureles triunfales  
y alto nombre en los campos de honor.»

Publicaba asimismo en ese primer número el decreto supremo que le daba vida, y que dice:

«Santiago y Abril 4 de 1813. La publicidad de las acciones sirve para estimular al bien, retraer del mal y alimentar el honor, alma de las grandes acciones. Con un día de intervalo se imprimirá una noticia de todas las ocurrencias interesantes y de las resoluciones del Gobno. Igualmente que las de entradas y gastos del Erario al fin de cada semana, para que tenga la opinión el influjo que debe, y cada uno se esfuerce a merecerla buena.—Carrera, Pérez, Infante.»

Aparecen desde el primer número de *El Monitor Araucano* las listas de donativos que hacían los patriotas para sostener los ejércitos que defendían la independencia. Se insertan nombramientos, proclamas y una comunicación dirigida a don Pedro José Elei-segui, agradeciéndole su patriótica actitud al rehusar la entrega de las tropas de Concepción.

El regente del taller de *El Monitor Araucano* desde el número 39 fué el impresor don José Camilo Gallardo, bisabuelo de un prestigioso periodista contemporáneo nuestro. Don José Camilo Gallardo fué el «técnico» en impresiones de aquella época; y entre los aprendices que tuvo figuraron hombres como don José Silvestre Pérez, a quien el recordado Director de nuestra Biblioteca Nacional don Luis Montt, llamó «incansable editor de almanaques y de novenas».

Empero, el alma y la cabeza que dirigía *El Monitor Araucano* era el mismo fraile Camilo Henríquez, que había fundado *La Aurora*, y lo redactó y dirigió mientras vió la luz pública, con la sola excepción de un

período de dos meses, en el cual lo reemplazó don Bernardo de Vera y Pintado.

Colaboraron en *El Monitor Araucano* hombres ilustres de la época, como don Juan Egaña y don Manuel de Salas.

---

Algunos de los periódicos o boletines, que se publicaban en la época comprendida entre 1812, año de la fundación de *La Aurora*, y 1827, cuando empezó su carrera *El Mercurio*, llevan nombres curiosos. El 25 de Mayo de 1814 apareció *Augurio Feliz o Cartas Qui-lotanas*, publicación esporádica que alcanzó a aparecer doce veces. Lo redactaba el doctor don Bernardo de Vera y Pintado, y tenía por misión primordial entablar polémicas sobre los hechos de la guerra de la independencia. Una de ellas, bajo el título de «Sobrecarta al ciudadano pacífico Rufino de San Pedro», va dirigida contra don Manuel de Salas, y en la otra bajo el epígrafe «Al defensor de tontos», aludía Vera a don Antonio José de Irisarri, uno de los negociadores del Tratado de Lircay, que había salido a la palestra en defensa de ese pacto. Vera, en realidad, traducía fielmente las opiniones de don José Miguel Carrera. Sus cartas reflejan la agitación política que reinaba en Chile en esos momentos. Literariamente no pueden citarse como modelo de corrección, aun cuando el autor era un poeta argentino de talento y notoriedad.

En 1818 apareció un semanario, *Clamor de la Justicia e Idioma de la Verdad*, que publicó ocho números. Lo redactaba el canónigo doctor don Manuel Verdugo. No hay—según parece—colección de este periódico, pero sí una reimpresión peruana, a la cual alude el señor René-Moreno en su obra «Biblioteca Peruana» (Tomo I, pág. 75).

El 22 de Junio de 1818 se inició la publicación de otro semanario, *El Duende de Santiago*, que apareció 19 veces. Esta publicación fué precedida de un prospecto de ocho páginas, que anunciaba los temas que intentaba abordar.

«Escribiré—decía—sobre nuestros negocios políticos; sobre las reformas que crea conveniente promover; sobre el estado de nuestra agricultura, de nuestro comercio, de nuestras artes; sobre los medios de adelantar estas fuentes de prosperidad pública, haciendo que del aumento de las comodidades de cada individuo salga el incremento de un erario suficiente para ocurrir con él a las necesidades del Estado.»

El redactor de este semanario fué don Antonio José de Irisarri, Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores de don Bernardo O'Higgins.

Los hermanos Luis y Juan José Carrera acababan de ser ajusticiados en Mendoza, y don José Miguel desde el destierro escribía proclamas y organizaba un movimiento contra O'Higgins. Irisarri, en *El Duende de Santiago*, se consagró a combatir el carrerismo.

En un libro inédito de don Ricardo Donoso sobre don Antonio José de Irisarri, se refiere a su acción en *El Duende de Santiago* en estos términos:

«Desde las páginas de éste pudo (Irisarri) trabar polémica con los demás papeles periódicos, conservar la seriedad de su posición oficial, mantener la reserva de su nombre y contestar a José Miguel Carrera, en el tono adecuado, a cuantos escritos difundía, desde su refugio de Montevideo, contra la administración política imperante en Chile. ¿En dónde están mis hermanos Juan José y Luis Carrera? preguntaba aquél en algunas proclamas dirigidas a los habitantes de Chile. Tus hermanos Juan José y Luis de Carrera, le respondía Irisarri exhibiendo su feroz apasionamiento, están donde tú debías estar, bajo tierra. Están así porque los hombres como ellos y como tú es

preciso que paguen algún día sus delitos. Tú y ellos destruisteis la opinión pública, os apoderasteis del gobierno, abusando de la fuerza que imprudentemente se os confió; conspirasteis contra vuestros jefes; pusisteis vuestras sacrílegas manos sobre el augusto Congreso Nacional; hicisteis nacer en la provincia de Penco aquel germen de división que nos ha sido tan funesto; fuisteis causa de la separación de Valdivia; quitasteis de Concepción a los buenos patriotas, porque no os querían, y pusisteis el gobierno y las armas de aquella provincia en manos infieles, porque sólo ellas se os podían prestar; buscasteis siempre por consejeros y por ejecutores de vuestras órdenes a los hombres más corrompidos y viciosos; gastasteis el tesoro público en objetos de vuestro capricho; disteis mérito con vuestra conducta a que el Virrey de Lima nos atacase con mil y trescientos hombres bisoños, y vosotros, más bisoños que ellos, con doce mil soldados en Maule, no pudisteis hacer más que encerrar en Chillán a aquellos miserables chilotes; perdisteis mil ocasiones de vencer, por ignorantes y cobardes; afirmasteis el odio de los penquistas contra vuestras personas, porque redoblasteis en su territorio vuestros escándalos y vuestros horrores, y aquel odio, que sólo vosotros debíais sufrir, reflujo en daño de la patria que destrozabais; fuisteis depuesto del mando por la autoridad de la Junta, y comenzó a triunfar nuestro ejército porque se hallaba mandado por generales valientes, honrados y hábiles.»

Esta publicación cesó dos días después de haberse dirigido don Antonio José de Irisarri a Londres, en misión diplomática. Hay en *El Duende de Santiago* uno que otro estudio de Derecho Público, como, por ejemplo, uno sobre el concepto de «libertad», que ocupa ocho páginas del primer número, y del cual merecen recordarse observaciones notables sobre

las diferencias que existen entre la libertad y la licencia:

«Nosotros debemos tomar lecciones de prudencia en los desastres de los pueblos arruinados por no haber usado de la libertad como debían, y no podemos, al mismo tiempo, olvidar los males que padecemos por haber confundido la libertad con la licencia. Aprendamos a temer en el ejemplo de Inglaterra los efectos de la sedición, que exige como remedio de la anarquía la suspensión de los derechos más sagrados del ciudadano. Temamos, a la vista del estado en que se halla la Francia, los desórdenes de una revolución hecha en favor de la libertad, pero ejecutada bajo el influjo de las pasiones más despóticas. Aprendamos en los sucesos desgraciados de las demás repúblicas a evitarlos con moderación, dando al gobierno la fuerza y actividad necesaria, sin robarle el poder, que resulta de la unión, y sin distraerlo con las niñerías populares, que inventa la ociosidad y fomenta la malicia.

«Llevemos, pues, compatriotas, por norte de nuestras empresas la libertad social, y no la licencia; veamos que las pasiones deben arrastrarnos a nuestro exterminio si no las enfrenamos, sujetándolas a la razón. Veamos sobre nuestras cabezas la cuchilla española que nos amenaza; este es el enemigo verdadero de nuestra libertad. Pongámonos a cubierto de este mal inminente, y si queremos hacer locuras, esperemos el tiempo en que sean menos funestas por las circunstancias.»

---

En 1822 apareció un semanario, *Mercurio de Chile* (anterior a *El Mercurio* de hoy en cinco años), que se publicó 25 veces. Fué esta publicación la primera revista que vió la luz en Chile dedicada a divulgar

y comentar las novedades científicas y literarias de mayor volumen que llegaban a conocimiento de los todavía coloniales habitantes de Santiago. Y Camilo Henríquez, que tenía la gloria de haber fundado el primer periódico, tuvo también la de haber sido el redactor de la primera revista.

Era el *Mercurio de Chile* un semanario histórico, científico, económico y literario, como aparece en la portada. Sus 25 números, el último de los cuales se publicó el 21 de Abril de 1823, forman un volumen de 494 páginas, repletas de artículos del mayor interés. En el primer número encontramos estas palabras:

«El plan del *Mercurio de Chile* es tan extenso y comprensivo, exige tal variedad de talentos, conocimientos, trabajos y relaciones, que más debía ser la empresa de una sociedad literaria que de un solo individuo. Mas por ahora es imposible organizar tal sociedad, y un peso inmenso de agradecimiento, la voz de mi patria, el deseo de mis bienhechores y amigos, es decir, el voto de mis compatriotas, me impelen y precisan a escribir.»

Hay artículos sobre Economía Política y Derecho Público, sobre estadística, industrias, comercio, agricultura, minería y, por fin, sobre asambleas deliberantes y sobre empréstitos. Merece, acaso, citarse a título de curiosidad esta referencia a fiestas sociales:

«S. E. el Director Supremo dió un delicado convite al señor Barón de Mac-kau, capitán de navío comandante de la fragata de S. M. Cristianísima «La Clorinda». S. E. se distinguió por su noble popularidad, y toda la lucida concurrencia manifestó su aprecio a la nación que influye tanto en la civilización general. El barón dijo en un brindis que se tenía por feliz de haber conocido al sucesor de las virtudes del señor don Ambrosio O'Higgins, de gloriosa memoria, de quien recibió una hospitalidad generosa el conde de la Pérouse. S. E. expresó en otro brin-

dis su deseo de que todos los chilenos hallasen fuera de su patria la misma libertad y hospitalidad que concede a los extranjeros con tan cordial placer. El Ministro de la Gobernación dijo que esperaba de las casas de Borbón y de Brunswick, así como las primeras en el orden constitucional, así lo fuesen en reconocer los títulos constitucionales de Chile. Otros señores brindaron por la tolerancia, por los progresos de la ciencia y de los grandes principios sostenidos con tanta gloria y difundidos tan felizmente por genios incomparables de la Francia, etc.»

El *Mercurio de Chile* es un monumento bibliográfico a la extensa, aunque posiblemente no muy profunda ilustración de Camilo Henríquez, y a su espíritu abierto y tolerante en una época en que la profesión religiosa y monástica no se inclinaba a las contemporizaciones. Don Diego Barros Arana, refiriéndose a la forma en que Camilo Henríquez comentó en el *Mercurio de Chile* el terremoto de Valparaíso del 19 de Noviembre de 1822, dice:

«Camilo Henríquez se creyó en el deber de demostrar desde el *Mercurio de Chile* que los terremotos eran fenómenos del orden natural y no castigos del cielo, deplorando que fuera necesario discutir tales cuestiones, ya que esa discusión iba a demostrar en el extranjero la ignorancia del pueblo de Chile. «Es doloroso—decía—que en el año 22 de la XIX centuria, se vean en los periódicos de Sud América discusiones sobre esta clase de materias, cuando los papeles públicos son el barómetro de la ilustración o de la ignorancia de los pueblos.»

Fueron colaboradores de Henríquez en esa revista don Bernardo de Vera y Pintado, don Manuel de Salas y Corbalán y don Felipe Castillo Albo.

---

El 13 de Marzo de 1823 se inició la publicación del semanario *Interrogante y Respondente*, que apareció cinco veces.

Empezó su publicación con la siguiente estrofa de Jorge Pitillas:

«Guerra declaro a todo monigote;  
y pues sobran justísimas razones,  
palo habrá de los pies hasta el cogote.»

El título del periódico corresponde a su método de publicidad, pues a un artículo firmado *El Interrogante* contesta otro firmado *El Respondente*.

Fué redactor de esa publicación don Bernardo de Vera y Pintado. A propósito de la abdicación de O'Higgins, escribe en el segundo número estas palabras:

«La Patria ha perdido en O'Higgins al primero de sus conciudadanos; al que le debe la existencia y que dió la libertad al Perú con indecible trabajos, riesgos y fatigas: él estableció el orden, cosa que monta más que mil victorias: él era religioso, sobrio, veraz, desinteresado, benigno y justiciero.»

---

En Febrero de 1823 apareció el *Tizón Republicano* que, según Briseño, fundó y redactó don Santiago Muñoz Bezanilla.

Diez y seis números alcanzaron a ver la luz hasta el 30 de Junio de ese año, en que cesó de publicarse.

Era Muñoz Bezanilla, militar de la independencia, y sólo entró al campo de las letras a edad ya madura. Con laudable modestia, dice Muñoz Bezanilla en su primer artículo que sus trabajos «adolecerán de mil defectos, aun del idioma». Por lo mismo, buscó colaboradores que insertaron en las páginas del *Tizón Republicano* artículos anónimos o firmados simple-

mente con iniciales o seudónimos, cuya paternidad literaria se hace difícil investigar. Predominan los artículos políticos, y en seguida, los que versan sobre problemas edilicios, tales como la suciedad de las calles, la falta de pavimentación y la infección de ciertas acequias.

También llevaba el *Tizón Republicano*, a guisa de epígrafe, el terceto de Jorge Pitillas que declaraba la guerra a todo monigote.

---

Tres meses después, el 3 de Mayo de 1823, apareció el primero de los dos números que alcanzaron a publicarse de un periódico político y literario intitulado *El Despertador Araucano*, que don Joaquín Campino redactó en un lenguaje rudo y preciso. Comienza el artículo inicial del primer número con estas palabras:

«Parece que no está muy lejos el día agosto de la segunda revolución de la América, o más bien, de su segunda existencia política. Por la primera aparecimos hombres *libres*; falta hacernos *felices* por la segunda. Para aquélla nos bastó la virtud; para ésta necesitamos el esfuerzo de la virtud unido al de las luces. La segunda es más difícil, pues que el triunfo debe obtenerse sobre nosotros mismos, es decir, sobre nuestros errores y sobre nuestras preocupaciones, mientras es fácil, cuanto estamos ayudados para esta empresa del espíritu universal que preside hoy al mundo y cuya influencia nosotros no podemos dejar de participar sin quedar a ser los únicos desgraciados del orbe político.»

---

Un mes cabal después, el 3 de Junio de 1823, apareció el primero y único número que atestigua el paso por la vida de la publicidad de *El Apagador*, destinado precisamente a apagar el *Tizón Republicano*. Hizo cumplido honor a su nombre, apagándose él mismo al nacer a la vida.

Lo redactaron don Miguel Zañartu y don Gabriel Ocampo, con bastante gracia y sin las groserías en boga en aquella época. El artículo de fondo de *El Apagador* dice:

«No se espere de mí un brillante prospecto, pues más quiero hacer lo que pueda y cuando quiera que alucinar al público con promesas pomposas, que pocas veces se cumplen. No se me pregunte cuál es el motivo que me hace escribir, el orden que me propongo en este escrito, ni los asuntos que me han de ocupar, porque todo esto es un arcano, que me reservo. No me quejaré si no se da el título de periódico a este papel, porque tal vez no lo sea, y porque puede suceder que no escriba más número que éste.»

Otro artículo, intitulado «Abuso de Imprenta», contiene estas frases:

«Ese dón precioso de la libertad de la prensa que hemos recuperado: ese órgano de la felicidad no se convierta en un mal degenerando en licencia. Porque, si palabras sacan palabras, ¿quién nos asegura que aquellos a quienes provocamos han de ser siempre sufridos? ¿Y qué contestarán? ¿Heridos en una mejilla pondrán la otra para recibir el segundo golpe? No hemos nacido en esos tiempos santos.»

Las últimas frases de ese artículo de *El Apagador* aparecen proféticas a la luz de los desórdenes, motines y asonadas en que Chile vivió en la época posterior a la abdicación de O'Higgins.

---

El 11 de Septiembre de 1824 apareció, por dos veces consecutivas, un periódico intitulado «*El Alcornoque sin hojas a la sombra del Avisador Chileno*». Su efímera vida no está en consonancia con su interminable título.

Redactaron ese periódico don Nicolás Pradel y don Manuel Magallanes, que lo iniciaron con estas estrofas:

«Oyente, si tú me ayudas  
con tu malicia y tu risa,  
verdades diré en camisa  
poco menos que desnudas.»

Al año siguiente, el 6 de Junio de 1825, apareció un periódico intitulado *La Abeja Chilena* que salía sin día fijo y alcanzó a publicar ocho números en un período de cuatro meses. Lo redactaba don Juan Egaña, y en su primer número explicaba sus propósitos haciendo esta declaración:

«En cuanto nos sea posible, formaremos de este periódico una colección de piezas y memorias interesante para la historia de nuestros días; tocaremos las noticias públicas y las que se nos presentan más curiosas o útiles sobre literatura, industria y costumbres de otros países; y analizaremos los escritos u objetos políticos que puedan o deban influir sobre nuestros destinos. No se sindicará a ciudadano alguno, ni por el editor ni por comunicados; y si este defecto hiciese menos interesante su lectura, será un fatal presagio para nuestras luces y civilidad.»

Es lástima que *La Abeja Chilena* desapareciese tan pronto del escenario de la publicidad, pues contenía todo género de artículos y noticias interesantes. En su primer número aparece nada menos que un extracto del testamento del Emperador Napoleón en Santa Elena, y las palabras que le dirige en el n.º 4.º de ese notable documento, fechado el 15 de Abril

de 1821 en Longwood, Isla de Santa Elena, estando ya moribundo, a su heredero el Rey de Roma:

«Encargo a mi hijo que no se olvide jamás que ha nacido príncipe francés y que nunca se preste a ser instrumento en las manos de los triunviros que oprimen las naciones de Europa; jamás debe pelear contra la Francia, ni agraviarla de ninguna manera; debe adoptar mi epígrafe: «*Todo para el pueblo francés.*»

En los números siguientes, Egaña defiende y explica las disposiciones de la Constitución de 1823, redactada por una comisión de la cual formó parte.

---

El 25 de Abril de 1825 apareció *El Volcán Chileno*. Vió la luz precisamente tres veces, y de él no hay más noticia que la que da Briseño en su *Estadística Bibliográfica* (Tomo I, pág. 345) diciendo que fué redactado por don Tadeo Urrutia y don Manuel Magallanes.

---

Tales son, a grandes rasgos, el nombre y el carácter de algunos de los periódicos que aparecieron desde la fundación de *La Aurora* hasta que comenzó, en 1827, la era de un periodismo más sólido, que puede enorgullecerse de haber mantenido hasta nuestros días a lo menos uno de los periódicos fundados ese año.

#### IV

## El periodismo chileno hasta el siglo XX

Con la publicación de *La Aurora* y la impresión con tipo movable que casi ocho siglos antes, en 1041, había comenzado Pi-Shing en la China, se inició en Chile la era de la maravillosa transformación mecánica del arte tipográfico que dió al periodismo tan enorme desarrollo. Diez años después de la fundación de ese primer periódico chileno, un americano, William Church, natural de Boston, patentaba en 1822 en Inglaterra la primera linotipia. Y en 1827, año de la fundación de *El Mercurio* de Valparaíso, se puso en marcha en los talleres de *The Times* de Londres la primera prensa capaz de entregar cuatro mil ejemplares por hora. En 1846, un americano, Robert Hoe, revolucionaba las máquinas de imprimir hasta el punto de duplicar aquel tiraje que 19 años antes había dejado atónitos a los impresores de la época.

No bastaba, sin embargo, la rapidez en la impresión para desarrollar el periodismo. Era menester, además, que pudiese adquirirse papel a un precio que permi-

tiera poner los periódicos al alcance del mayor número posible de personas.

A comienzos del siglo XIX, la libra de papel costaba 22 centavos oro americano, o sea Dls. 492.80 la tonelada, y a fines de dicho siglo, en 1897, bajaba a 1½ centavos, o sea, Dls. 33.60 la tonelada; precio que alcanza aproximadamente treinta y seis años después, es decir, hoy día.

Tipos movibles primero, linotipias en seguida; prensas planas de ayer, rotativas de hoy; baja del papel de precios prohibitivos a precios abordables; he ahí los elementos que han transformado la prensa de Chile y del mundo, y que han permitido que las hojas esporádicas y caras, en las cuales se educaba poco y se agredía mucho, se hayan convertido en una gran industria y un gran comercio. No ha perdido su fuerza moral por esa causa. Por el contrario, ha centuplicado su influencia, siempre que ha sabido interpretar con verdad y elocuencia el sentimiento público.

Sin los elementos materiales que el genio mecánico le ha proporcionado, el periodismo, que es fuerza creadora de cultura, que es el alimento cotidiano del espíritu, no habría llegado a convertirse en una necesidad pública y en una profesión literaria.

El periodismo no debe su origen a los elementos materiales de que se vale para la impresión de los diarios, pues ya hemos visto que existían periódicos antes de descubrirse la imprenta. Don Francisco de Silvela, aquel célebre estadista español de mediados del siglo XIX, decía que la idea del periódico era algo más fundamental, más humano y, por ende, más antiguo que la imprenta.

Pero si bien no le debe su origen, le debe, por lo menos, el desarrollo portentoso que ha alcanzado en la época contemporánea.

Difícil sería hacer una reseña exacta de los periód-

dicos que aparecieron y desaparecieron en Chile en todo el curso del siglo XIX, desde 1827, año de la fundación de *El Mercurio* de Valparaíso. Empero, algunas referencias darán una idea aproximada del desarrollo y del carácter del periodismo chileno desde entonces hasta nuestros días.

Ante todo, mencionaré los diarios que, o alcanzaron una larga vida, o dejaron huellas profundas en los anales del periodismo chileno, y hoy, a pesar de los años transcurridos desde su desaparición del escenario de la publicidad, son por tan justas razones recordados con merecido orgullo.

---

Cuarenta y siete años vivió *El Araucano* desde el 17 de Septiembre de 1830, año en que lo fundó don Andrés Bello asociado a don Manuel José Gandarillas, hasta que en 1877 le sucedió el *Diario Oficial* que continúa publicándose hasta hoy día.

Refiriéndose a la época de la fundación de *El Araucano*, dice don José Victorino Lastarria en sus *Recuerdos Literarios* que «fuera del *Araucano* y de *El Intérprete*, no había, en realidad, prensa diaria o periódica que representase una opinión, sino publicaciones accidentales y efímeras que no revelaban la existencia del arte literario».

Don Andrés Bello, maestro de los maestros, filósofo antes que educador, más inclinado a retoricar, esto es, al arte de bien decir, que a los ardides de la polémica, representaba en la redacción de *El Araucano* el contrapeso literario de don Manuel José Gandarillas, jurisconsulto notable de la época, precisamente de temperamento apasionado e inclinado a la polémica. Tenía, por lo tanto, dotes especiales para el periodismo de la época, y entre ellas, el fuego de-

vorador de la actividad que don Andrés, impasible, moderaba maravillosamente.

En las páginas de *El Araucano* encontramos a Bello escribiendo ensayos admirables sobre «Educación», como se llamaron algunos artículos, o de crítica, como los publicados para analizar una obra sobre las causas de las convulsiones internas de los Estados americanos que había publicado el Arcediano de la Catedral de Salta don José Ignacio Gorriti, o sobre sistemas penales, como el intitulado «Influjo de la civilización en la moralidad», o de estímulo al Gobierno para que protegiese y desarrollase el conocimiento de las ciencias matemáticas y naturales, como, por ejemplo, creando un Museo de Historia Natural y una cátedra de química aplicada a la industria y a la agricultura. La lengua castellana, la instrucción primaria del pueblo, la lengua latina, e infinitos otros temas fueron abordados por Bello en *El Araucano*, y por lo mismo, la colección de ese periódico es una joya literaria.

---

Tenemos entre esos gloriosos despojos del periodismo nacional *El Ferrocarril*, fundado por don Juan Pablo Urzúa, aquel amigo y admirador del Presidente don Manuel Montt.

Vivió 56 años. Iniciada su publicación el 22 de Diciembre de 1855, cesó en Septiembre de 1911. En su larga vida gozó de influencia preponderante en la opinión pública, por la ecuanimidad de sus juicios y la amplitud de sus miras. Hizo hasta el fin de sus días cumplido honor al programa que se trazara en el primer artículo de su primer número, firmado «Los Editores». Decía el párrafo inicial de ese artículo:

«Vamos a publicar un diario con el título que precede. Antes de acometer esta empresa, hemos mi-

rado en torno nuestro para compulsar el estado de cosas y la situación del país. Vemos un presente notable en mejoras, indudablemente más bello que cualquiera de las épocas orgánicas de nuestra historia, pero también un presente accidentado por numerosos vacíos, en que las luces y las sombras se mezclan, no para formar la belleza de una combinación artística, como en la pintura, sino para producir una verdadera anomalía social.»

En suma, daba a entender con esta imagen literaria lo que más adelante explicaba con mayor precisión, esto es, que el título del diario correspondía a la época en que, merced a la construcción de ferrocarriles, la industria se extendía, las empresas se multiplicaban y la riqueza crecía. Mas explícito sobre su programa mismo era más adelante, al expresarse en estos términos:

«Un diario que saque sus recursos exclusivamente de la sociedad; que sin carecer de una idea propia, dé expresión y franquee la publicidad a toda idea ajena; que recoja cuidadosamente tantas sugerencias oportunas, tantas inspiraciones bellas como es posible que nazcan bajo las alas del genio individual, pero a las cuales el aislamiento condena a la esterilidad o al olvido; que en una correspondencia constante, diaria, extensa y llena de cordialidad con la opinión pública, dé pábulo a esta poderosa entidad moral y mantenga su actividad siempre ocupada en la discusión de las cuestiones e intereses sociales; en una palabra, un diario que ponga sus propósitos y su vocación en discutir con la sociedad y para la sociedad cuanto se relaciona con el bien general y que al levantar su voz hasta la esfera de los poderes públicos, ora para pedir un bien, ora para proponer una reforma, para recordar un deber o para extirpar un abuso, pueda lisonjearse de llevar consigo la confianza pública, única valla que no pueden salvar impu-

nemente las decepciones y desdenes de que no están libres las mejores ideas y los más nobles proyectos cuando no se han investido de la salvaguardia de la opinión; tal es la empresa que proponemos a la sociedad chilena y al público de Santiago especialmente.»

Aquel editorial, bastante más extenso que los artículos de fondo de hoy, terminaba con estas declaraciones:

«Por íntima que sea la alianza de un periódico con la opinión pública, siempre representa una individualidad y tiene sus ideas propias. Su felicidad consiste en que el público las acepte, y su prudencia en no imponerlas a nadie.

«En consecuencia, cualesquiera que sean nuestras ideas sobre los fenómenos que dicen relación con el progreso de las naciones y el desenvolvimiento del espíritu humano, no pretendemos imponerlas, y nos felicitaremos de ser contestados en las mismas columnas de nuestro diario. No ejerceremos otra censura sobre producciones ajenas que aquella que indispensablemente reclaman la decencia y la moral. *El Ferrocarril* hace desde ahora su llamamiento a todas las inteligencias y corazones buenos, y ofrece sus páginas en blanco a las inspiraciones del genio y del patriotismo.»

Es más que probable que este primer editorial de *El Ferrocarril* se deba a la pluma de su fundador. Aun cuando no se entregó por entero y de preferencia al cultivo de las letras, era don Juan Pablo Urzúa un hombre de gran cultura, y escribía con facilidad.

Es oportuno recordar que el señor Urzúa fundó, en 1861, con el concurso de don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana y don Francisco Solano Astaburuaga, la «Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional». Alcanzó el señor Urzúa a imprimir en los propios ta-

lles de *El Ferrocarril* los seis primeros volúmenes de esa colección.

En las páginas de *El Ferrocarril* se halla palpitante la historia nacional de los 56 años que vivió.

---

Otro diario sigue vivo en nuestro recuerdo, no por su longevidad, pues sólo alcanzó a vivir poco más de un año, sino por la honda huella que marcó en un momento trascendental en la historia de Chile. Me refiero a *La Nación* que fundó don Julio Bañados Espinosa, aquel brillante publicista, periodista y orador que figuró entre los más leales partidarios y amigos del Presidente Balmaceda.

Cuando apareció el primer número de este diario el 1.º de Febrero de 1890, se encontraba ya en su período álgido la lucha entre el Presidente de la República y la mayoría del Congreso, sosteniendo aquél que la Constitución de 1833 había querido que el régimen de Chile fuese presidencial, y el Congreso, que era indiscutiblemente parlamentario.

El primer artículo de *La Nación*, intitulado «Nuestros propósitos», declara que nace a la vida para combatir los excesos del parlamentarismo, dentro del credo liberal. Cada uno de los párrafos de este notable artículo respira el ambiente caldeado por la lucha a muerte en que estaban empeñados el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo. Los párrafos iniciales de ese editorial, que todo hace suponer escrito por don Julio Bañados Espinosa (1), decían:

«Atraviesa hoy el país una crisis política que es la consecuencia natural de causas históricas de todos conocidas.

---

(1) En su libro sobre Balmaceda y la Revolución de 1891 (tomo I, pág. 245) dice Julio Bañados Espinosa que tuvo el honor de fundar y redactar *La Nación* desde su aparición el 1.º de Febrero de 1890.

«Cualquiera que dirija una mirada a los países que gozan del sistema representativo, notará que los partidos históricos, aquellos que reflejan con fidelidad las tendencias principales de la sociedad y del espíritu humano, son víctimas de círculos que lentamente están minando su existencia y que con una rara rapidez están desprestigiando y haciendo imposible el funcionamiento regular del parlamentarismo.

«Este sistema de gobierno, que en el fondo es la sustitución del antiguo despotismo de uno solo por la Dictadura colectiva e irresponsable del Parlamento, debido a la representación de las minorías y sobre todo a la extensión del sufragio, sube un peligroso calvario, calvario que tiene en la cima su cruz y su sepulcro.

«En Inglaterra como en Francia y en Italia, como en España, el parlamentarismo es blanco de zozobras, de perturbaciones, de crisis y de caídas que amenazan muy de cerca su corta existencia.»

Refiriéndose a la intensa y violenta oposición que el Gobierno había encontrado en el Congreso en los últimos meses del año anterior, decía el editorial:

«El colmo del desgobierno y de la anarquía se vió en Octubre, cuando la coalición de las facciones personales, como mar sin orillas, se desborda y pretende invertir nuestro sistema constitucional de gobierno, queriendo sustituir el Poder Ejecutivo *de origen popular* por un Poder Ejecutivo *de origen parlamentario*.

«Hizo una revolución sin armas.

«Esta situación política, incompatible con la ciencia, con nuestra Carta Fundamental, con las buenas doctrinas, con el orden interior, con los intereses nacionales y con el equilibrio de los poderes públicos, debe ser modificada de raíz y debe concluir.»

Más adelante agrega en esta frase su profesión de fe liberal:

«*La Nación*, por lo mismo que resistirá al bandolerismo político, prestará todo su apoyo al partido liberal, cuyos principios defiende, cuyos ideales persigue, cuya gloria ambiciona y cuyas aspiraciones abraza con honradez y energía.»

Y termina con estas palabras que los acontecimientos no confirmaron un año después:

«Nuestra palabra estará siempre al lado del respeto a la Constitución, de la obediencia de las leyes, del mantenimiento del equilibrio de los poderes públicos, de la defensa del principio de autoridad y de las reformas que tiendan a la descentralización administrativa, al establecimiento de la autonomía municipal, no con palabras sino con cambios radicales en nuestra legislación, y a impedir toda clase de despotismos, tanto el de uno como el de muchos.»

---

Durante treinta y dos años vió la luz pública en Santiago, primero bajo el nombre de *El Estandarte Católico*, con que apareció desde el 20 de Julio de 1874 y hasta el 31 de Agosto de 1891, y después intitulado *El Porvenir* desde esta última fecha hasta el 30 de Septiembre de 1906, un periódico fundado por el Illmo. Arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso, y redactado durante tres años, desde 1875 hasta mediados de 1878, por el que fué Presidente de esta Academia e inolvidable Arzobispo e historiador don Crescente Errázuriz, sobrino del Prelado fundador.

Muchos otros redactores eminentes tuvo ese diario. Entre ellos figura don Rafael B. Gumucio, que dejó en sus columnas y en el periodismo chileno honda huella de su talento periodístico.

El primer editorial de *El Estandarte Católico*, por su extensión difiere característicamente de los ar-

tículos de fondo de todos los demás diarios fundados en Chile. En efecto, ese editorial, intitulado «Nuestra obra», apareció seccionado en cuatro días consecutivos. En su larga vida, cumplió *El Estandarte Católico* fielmente el programa que trazó en el primer párrafo del primer número de ese editorial. Nadie podría pensar—decía—que se fundaba el diario «para procurar la paz con los enemigos de la religión». Con gran sinceridad agregaba en el párrafo siguiente que «un diario es esencialmente una arma de guerra». Era menester «poner un dique al desborde de la impiedad». Y añadía: «El periódico es el arma adecuada; somos nosotros simples guerrilleros.» Para derrotar a los enemigos era necesario «darles siempre caza, cortarles la retirada, obligarlos, en fin, a un combate cuerpo a cuerpo, que constantemente procuraban rehuir». Y como si esa primera sección del extenso editorial hubiera podido interpretarse como agresiva, comenzaba la segunda del día siguiente (21 de Julio de 1874) con esta frase: «Moderación es la primera de las cualidades que *El Estandarte Católico* se empeñará en demostrar como distintivo de su polémica.» Se encontraba firmemente resuelto—decía—a no dejarse arrastrar jamás al terreno de las injurias, y explicaba que no podría tildársele de personalizar si recurría a «la palabra desagradable y dura, pero justa» para «calificar el acto público de un hombre público, su incapacidad, su falta de saber, de lealtad o consecuencia». «Si tan allá—continuaba—nos debiera llevar la moderación, tanto valdría que dejaríamos nuestra pluma, pues habría llegado a ser en nuestras manos un instrumento inútil». Los adversarios que se proponía combatir eran impersonales: «Si algún enemigo tenemos—explicaba—no se llama Pedro, porque muriendo Pedro vendrá Juan; tiene un nombre más comprensivo y exacto: se llama en la Escritura «legión», entre nosotros «impiedad».»

En la tercera sección, publicada el 22 de Julio de 1874, declaraba que en todas ocasiones defendería la verdad católica y procuraría difundir su enseñanza. En su cruzada contra la impiedad no habría tibieza: «No viajaremos jamás—decía—por las nebulosas regiones donde habitan las inteligencias tímidas que procuran una conciliación, aunque sea momentánea, de la verdad con el error. Sin rodeos, sin ambages, sin reticencia alguna, diremos la verdad y toda la verdad.»

En la cuarta y última sección explicaba que no habría de pretender ilustrar a los superiores sobre lo que convenía a la Iglesia en tal o cual circunstancia. Lejos de eso, habría de recibir lecciones de ellos, pues «los prelados de la Iglesia no reglan sus actos a su propia voluntad, ni a su capricho; tienen una norma, la misma que tenemos nosotros: los principios eternos e inmutables de la Religión». Desarrollando esta idea, agrega esta declaración: «Católicos, creemos todo lo que la Iglesia enseña; defensores de la Religión, no reconocemos otro estandarte que el estandarte católico, ni tenemos misión de defender otras ideas que las que constituyen el credo de nuestro bautismo, creo que, Dios mediante, pronunciarémos también en nuestro lecho de muerte.»

Los que redactaban *El Estandarte Católico* no se creían libres de incurrir en errores: «Los que creemos en la infalibilidad del Papa—decía el editorialista—no pretendemos ser infalibles... Y puesto que no somos infalibles, nada tiene de extraño en que una y muchas veces... nuestra palabra no sea la fiel expresión de nuestro pensamiento... En esos casos los superiores no necesitarán hacer uso de su autoridad... para que la retractación siga inmediatamente al error.»

---

Cuando *El Estandarte Católico* llevaba tres años de existencia bajo el nombre de *El Porvenir*, apareció en el escenario del periodismo chileno, el 10 de Junio de 1894, *La Ley*, periódico que era su antítesis en el campo político.

Lo fundó don Juan Agustín Palazuelos, miembro del Congreso Constituyente de 1870, que se había negado a jurar por los Evangelios declarando, con asombro general en aquella época, que lo hacía por su honor y su conciencia. En *Los Constituyentes de 1870*, Arteaga Alemparte describe a Palazuelos diciendo que «en sus palabras y en sus actos dice y hace cuanto le dicta la inspiración de su espontaneidad, sin curarse de nadie ni de nada, suceda lo que quiera».

En 1871 su concepto antirreligioso lo llevó a contraer matrimonio sin más ceremonia que las disposiciones del Código Civil. Fué fulminado de excomunión por la Curia en aquella ocasión, y también de nuevo en 1895 por sus ataques a las creencias católicas en el diario *La Ley*. En un auto de fe, el 18 de Agosto de aquel año, se incineraron en la puerta del Palacio Arzobispal ejemplares del diario impío, que a guisa de desafío, continuó publicándose en tinta roja.

Bastan estos antecedentes para saber cuál era el programa del diario de Palazuelos.

«*La Ley*—decía su primer editorial—espera servir los intereses generales del liberalismo, y dentro de este vasto horizonte de acción, cábele la honra de representar autorizadamente al Partido Radical de Chile...» Explicaba, en seguida, que el desarrollo enorme del radicalismo hacía indispensable que tuviese un órgano de publicidad, y que el diario que nacía a la vida ese día contaba, además, con el apoyo de muchos hombres del Partido Liberal que hacían causa común con el radicalismo; lo que permitía rechazar, una vez más, el cargo de estrechez sec-

taria que les había dirigido el partido que, con intolerancia poco cristiana, les había negado siempre el aire, el agua y el fuego. El radicalismo—declaraba más adelante—se considera la división de vanguardia del liberalismo.

A estas declaraciones de carácter genérico agregaba que su programa era el del Partido Radical, y lo insertaba in-extenso en su primera página.

La dirección política de *La Ley* quedaba entregada a la Junta Central del Partido Radical, que asumía directamente la responsabilidad de sus columnas editoriales. «El oscurantismo—decía—es el único elemento social que no evoluciona»; y *La Ley* no llenaría su misión si no acogiese todas las nuevas ideas que importasen reformas y perfeccionamiento social indefinido. Acentuaba bien su carácter de diario de partido, que emprendería lucha tenaz especialmente en pro de la enseñanza pública, en contra de la intervención del elemento religioso en las luchas políticas, a favor de la verdadera terminación de la guerra civil (de 1891) y en defensa de la concentración de los elementos liberales. Terminaba aquel editorial, seguramente debido a la pluma de Palazuelos, con esta frase final: «Y esta clara conciencia de la misión actual del radicalismo es, ante todo, de reorganización administrativa y económica, de paz y respeto sociales y, en fin, de gobierno serio del país. Es la razón de que hayamos procurado reflejarla hasta en el título de nuestro diario. La ley será, pues, la bandera de *La Ley*.»

---

El 1.º de Agosto de 1863 aparecía en Valparaíso *La Patria*, diario que vivió 33 años.

Su propietario y fundador, don Isidoro Errázuriz, continuó publicándolo y redactándolo hasta el 6 de

Julio de 1896. Uno de nuestros eminentes colegas en esta Academia, don Augusto Orrego Luco, fué uno de los más activos y entusiastas colaboradores de Errázuriz en aquella empresa periodística.

*La Patria*, según reza su primer editorial, buscaba manera de interpretar y defender el credo político de todos «los chilenos de sentimientos liberales y patriotas cansados de las borrascas, de la anarquía y del despotismo, y de la turbulenta agitación de las facciones, del imperio de las pasiones y de los odios entre los hijos de una misma madre patria», que aspiraban «a consolidar el actual régimen de paz interior de legalidad y de tranquilo desarrollo moral y material de Chile».

Acentuaba su propósito de buscar las reformas aguardando con paciencia que la fuerza y plenitud de las corrientes de opinión se llevasen por delante los obstáculos y las hiciesen practicables pacíficamente. El respeto a la ley sería la razón política de *La Patria*.

Gobernaba a la sazón, como se recordará, don José Joaquín Pérez, después del período difícil y tormentoso de don Manuel Montt, durante el cual Errázuriz había combatido en la oposición, y aun en el terreno peligroso de las conspiraciones. Era un sincero admirador de Pérez, y su editorial manifiesta sus «cordiales simpatías por el honorable ciudadano que se halla a la cabeza del Gobierno de la República».

Inserta en él con minuciosa meticulosidad su intención de dar noticias comerciales, de sostener los principios liberales, de evitar escrupulosamente la acritud y la injuria personal, y de conservar su independencia respecto de cualquier sociedad o asociación. Termina con esta exclamación: ¡Viva la Patria!

---

Cuando aun resonaban en el país las palabras candentes con que el Presidente de la República, a la sazón don José Joaquín Pérez, fulminaba a los que habían provocado la guerra con España y el bombardeo de Valparaíso el 31 de Marzo de 1866, apareció en Santiago, el 7 de Junio de ese año, un diario intitulado *La República*, que vivió doce años y cesó de publicarse el 15 de Noviembre de 1878.

Celebridades políticas y literarias figuraron en su redacción: don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana, don Ramón Barros Luco, don Bernardino Opazo y don Ambrosio Valdés Carrera.

De su primer artículo de fondo se desprende que su fin primordial era sostener la política del Presidente Pérez, y levantar y robustecer el ánimo público en la desigual contienda con España.

En muy pocas palabras esbozaba su programa periodístico: «Venimos—decía—libres de pasiones odiosas; libres de los compromisos que suelen ligar la conciencia y coartar la libertad del sectario político; y para decidirnos a emprender la campaña en que entramos, hemos estudiado con igual detenimiento que despreocupación el curso de los acontecimientos contemporáneos, la marcha del Gobierno, la actitud de los partidos, las verdaderas aspiraciones del país, y lo que hay de justo y de injusto en ciertos cargos a la administración, de exagerado en ciertas pretensiones, de inoportuno en ciertas exigencias y de solemne en la situación política.

«Los acontecimientos consumados en los últimos ocho meses han sacudido violentamente la fibra del país. La desatentada guerra que nos suscitó la España, abrió una época llena de peligros e interés.»

En 1875 *La República* levantó bandera de combate contra la candidatura de don Benjamín Vicuña Mackenna, y fustigó al eminente historiador y político en diversos editoriales.

El 15 de Noviembre de 1881 se fundaba en Santiago un diario con el nombre de *La Época*. Alcanzó en su tiempo gran reputación literaria.

En 1886 *La Época* acogió a un escritor entonces desconocido. Se le dió hospitalidad, así en las columnas del diario, como también en el edificio mismo de la imprenta, en donde vivió por algún tiempo. Aquel joven periodista, que más tarde alcanzó fama mundial, era Rubén Darío. Y a la altura de Darío estuvieron los demás colaboradores nacionales y extranjeros. Jules Simon envió correspondencias desde París, que se publicaron en francés y castellano; don Ramón de Campoamor las envió desde Madrid. En Santiago escribían don Vicente Grez, nuestro ilustrado colega don Augusto Orrego Luco, don Máximo Ramón Lira, don Manuel Rodríguez Mendoza, don Pedro Balmaceda Toro, y muchos otros que gozaban de justificada reputación literaria.

El primer editorial de *La Época* traza el programa del diario, diciendo que «en el anchuroso campo de la libertad caben los hombres de todas las ideas, de todas las creencias, de todos los pueblos y de todas las razas». Será—dice—«una revista diaria de este gran teatro en que cada hombre es un actor, cada suceso una escena, cada acontecimiento un desenlace». «El personalismo enojoso—agrega—está en la esfera de lo vedado.»

---

El 11 de Marzo de 1886 apareció el primer número de un diario de la tarde intitulado *La Libertad Electoral*. Lo fundaron dos hermanos que tuvieron gran figuración política en la segunda mitad del siglo XIX: don Augusto y don Eduardo Matte Pérez. Como es fácil colegirlo por la fecha de su aparición y por su nombre, *La Libertad Electoral* entró a la liza pe-

riodística con fines políticos electorales, y tuvo, como programa inmediato, una campaña tenaz y ardorosa contra la candidatura presidencial de don José Manuel Balmaceda y en favor de la de don José Francisco Vergara.

He aquí uno de los primeros párrafos de su primer editorial:

«A restringir, en beneficio y para ensanche de las libertades individuales, los exagerados límites atribuidos a la autoridad del Estado, teniendo bien presente que, en el tecnicismo científico, lo que propiamente se contrapone al término liberal es el término autoritario, y no otro...»

Su profesión de fe en la campaña política que entonces se iniciaba está contenida en el siguiente párrafo de ese primer editorial:

«Por lo demás, el puesto que a este diario corresponde en la ya iniciada campaña electoral determinado está por los antecedentes de ésta y por la propia naturaleza de los partidos que han procedido a la fundación y sustentarán la vida de *La Libertad Electoral*; son los partidos que hace dos años formaron la alianza liberal; los mismos que hace dos meses concurrieron a proclamar, en libre convención, candidato a la presidencia de la República al distinguido ciudadano don José Francisco Vergara; y los mismos que hoy día, en nombre de la libertad del sufragio y de los propósitos que dieron vida a aquella convención y a esta candidatura, aperciben todas sus armas legales para combatir al gobiernismo interventor y la candidatura oficial del ex-Ministro del Interior don José Manuel Balmaceda.»

La actitud de *La Libertad Electoral* fué rectilínea durante los cinco años del período presidencial de don José Manuel Balmaceda, y cuando arreció el conflicto entre el Presidente de la República y la mayoría del Congreso, el diario redobló sus ataques,

llegó a predicar abiertamente el levantamiento en armas, y fué uno de los primeros clausurados después del 7 de Enero de 1891.

---

Tarea interminable sería analizar, uno a uno, todos los periódicos que aparecieron en el siglo XIX, y que se conservan hoy sólo en los anales del recuerdo. Empero, antes de ocuparme, a grandes rasgos, de los periódicos que todavía viven, aludiré brevemente a aquellos bautizados con nombres curiosos.

Recordaré, en primer término, a uno de los más antiguos, *El Alfa* de Talca, semanario que comenzó a publicarse en 1844, y que alcanzó a aparecer 246 veces; *El Cauquenista* de Cauquenes, semanario también, que vió la luz el 20 de Junio de 1856 y completó 122 números; *El Pequén* de San Carlos (semanario), fundado el 25 de Noviembre de 1865, que llegó a 429 números; *El Iris* de Parral (semanario), de ese mismo año, que publicó 174 números; *El Proletario*, fundado en Carrizal Alto el 1.º de Julio de 1869, que apareció cinco veces en los cinco meses de vida que completó; *El Picaflor* de Lebu, semanario fundado el 14 de Enero de 1874, que publicó 101 números; *El Bermejo* de Yumbel, también semanario, que apareció el 1.º de Agosto de 1878 y publicó 31 números; *El Aji* de Osorno, fundado sin día fijo el 21 de Diciembre de 1860 y que sólo completó dos números; *La Gaviota de Curanipe*, periódico quincenal fundado en 1894, que apareció 72 veces; *El Cuerno* de San Félix, semanario fundado en 1895, que publicó 52 números, y *El Planeta* de Nancagua, semanario también, que sólo alcanzó a publicar tres números, a contar desde el 24 de Enero de 1896. Recordaré, por fin, al más pequeño de todos los periód-

dicos que han visto la luz en Chile, aun cuando comenzó su vida a principios del siglo actual. *La Pulga* se llamó aquella hoja cuyo formato, apropiado a su nombre, era de 14 por 9 centímetros, y apareció en Papudo en el año de gracia de 1909.

Numerosos son los vacíos que hay en esta reseña de nuestros diarios y periódicos a través de un siglo. Un trabajo más completo y minucioso habrá de aparecer algún día. Sólo intento en esta ocasión marcar una huella en la devastada selva de nuestro periodismo del pasado, con sus innumerables troncos reducidos a polvo, y sus árboles y aun arbustos que no alcanzaron pleno desarrollo.

Y paso a ocuparme de los diarios y periódicos que han resistido las vicisitudes del tiempo y siguen, en el siglo en que vivimos, alimentando con regularidad el espíritu chileno con ideas y noticias.

## El periodismo chileno contemporáneo

Ciento setenta y siete diarios y periódicos aparecían en Chile hasta comienzos de este año, si se excluyen las publicaciones esporádicas o de ocasión fugaz (1). De éstos, ochenta y nueve son diarios y ochenta y ocho, periódicos de publicación regular en días fijos.

De estas 177 publicaciones hay un diario, *El Mercurio* de Valparaíso, que lleva más de un siglo de existencia. De los 106 años que va a cumplir en Septiembre próximo, 104 corresponden a su carácter de diario, pues empezó a publicarse como tal el 5 de Mayo de 1829, y dos al de periódico con que lo fundó don Pedro Félix Vicuña, el 12 de Septiembre de 1827. La historia de *El Mercurio* es la más larga en los anales del periodismo contemporáneo. Volveré sobre ella más adelante.

---

(1) Datos tomados de *Publicaciones periódicas chilenas*, folleto editado por la Biblioteca Nacional.

De las 176 publicaciones restantes, hay 7 que llevan más de medio siglo de existencia, y son:

«El Amigo del País», de Copiapó, con. . . . .	61 años
«El Arturo Prat», de Quirihue, con. . . . .	52 »
«El Coquimbo», de La Serena, con. . . . .	54 »
«La Discusión», de Chillán, con. . . . .	63 »
«El Industrial», de Antofagasta, con. . . . .	52 »
«El Sur», de Concepción, con. . . . .	51 »
«El Tamaya», de Ovalle, con. . . . .	57 »

De los 169 restantes, hay doce que llevan 40 años de vida, y son:

«La Constitución», de Ovalle, con. . . . .	42 años
«El Curepto», de Curepto, con. . . . .	44 »
«El Heraldo», de Valparaíso, con. . . . .	45 »
«El Independiente», de San Francisco de Limache, con. . . . .	41 »
«La Italia», de Valparaíso, con. . . . .	43 »
«El Llanquihue», de Puerto Montt, con. . .	48 »
«El Nacional», de Iquique, con. . . . .	43 »
«La Patria», de Iquique, con. . . . .	42 »
«El Polo», de Cauquenes, con. . . . .	48 »
«El Quillotano», de Quillota, con. . . . .	47 »
«El Trabajo», de Vallenar, con. . . . .	40 »
«La Unión», de Valparaíso, con. . . . .	48 »

Es curioso observar que la capital de la República no cuenta hoy día con ningún diario o periódico que alcance a los cuarenta años de existencia, cuando en provincias hay más de veinte que los han cumplido, y la mayoría con exceso.

Diez y ocho son los diarios que tienen más de 30 años de vida y menos de 40, y son:

«El Correo de Valdivia», de Valdivia, con..	38	años
«La Cruz del Sur», de Ancud, con. ....	34	»
«El Diario», de Quillota, con. ....	34	»
«El Diario Ilustrado», de Santiago, con. . .	31	»
«El Intrépido», de Río Bueno, con. ....	34	»
«La Justicia», de Talcahuano, con. ....	36	»
«El Llaima», de Lautaro, con. ....	35	»
«El Magallanes», de Magallanes, con. ....	39	»
«El Mercurio», de Santiago, con. ....	33	»
«El Pacífico», de Arica, con. ....	32	»
«El Siglo», de Los Angeles, con. ....	37	»
«El Tarapacá», de Iquique, con. ....	39	»
«Las Ultimas Noticias», de Santiago, con. .	31	»
«La Vanguardia», de San Carlos, con. ....	33	»
«La Voz de Aconcagua», de S. Felipe, con..	34	»
«La Voz de Petorca», de Petorca, con. ....	39	»
«La Voz del Pueblo», de Taltal, con. ....	31	»
«La Prensa», de Curicó, con. ....	35	»

Veintisiete tienen más de 20 años y menos de 30; hélos aquí:

«La Alianza», de Vicuña, con. ....	21	años
«La Aurora», de Los Andes, con. . . . .	20	»
«El Colono», de Traiguén, con. ....	27	»
«El Comercio», de Rengo, con. ....	25	»
«El Correo del Sur», de Pto. Montt, con. . .	23	»
«El Chileno», de La Serena, con. ....	27	»
«El Deber», de Chañaral, con. ....	29	»
«Deutsche Zeitung für Chile», Santiago, con. ....	23	»
«El Diario Austral», de Temuco, con. ....	27	»
«El Ferrocarril», de Arica, con. ....	27	»
«La Gaceta de la Navegación», de Valpa- raíso, con. ....	22	»
«El Ideal», de Nueva Imperial, con. ....	22	»
«La Mañana», de Talca, con. ....	27	»

«El Mercurio», de Antofagasta, con. ....	27 años
«Las Noticias», de Victoria, con. ....	23 »
«La Opinión», de San Bernardo, con. ....	20 »
«La Opinión», de Vicuña, con. ....	29 »
«La Palabra», de San Fernando, con. ....	23 »
«La Patria», de Melipilla, con. ....	23 »
«El Progreso», de Chañaral, con. ....	24 »
«El Proletario», de Tocopilla, con. ....	29 »
«El Puerto», de Constitución, con. ....	27 »
«La Razón», de Taltal, con. ....	24 »
«El Tiempo», de Collipulli, con. ....	26 »
«La Tribuna», de La Unión, con. ....	21 »
«La Unión», de Magallanes, con. ....	21 »
«La Verdad», de Cauquenes, con. ....	22 »

Treinta y cuatro no tienen todavía 20 años, pero han cumplido ya 10, y son:

«La Alianza», de Pitrufquén, con. ....	16 años
«El Atacameño», de Copiapó, con. ....	16 »
«El Comercio», de Parral, con. ....	17 »
«La Divisa», de Tomé, con. ....	17 »
«El Eco del Huasco», de Vallenar, con. . . .	14 »
«La Epoca», de Concepción, con. ....	19 »
«La Estrella», de Valparaíso, con. ....	12 »
«El Heraldo», de San Carlos, con. ....	18 »
«La Idea», de San Bernardo, con. ....	19 »
«El Ideal», de Los Andes, con. ....	11 »
«La Justicia», de Chimbarongo, con. ....	10 »
«El Labrador», de Melipilla, con. . . . .	12 »
«La Ley», de Pisagua, con. ....	11 »
«El Loncomilla», de San Javier, con. . . . .	11 »
«El Malleco», de Angol, con. ....	11 »
«La Nación», de Santiago, con. ....	16 »
«El Natales», de Puerto Natales, con. . . . .	12 »
«La Patria» de Concepción, con. ....	10 »
«La Patria», de San Carlos, con. ....	10 »

«La Prensa», de Coquimbo, con. ....	13 años
«La Prensa», de Limache, con. ....	14 »
«La Prensa», de Osorno, con. ....	16 »
«La Prensa», de Parral, con. ....	18 »
«El Progreso», de Coquimbo, con. ....	10 »
«El Progreso», de Río Bueno, con. ....	11 »
«La Provincia», de Rancagua, con. ....	14 »
«La Razón», de La Unión, con. ....	16 »
«La Semana», de Rancagua, con. ....	18 »
«La Tarde», de Santiago, con. ....	11 »
«El Teniente», de Rancagua, con. ....	11 »
«Los Tiempos», de Santiago, con. ....	11 »
«La Unión Liberal», de Loncoche, con. ....	13 »
«La Verdad», de Calama, con. ....	11 »
«El Vergara», de Nacimiento, con. ....	11 »

De los demás, hay 31 diarios y periódicos que sólo cuentan un año de existencia, 17 que cuentan dos, 3 que alcanzan a tres años, 10 que han cumplido cuatro, 7 que han llegado a los cinco, 2 que han completado seis, 6 que han cumplido siete, 1 que ha llegado a los ocho años, y otro que alcanza a nueve años de edad.

A la luz de estos datos numéricos, parece justificado decir que la mortalidad infantil en el periodismo es tan alta como en la población.

---

Tarea superior a mis fuerzas y a la paciencia de esta Docta Corporación sería entrar en un análisis detallado de todos y cada uno de estos periódicos. Es, sin embargo, interesante observar que de los 177 diarios y periódicos que se han publicado, 141 aparecen visiblemente como publicaciones de carácter independiente, 15 como de tendencia izquierdista extrema, 11 como de doctrina radical, 3 de inclinaciones con-

servadoras, 3 de propaganda comunista, 2 extranjeros y 1 que se da ostensiblemente el título de «liberal».

Me referiré simplemente, a grandes rasgos, a los diarios que han alcanzado influencia notoria en el país, y gozan hoy de vida estable.

---

El *Diario Oficial* viene publicándose sin interrupción en los últimos 56 años.

Fundado el 1.º de Marzo de 1877, por el Presidente de la República don Aníbal Pinto y su Ministro del Interior don José Victorino Lastarria, en un Decreto Supremo dictado en Noviembre de 1876, es hoy día una simple y meticulosa recopilación de las leyes promulgadas, de los decretos expedidos y, en general, de todas aquellas medidas administrativas dignas de pública recordación. En sus primeros tiempos contó con una «sección editorial», en la cual aparecían explicaciones de ciertos actos de gobierno, artículos necrológicos sobre ciudadanos eminentes desaparecidos, y aun polémicas con diarios de la oposición.

Aunque no hay pruebas concluyentes para afirmarlo, es de presumir, por su estilo, vigor y profundidad, que el primer artículo de fondo de *El Diario Oficial* salió de la pluma de Lastarria. Comienza con estas palabras:

«La palabra honrada y verdaderamente científica del sistema de gobierno libre exige como una de sus más fundamentales condiciones un régimen de publicidad amplia y oportuna para todos aquellos actos de poder o simple administración que son del resorte de los gobernantes.»

Después de explicar que estos últimos deben formar una conciencia pública sobre los intereses que administran, agrega:

«De aquí la necesidad, hoy generalmente reconocida y satisfecha, de gobernar y administrar en presencia del país, con audiencia de todas sus opiniones, y sujetándose en no pocos casos a la prueba, dura tan solo para las medianías, pero ocasión de realce y origen de fuerza para los verdaderos hombres de Estado, de enmendar procedimientos adoptados, dando la preferencia, no ya al parecer íntimo del Gobierno, sino al público, que respondió a la consulta del primero.»

Más adelante leemos esta frase magnífica por su profundidad y concisión:

«La publicidad con probidad es, por decirlo así, la fisiología de una sana opinión pública.»

Refiriéndose más directamente a la fundación del *Diario Oficial* stampa estas frases:

«Estas ideas, que indudablemente son del país, han tomado cuerpo en la mente de los hombres del actual gobierno, presentándose al público bajo la forma que asume la creación y organización del *Diario Oficial*, el que al inaugurar hoy su vida, no innova sino que amplía en momento oportuno la honrada tradición de cuenta y examen que viene desde el origen de nuestra vida independiente.

.....  
 «*El Diario* será, ni más ni menos, lo que su decreto ordena que sea, esto es, el resumen claro y metodizado de todo el movimiento oficial, comprendiéndose en esta palabra, no sólo la acción del departamento Ejecutivo, sino también los del Legislativo y Judicial.

.....  
 «La última tarea del *Diario*, y sin disputa la más delicada entre las que asume, será la de interpretar ante el país el pensamiento que ha presidido a determinados actos del gobierno no bien comprendidos del público o de alguno de sus órganos.

.....

«*El Diario* desempeñará esta delicada labor tan sólo en las ocasiones más señaladas y precisas, y lo hará sin olvidar por un momento que los gobiernos dignos de este nombre no tienen partido, que les está vedado terciar en las ardientes batallas de la política diaria, y que ni siquiera les es lícito emplear una terminología que sea distinta de la del derecho que protegen y de la del deber de esta protección.»

---

Aludiré, en seguida, al diario más antiguo de la República con excepción de *El Mercurio* de Valparaíso.

*La Discusión* de Chillán viene publicándose desde Febrero de 1870, sin interrupción, y tan larga y fecunda existencia se debe a que ha sabido mantenerse estrictamente en el programa que se trazó en su primer editorial. Dijo que franquearía sus columnas a la manifestación de todas las opiniones sin otra condición que mantenerse a la altura necesaria, usando comedido lenguaje y evitando exageraciones. Agregó que reproduciría íntegramente lo que se escribiese en otros periódicos, sin atender a su color político. Su profesión de fe periodística rebosaba el más amplio espíritu. Su tendencia iría justificando su título—decía— y estampaba esta frase: «Discusión leal, mensajera de luz; discusión tranquila, emblema y prenda de paz.»

---

Le siguen en antigüedad *El Amigo del País*, de Copiapó, fundado en Agosto de 1872, y que alcanza, por lo tanto, a la edad de 61 años; y una hoja bise-manal intitulada *El Tamaya*, que viene publicándose en Ovalle desde Enero de 1876.

*El Industrial* de Antofagasta lleva 52 años de existencia. Comenzó a publicarse en Agosto de 1881, y el 1.º de Mayo de 1895 se convirtió en un órgano de importancia y de mayor formato. También le debe su larga y tranquila existencia a su perseverancia en mantenerse—como dijo su editorial de 1.º de Mayo de 1895, al presentarse renovado—«en el terreno de los escritores que convierten el diarismo en una misión noble y elevada». El desarrollo de las industrias y del comercio era su objeto esencial. Proclamaba su respeto por todas las creencias políticas y religiosas, declarando que jamás la prensa debía ser arma de ataque contra la vida privada ni el instrumento servil de las personalidades.

---

*El Sur* de Concepción comenzó a publicarse en Noviembre de 1882, y si bien se fundó como órgano del Partido Radical, no ha entrado a la arena ardiente de la lucha con los hombres e instituciones que profesan doctrinas adversas a su credo político. Le debe a su ponderación y comedimiento el prestigio de que goza.

Desgraciadamente, un incendio destruyó en 1891 las antiguas colecciones de este diario, y se hace en extremo difícil reconstituir la historia de sus primeros años.

Han llenado sus columnas editoriales, escritores que han gozado de merecido prestigio que, bajo la dirección de su propietario, don Aurelio Lamas, han realizado una obra levantada e independiente de defensa de los intereses generales de la República y, muy especialmente, de los intereses de toda la región austral. Han sido directores don Julio Parada Benavente, don Juan Bautista Fuenzalida y don Luis Silva Fuentes, y redactores, entre otros, don Carlos

Donoso Grille, don Manuel Godomar, don Gustavo Sepúlveda, don Juan Eduardo Moreno, don Ricardo Paz y García, don Fernando Salamanca, don Eliecer Mejías, don Francisco Jorquera y don Ramiro Troncoso.

---

De los diarios con más de cuarenta años de vida, *La Unión* de Valparaíso es el que ha alcanzado mayor influencia y prestigio. Su primer editorial, «Ideas y Propósitos», explicaba su programa. Era de combate contra la política liberal que, según dice, había «producido hondo descontento, no sólo en aquellos cuyos principios y creencias se trataba exprofeso de combatir y lastimar, sino también entre muchos que sin sentirse directamente amenazados ni ofendidos no juzgaron la correría de tala y saqueo a que se les incitaba compatible con las exigencias de la libertad, de la justicia, del honor y del patriotismo».

Califica las reformas liberales de «inconsultas o mal intencionadas». «El liberalismo—agrega—con sus excesos ha visto alejarse de sus filas descontentos y hasta irritados a muchos de sus más prestigiosos campeones, mientras sus naturales y tradicionales adversarios engrosaban las filas y veían crecer en ellos la decisión y el entusiasmo.»

Declaraba que su criterio se inspiraría en la libertad, y decía:

«... Pero por lo mismo que *La Unión* adopta la libertad como bandera, como criterio y como solución, hará en la esfera elevada de los principios, guerra sin tregua a esa otra libertad falsa, bastarda y acomodadiza en que el liberalismo de nuestros contendores se inspira con frecuencia, vil maniquí que viste y desnuda, dobla y mutila y pone patas abajo y patas arriba, según cuadra mejor a las necesidades

del momento, a los intereses del partido o a las preocupaciones de la secta.»

Viene el primer número lleno de informaciones curiosas; entre otras, la de un atentado contra el Presidente Santa María, y un párrafo que intitula «Es curioso!» En este último da la noticia de haberse anotado en el Registro Civil el Martes anterior 197 defunciones y 50 nacimientos, y agrega: «A este paso, muriendo 197 y naciendo sólo 50, en dos años no quedará rastro de población en Valparaíso. ¡Qué salada cosa será en esta estadística con tales datos, que lo único que prueban es la inmensa impopularidad de las leyes en vigencia!»

*El Mercurio* de Valparaíso, saludando la aparición de *La Unión*, decía al día siguiente que temía encontrarse más de una vez en desacuerdo con sus redactores, y si bien podía decir algo sobre ciertos conceptos de su primer editorial, celebraba en todo caso que, apartándose de la indiferencia por la cosa pública, viniese a defender como mejor pudiese su programa político sin más auxilio que el razonamiento. Tal propósito merecía aplauso, y cada agrupación política debía hacer otro tanto.

Plumas brillantes han prestigiado las columnas de este diario porteño. Redactores de *La Unión* fueron aquel notable historiador y articulista don Ramón Sotomayor Valdés; aquel hombre público, orador elocuente, de tan poderosa mentalidad y bello corazón, varón justo que vivió y murió rodeado del afecto de sus conciudadanos, don José Ramón Gutiérrez; don Fermín Solar Avaria, don Manuel Barros Barros, y, por fin, un hombre que encarnó, con rigidez inmovible, la escuela económica individualista, que ilustró las letras con una novela de considerable fama, que enriqueció la lengua con su *Diccionario de chilenismos* y que dejó en el Congreso y en la Administración recuerdos imborrables de su per-

sonalidad, don Zorobabel Rodríguez, a quien casi no necesito nombrar después de lo dicho, que hizo de *La Unión* una cátedra de las más clásicas doctrinas económicas de su tiempo, y dejó una herencia intelectual y científica que recogieron y acrecentaron otros redactores de ese diario, que no me es dado mencionar en esta oportunidad porque, en el deseo de no alargar demasiado esta relación, me veo obligado a referirme sólo a aquellos que la muerte ha arrebatado al periodismo.

---

Entre los diarios que han completado treinta años de vida, el más antiguo es *El Correo de Valdivia*. Apareció el 15 de Febrero de 1895, declarando en su primer editorial que no tomaría «a su cargo la tarea de abogar por un determinado programa político». Sería—agregaba—su deber «dedicar al comercio, a la industria y a la agricultura de Valdivia y, en general de las provincias australes, la atención especial que merecen».

Una novedad especialísima en el periodismo nacional caracterizó a *El Correo de Valdivia* de aquella época: se publicó en castellano y alemán, en prenda de unión estrecha entre los vecinos y pobladores que hablaban respectivamente esos idiomas.

---

*El Diario Ilustrado* se fundó el 31 de Marzo de 1902.

Su primer editorial es el más corto que se conoce en los anales del periodismo chileno. Forma contraste con el primer editorial de *El Estandarte Católico* que fué el más largo. Decía así:

«*El Diario Ilustrado* ha sido fundado sin propósitos políticos preconcebidos. Como órgano independiente en el campo de la publicidad, defenderá la verdad y la justicia dondequiera que se encuentren. Vivirá lejos de la lucha ardiente de los partidos, y jamás encontrará cabida en sus columnas ninguna censura de carácter personal.»

Fundado por don Ricardo Salas Edwards, *El Diario Ilustrado* ha mantenido un tono literario sobresaliente en sus columnas. Pueden algunos estar disconformes con sus opiniones, pero nadie puede negar que es un periódico que, desde el punto de vista de las letras nacionales, hace honor a la intelectualidad chilena.

Fué en un tiempo redactor de *El Diario Ilustrado* don José Domingo Amunátegui Rivera, quien, primero como Secretario de la Cámara de Diputados, y después como Ministro de Estado y como profesor de Derecho Administrativo, dió nuevo lustre a un apellido que ocupa sitio tan predilecto en los anales de la cultura y de las letras nacionales.

Lo fué también Pedro Belisario Gálvez, que comenzó su carrera en *El Chileno* fundado por don Enrique Delpiano, y mantuvo en las columnas de *El Diario Ilustrado* el prestigio literario adquirido en su primer hogar de periodista.

Por fin, la pluma ágil, simpática, de Carlos Luis Hübner le dió a ese diario una nota de amenidad y buen humor, reflejo luminoso de su alma bellísima y de su temperamento de charlador inagotable. Manejaba Hübner la ironía sin lastimar a nadie y el chiste sin caer en la vulgaridad.

Muchos son los escritores que hasta hoy mantienen el nivel literario de *El Diario Ilustrado* a la altura de los que les precedieron. Hay entre ellos un miembro de esta Academia, don Alejandro Silva de la Fuente, que ha dado lustre a tres de los grandes dia-

rios contemporáneos, y otros que gozan, o como polemistas de formas clásicas y cáusticas, o como humoristas, o como críticos, o como financistas, de reputación nacional y aun internacional. Ese conjunto le da a *El Diario Ilustrado* un valor literario notable en el periodismo contemporáneo.

---

*El Mercurio* se fundó en Santiago, como dice su primer editorial, a guisa de edición en la capital de la República del viejo diario del mismo nombre fundado en Valparaíso en 1827 por don Pedro Félix Vicuña. Debía, pues, necesariamente tener la misma fisonomía; y, así, su primer artículo de fondo decía que esa edición permanecería «ajena a todo espíritu de partido o de sectarismo filosófico o social» y tendría «un verdadero carácter nacional» y publicaría colaboraciones sobre literatura, ciencias sociales, jurisprudencia, bellas artes, diplomacia, ingeniería, ciencia militar y ciencias matemáticas y astronómicas. Sus propósitos—agregaba—no había para qué explicarlos, porque era tradicional su respetuosa y tranquila actitud para discutir con serenidad inalterable las más graves materias políticas, económicas, administrativas o internacionales. No podía esta prolongación del decano de la prensa de Chile afiliarse entre elementos de agitación que propendiesen a exaltar las pasiones, sino entre los elementos de orden que asegurasen la estabilidad nacional y la cordialidad internacional. Citaba ese primer artículo aquella frase de don Ambrosio Montt: «El diario es una voz que sale de las entrañas de la sociedad como el trueno y el relámpago salen, resuenan y alumbran desde el seno de la atmósfera.» No había—agregaba ese artículo—para qué averiguar si el que emitía sus ideas era rico o pobre, nervioso o flemático, creyente

o libre-pensador, reaccionario, conservador o reformista. Citaba, para ahondar el concepto del verdadero carácter del diario, la frase de un autor sobre *The Times* de Londres:

«*The Times*—decía la cita—es el varón justo de Horacio; altivo, desdeñoso del tirano que lo amenaza y de la muchedumbre que lo ultraja; incurable por orgullo, justo por elevación de alma, ni recibe honores del poderoso, ni acepta el oro del rico, ni le doblegan los golpes del violento, ni lo seducen las artimañas del hábil.»

---

*Las Ultimas Noticias*, en sus comienzos edición vespertina de *El Mercurio* de Santiago y hoy diario con vida propia e independiente, apareció por primera vez el 15 de Noviembre de 1902. Está, pues, próximo a cumplir 31 años de existencia.

En su primer número pueden leerse artículos firmados por Mont-Calm, Feliciano Cabello y Doctor Watt. En el primero de esos artículos, Mont-Calm recuerda a aquella propagandista antialcohólica Carrie Nation; en el segundo, Feliciano Cabello hace la historia y la leyenda de los rubíes. El tercero, del Doctor Watt, es una crónica de las fondas estrambóticas de los Estados Unidos de América. Se diseña, pues, desde el primer número de *Las Ultimas Noticias* el carácter que hoy día conserva ese diario.

En esa primera edición aparece además un artículo que anuncia una anécdota del Presidente Theodore Roosevelt. No llega sin embargo a conocerse, porque aparece empastelado, y bajo el epígrafe se lee una reseña de la discusión de límites chileno-argentina.

En su primer editorial *Las Ultimas Noticias* comenta la crisis del Ministerio encabezado por don Ramón Barros Luco, y señala los gravísimos daños

de la inestabilidad de los Gabinetes, fruto del abuso del régimen parlamentario. Lamentándose de estos desaciertos para los intereses públicos, dice:

«Ocasiones ha habido, como en la Administración del Almirante Montt, en que las crisis se prolongaban durante dos meses, suspendiéndose, mientras no se organizaba el nuevo Ministerio, las sesiones del Congreso y aun el despacho administrativo en todo aquello que no era de indispensable tramitación.

«Apenas parece concebible que haya podido aceptarse un régimen semejante. Felizmente, más tarde se han abierto paso algunas ideas más sanas sobre la materia, y, por lo menos, las Cámaras siguen reuniéndose aún durante las crisis.»

Y más adelante agrega:

«Ya que por ahora y con la absoluta disolución de los partidos, parece una utopía desear que los Gobiernos sean estables, al menos se puede pedir a los grupos encargados de organizar el nuevo Gabinete que hagan un esfuerzo para no prolongar la crisis.»

---

Veintisiete son, como ya se ha dicho, los diarios y periódicos que han alcanzado más de veinte años de existencia y no han cumplido todavía treinta. Todos ellos, con excepción del *Deutsche Zeitung für Chile*, órgano de la colonia alemana en Santiago, y de *La Gaceta de la Navegación* de Valparaíso, son diarios que se publican en distintas cabeceras de provincias o departamentos.

Seguramente todos ellos contienen en sus primeros editoriales más de una indicación del carácter que les ha permitido alcanzar la estabilidad que acusa un cuarto de siglo de existencia. No me ha sido posible obtener en esta oportunidad datos completos que

me permitan hacerle justicia a todos y a cada uno de ellos. Muy a mi pesar debo, pues, reservarme para completar esta relación en alguna otra oportunidad.

---

*Los Tiempos* no es el primer diario de ese nombre que aparece en Santiago de Chile. El 27 de Diciembre de 1877 aquel brillante periodista y escritor de inolvidable recuerdo, Justo Arteaga Alemparte, fundó un diario intitulado *Los Tiempos*, que vivió poco más de cuatro años, pues cesó de publicarse el 28 de Febrero de 1882. Colaboró en esa hoja, que se recuerda como el diario de los Arteaga Alemparte, el hermano del fundador, don Domingo, pero su contribución fué escasa y corta, pues ya su salud resentida hacía presentir su muerte, ocurrida el 12 de Abril de 1880. Contaron *Los Tiempos* con otros colaboradores de nota: don Nicolás Peña Vicuña, don Ramón Liborio Carvallo don Miguel Cruchaga, don Julio Bañados Espinosa, don Rómulo Mandiola y don Ismael Valdés Vergara.

En el prospecto de *Los Tiempos* de 1877, decía Justo Arteaga Alemparte:

«No hay libertad sólida sin sólida prosperidad, a no ser la libertad de morirse de hambre; como no hay prosperidad fecunda, honrosa, sin libertad, a menos que no sea la prosperidad de los cortesanos o de los pretorianos.

«*Los Tiempos*—agregaba—quiere que Chile sea un pueblo de hombres libres y de hombres felices.»

Y terminaba con estas frases características de su estilo cortante y contundente:

«Si el país no está con él, sabrá morir.  
Si el país está con él, sabrá vivir.»

Tres meses después de la desaparición de su diario, desaparecía él mismo del escenario de la vida, el 2 de Junio de 1882.

---

Aparece en Santiago desde el 2 de Noviembre de 1926, un diario de la tarde que lleva el nombre de *El Imparcial*; vivo, bien informado, novedoso, responde a la concepción moderna de una hoja destinada a satisfacer la avidez por conocer la última ocurrencia que sólo se siente en las grandes capitales. Años atrás, cuando Santiago de Chile era apenas una gran aldea, un diario vespertino de este carácter no habría tenido éxito. Se sabía lo que ocurría hasta dentro de las paredes de la casa del vecino, sin necesidad de esperar los frutos de las investigaciones periodísticas. Hoy día en esta capital, más grande por lo desparramada que por el número de su población, *El Imparcial* llena una necesidad.

Siete años alcanzó a vivir desde el 10 de Agosto de 1903 hasta 1910 una hoja vespertina del mismo nombre que redactaron periodistas y políticos de nombra-día, de cuyas cenizas nació, acaso, *El Imparcial* de hoy.

No es el único diario de ese nombre que ve la luz pública, aun cuando el otro *Imparcial*, de Tagua-Tagua, es de importancia pequeñísima.

Siete son los periódicos chilenos que han sido bautizados con el nombre de *El Imparcial*. El más antiguo de ellos, *El Imparcial de Chile*, vió la luz pública en 1823, y fué un semanario que sólo apareció cinco veces. Los otros cuatro, fuera de los dos que se publican hoy, son: *El Imparcial* de Florida, semanario fundado en Junio de 1885, que alcanzó a publicar 59 números; *El Imparcial* de Las Hijuelas, también semanario, nacido el 16 de septiembre de 1894, que pu-

blicó 24 números; *El Imparcial* de Huara, periódico bi-semanal fundado en 1895, que publicó 789 números, y *El Imparcial* de Huasco, fundado en 1908.

*El Imparcial* de Santiago, que más larga vida y mayor lustre le ha dado al nombre, fué fundado con carácter esencialmente judicial, y, paulatinamente, merced a los esfuerzos de sus actuales dueños y de su Director, ha ido convirtiéndose en el diario culto de formas, independiente en sus juicios, animado en sus informaciones, que hoy goza de excelente posición en el periodismo chileno.

---

Antes de ocuparme del Decano del periodismo chileno, me parece interesante recordar que, en diversas épocas, hemos tenido diez periódicos chilenos editados en el extranjero, y 69 periódicos extranjeros editados en Chile.

Entre los 34 diarios de más de diez años y menos de veinte de existencia, se encuentran *La Nación* de Santiago, a que ya me he referido, *Los Tiempos*, que edita la misma empresa periodística, y *La Estrella* de Valparaíso, que puede considerarse como un apéndice vespertino del decano de la prensa chilena.

## VI

### El Decano del Periodismo Chileno

Próximo a cumplir 106 años de existencia, *El Mercurio* de Valparaíso es el periódico más antiguo de la América Latina, y uno de los tres más antiguos que aparecen en lengua castellana.

Periódico bisemanal desde el 12 de Septiembre de 1827, se convirtió en diario el 5 de Mayo de 1829. Sólo una vez suspendió su publicación, durante los ocho meses de la contienda civil de 1891, esto es, desde el 8 de Enero hasta el 31 de Agosto de ese año.

Durante su larga existencia ha pertenecido a ocho distintos propietarios, ya que no sería razonable clasificar como transferencias de dominio las sucesiones y traspasos directos entre ascendientes, descendientes o colaterales. Dos familias han sido sus dueños durante 86 años: don José Santos Tornero y sus descendientes por 33 años (1842-1875) y los actuales propietarios por 53 (1880-1933).

Los seis propietarios restantes lo poseyeron en conjunto 19 años, a saber: Wells y Silva, los fundadores en compañía de don Pedro Félix Vicuña, que fué el alma y la pluma de sus comienzos, durante los cinco primeros años (1827-1833), don José Luis Ca-

lle durante los cinco años siguientes (1833-1838), don Bernardo Pery-Etchart de 1838 a 1840, don Manuel Rivadeneyra de 1840 a 1842, don Camilo Letailier en 1875 y don Rafael Larraín Moxó de 1876 a 1880.

Es curioso observar que entre los ocho dueños sucesivos que ha tenido *El Mercurio* de Valparaíso hay cinco extranjeros, de los cuales uno, Wells, es americano; otro argentino, Calle; un tercero francés, Pery-Etchart, y dos españoles, Rivadeneyra y Tornero. Sin embargo, a través de su larga historia no se encuentra una sola ocasión en que el viejo diario haya debilitado el fortísimo sentimiento chileno que le imprimiera don Pedro Félix Vicuña en aquel primer artículo del primer número en que protestaba, con palabras de fuego por el ultraje que un oficial de la Marina británica le había inferido al honor nacional, ultimando, con su propia mano, a un guardián del Teatro de Valparaíso, que se llamaba José María Muñoz. Demasiado conocidos son los términos mismos de ese artículo, mezcla de comentario editorial y de crónica del suceso, para que lo cite aquí textualmente.

Aun cuando era esa tragedia, ocurrida tres días antes, lo que ahora llamaríamos «la nota del día», no puede calificarse esa publicación, seguramente salida de la pluma de Vicuña, como el primer artículo de fondo de *El Mercurio* de Valparaíso. Más bien estaba destinado a desempeñar ese papel el artículo que apareció en la última página por razones materiales de tipografía que dieron en tierra con la ética, sobre las numerosas razones que abonaban la creación de una Academia Náutica. Lo firmaba «El Pescador» y es casi seguro que ese seudónimo ocultaba el nombre de don Pedro A. Pozo. Después de declarar que «toda la juventud chilena clama porque se plantee una Academia Náutica y muy en par-

ticular la de esta ciudad que tiene una fuerte tendencia por la marina», hace la cuenta detallada de los gastos que exigiría su instalación, y dice:

«Resulta por esta clara demostración que en el utilísimo establecimiento de una Academia Náutica que honre a la nación, apenas se alcanzarán a invertir 1,186 pesos todos los años, fuera de los 69 que se emplearán una sola vez.»

Nadie puede disputarle a don Pedro Félix Vicuña de Aguirre la gloria de haber fundado *El Mercurio* de Valparaíso.

Había llegado allí tres años antes, en 1824, con una imprenta en la cual daba a la estampa hojas sueltas y boletines. El 3 de Octubre de 1826 lanzó el primer periódico que vió la luz en ese puerto. Lo intituló *El Telégrafo Mercantil y Político*, y fué la hoja precursora de *El Mercurio*; de la misma manera que John Walter publicó el 1.º de Enero de 1785 un diario con el nombre de *The London Daily Universal Register* que tres años después, el 1.º de Enero de 1788, se convirtió en *The Times*, nombre que conserva hasta ahora. Vicuña fué, sin embargo, más prolífico en Valparaíso que Walter en Londres, pues antes de darle vida a *El Mercurio* publicó dos periódicos más de otra índole: *El Verdadero Liberal*, el 4 de Enero de 1827, y *El Observador*, que sólo apareció cuatro veces.

En estas incumbencias periodísticas encontró a Vicuña un joven americano, Tomás G. Wells, que llegó a Valparaíso, un mes antes de la fundación de *El Mercurio*. Traía éste consigo una colección de tipos que venía a completar admirablemente los elementos de impresión con que Vicuña contaba. Se asoció a ambos don Ignacio Silva Medina, empleado de aduanas, que, a la vez, cultivaba el oficio de tipógrafo por afición. De esta triple colaboración nació la hoja bisemanal que ostentaba bajo su nombre la

calificación de *Periódico Mercantil, Político y Literario*.

Fué don Pedro Félix Vicuña quien le dió su nombre. En una carta que le dirigió al editor de *El Mercurio* el 16 de Julio de 1870 le dice:

«En mi juventud yo redacté los primeros números y lo bauticé con el nombre que lleva. . . . .»

Y en el número de *El Mercurio* del día anterior (15 de Julio de 1870) se publica otra carta de Vicuña en que declara:

«Yo fuí el fundador de este diario y dí la mitad de los fondos, sin interés alguno, para establecerlo.»

---

En su larga existencia *El Mercurio* de Valparaíso ha atravesado por todas las etapas de nuestra vida nacional, y sus páginas son, en verdad, la historia vivida contemporáneamente del período agónico de la anarquía que terminó en Lircay, de la Constitución de 1833, de la autoridad de Portales, de la guerra contra la Confederación Peruano-boliviana en 1836 y 1838, del pacífico Gobierno de Bulnes, del tormentoso período del Decenio, de la Administración de Pérez y la guerra con España de 1865, de las reformas de la época de Errázuriz Zañartu, de los Gobiernos de Pinto y Santa María y la guerra de 1879, de la Administración de Balmaceda y la contienda civil de 1891, de los Gobiernos de don Jorge Montt, de don Federico Errázuriz Echaurren y la época álgida de nuestra controversia de fronteras con la República Argentina, de las Administraciones de don Germán Riesco, don Pedro Montt, don Ramón Barros Luco, don Juan Luis Sanfuentes, don Arturo Alessandri, y de la época tormentosa que siguió hasta llegar a mares más apacibles.

A través de sus ciento cinco años, *El Mercurio* de Valparaíso lo ha visto y anotado todo, y, todavía, lo ha comentado todo, valiéndose de plumas chilenas, argentinas, uruguayas, venezolanas y colombianas, de reputación americana. En esta Academia se sientan cuatro colegas que han sido sus redactores, y uno que ha honrado constantemente sus columnas con valiosas colaboraciones. La personalidad de sus redactores en el mundo del periodismo, de la literatura, de las ciencias y de la filosofía, es factor principal del prestigio que ha alcanzado el diario mismo. Entre los académicos ilustres de otros tiempos que fueron sus redactores, en distintas épocas, están don Miguel Luis Amunátegui, don Benjamín Vicuña Mackenna, don Manuel Blanco Cuartín, y mi inolvidable amigo y compañero de labores en la fundación de *El Mercurio* de Santiago, Joaquín Díaz Garcés.

Fuera de esta Academia, la lista de los que han dirigido con éxito el pensamiento y la acción de *El Mercurio* no es menos numerosa. Entre los extranjeros están dos argentinos, don Ladislao Ochoa, amigo de Portales a quien importunó en más de una ocasión como atestigua su correspondencia con él, y don José Luis Calle; y un gran venezolano, Simón Rodríguez, el maestro de primeras letras de Bolívar, y amigo compatriota de don Andrés Bello. Rodríguez fué más inspirador y colaborador que redactor de fondo.

No fueron Ochoa y Calle los únicos argentinos que redactaron *El Mercurio*. La lista es larga y sabrosa. En ella figuran don Domingo Faustino Sarmiento (1841-1842), don Miguel Piñero (1842), don Félix Frías (1844), don Juan Bautista Alberdi (1844) y don Demetrio Rodríguez Peña (1846). Además, Lavalle y don Bartolomé Mitre, aunque no fueron

redactores principales, contribuyeron con numerosas colaboraciones.

Contó *El Mercurio* además, en su primer cuarto de siglo de existencia, con otros dos redactores extranjeros: un colombiano, don Juan García del Río (1842) que recomendó y auxilió poderosamente a don Miguel Piñero en sus labores, y un uruguayo de reputación continental, Juan Carlos Gómez (1846-1851) que dejó en sus columnas honda huella de su cultura y talento literario.

Sarmiento, aquel humilde maestro de escuela que alcanzó años más tarde a la Jefatura del Estado, llegó a Chile desterrado por Rosas, y, como dijo de él don Manuel Blanco Cuartín, hizo gritar a *El Mercurio* contra aquel tirano. Desconocido y pobrísimo, encontró un amigo y protector en don José Victorino Lastarria. «Sus treinta y dos años parecían sesenta», dice éste en sus *Recuerdos Literarios* refiriéndose al aspecto físico de Sarmiento. Lastarria lo presentó a don Manuel Rivadeneyra, a la sazón dueño de *El Mercurio*, y la víspera del vigésimo cuarto aniversario de la batalla de Chacabuco, esto es, el 11 de Febrero de 1841, publicaba Sarmiento su primer artículo sobre aquel hecho de armas, y lo firmaba «Un teniente de artillería en Chacabuco». Excusado parece decir que Sarmiento, batallador infatigable que sentía solaz y alegría dando mandobles, aprovechó una oportunidad, por lo demás traída de los cabellos, para arremeter sin piedad contra la tiranía de Rosas.

En su paso por *El Mercurio* provocó Sarmiento polémicas ardorosas, y más numerosos fueron en esa época los que le censuraron que los que le aplaudieron. Revolucionario político en su patria, llegó a Chile a hacerse revolucionario en literatura y en ortografía. Abominaba de las academias, de los puristas y de los retóricos. Y así le vemos en *El Mer-*

*curio* de 22 de Mayo de 1841 expresarse despectivamente de la autoridad de las academias que, a su juicio, no tienen otra misión que recoger, como en un armario, las palabras cuyo uso está autorizado por el pueblo. Empezó una cruzada impopular e injusta en contra de don Andrés Bello, venerado de sus discípulos, uno de los cuales, don José María Núñez, bajo el seudónimo de «Otro Quidam», salió a la palestra a defender a su maestro. En esa polémica sobresalió el ingenio burlón y jovial de Sarmiento. Por aquellos días había llegado a Santiago un libro de Historia Natural. Sarmiento aprovechó la coyuntura para imaginar un congreso de animales en que a la derecha tomaban asiento los partidarios del Gobierno: un caballo, un ciervo, el elefante, el carnero, el cerdo y el chivato; al centro, los «animales rastreros, sin carácter conocido y sin opinión propia», es decir, la tortuga, la culebra, el alacrán, el sapo y otras alimañas del mismo jaez; al pie de la mesa presidencial se colocaba la zorra para no comprometerse; y a la izquierda el león, el tigre, el lobo, y otras especies montaraces e independientes, mientras el loro y el mono redactaban la sesión.

Con la adquisición de *El Mercurio* por Tornero en 1842, cesó la redacción turbulenta, brillante, ingeniosa, mordaz y acometiva de Sarmiento.

Don Miguel Piñero, que le sucedió, también argentino, era abogado de gran reposo, discreto, ilustrado y laborioso, y dos años después de iniciar sus labores fué reemplazado, en 1844, por otro argentino, don Félix Frías, que llegó a Chile en calidad de Cónsul General de Bolivia. Fué, más tarde, Frías, adversario encarnizado de Chile durante la misión Barros Arana en Buenos Aires, en 1876, a propósito de la controversia sobre la Patagonia.

A Frías le sucedió en 1844 Alberdi, jurisconsulto y publicista argentino, que dejó honda huella. Pue-

den citarse como notables sus artículos sobre Derecho. Otro argentino, metódico, ordenado, enciclopédico, don Demetrio Rodríguez Peña, reemplazó a Alberdi por corto tiempo, y entró a redactar *El Mercurio* durante los cinco años siguientes (1846-1851) el inolvidable poeta y literato uruguayo Juan Carlos Gómez. Combatió éste con energía y calor la ley sobre abusos de la libertad de imprenta que don Antonio Varas propuso aquel año. En la imposibilidad de hacer justicia en esta ocasión a la fecunda labor de Gómez en *El Mercurio*, me limitaré a citar estas palabras del primer artículo que publicó en ese diario:

«*El Mercurio* es entre nosotros el eco del mundo extranjero, y en el extranjero el reflejo de la última situación de Chile.»

El mismo sentido de las proporciones que me impide abarcar en todo su admirable conjunto la magnífica labor de Juan Carlos Gómez, no me permite tampoco darle a cada uno de los grandes redactores que *El Mercurio* ha tenido, el sitio que le corresponde en la historia del periodismo chileno.

Felizmente pertenecen todos a una categoría literaria, política y filosófica tan sobresaliente, que no es necesario recordar sus títulos de nobleza en la intelectualidad chilena ante esta Academia.

Me bastará decir que fueron redactores de *El Mercurio* don Jacinto Chacón en 1851, don Ambrosio Montt en 1852 y 1853, don Isidoro Errázuriz en 1863, don Benjamín Vicuña Mackenna en 1863 y 1864, don Joaquín Godoy en 1865, don Camilo E. Cobo desde 1866 hasta 1869, don Manuel Blanco Cuartín en dos períodos, uno de catorce años desde 1870 a 1884, y otro de un año de 1885 a 1886 durante los cuales fué reemplazado ocasionalmente por su hijo don Ventura Blanco Viel y por don Rafael Egaña; don Miguel Luis Amunátegui en 1884 y 1885,

don Máximo R. Lira desde 1890 hasta 1892, don Hermógenes Pérez de Arce durante los diez años que siguen (1892-1902) con una ligera interrupción provocada por el desempeño de una cartera ministerial; don Joaquín Díaz Garcés, inolvidable y querido amigo a más de escritor incomparable, y, por fin, cuatro de nuestros ilustres colegas en esta Academia: don Augusto Orrego Luco desde 1886 hasta 1890, don Ricardo Montaner Bello, don Luis Barros Borgoño en 1902, y don Carlos Silva Vildósola.

Además de los redactores principales, ha tenido *El Mercurio* en sus secciones noticiosas, hombres de reputación literaria como don Román Vial y don Eloy Caviedes, y ha contado con una falange de colaboradores y corresponsales de nota. No necesito añadir comentario alguno a los nombres de:

Eduardo de la Barra,  
Julio Bañados Espinosa,  
Daniel Barros Grez,  
Alberto Blest Gana,  
Emilio Castelar,  
José Joaquín Larraín Zañartu,  
José Victorino Lastarria,  
Bartolomé Mitre,  
Raymond Poincaré,  
Pedro Nolasco Préndez,  
Daniel Riquelme,  
José Joaquín Vallejo.

## VII

### A manera de epílogo

Todos los hombres de alguna significación en las letras chilenas han hecho sus primeras armas intelectuales en el periodismo. Es una escuela de educación cívica. Es también un género de literatura distinto a los otros. Muchos hombres eminentes han negado eso último, y, entre ellos, don Juan Valera. Así lo expresó contestando en la Academia de la Lengua el discurso de recepción de don Isidoro Flórez en 1898. Sin embargo, hay entre el periodismo y otros géneros literarios, diferencias notables. Pudiera decirse, acaso, que hay la misma diferencia que existe entre el arte de la fotografía y el arte de la pintura, entre la habilidad para sorprender actitudes inesperadas y naturales en una instantánea, y la meditación y buen gusto que inspiran la composición de un cuadro de pintura. La literatura de todos los géneros forma una misma familia, es una misma manifestación de arte y de inteligencia, de imaginación y discernimiento, de fantasía y equilibrio; pero ¡cuán distinto es un buen periodista de un buen literato, en su temperamento, en su estilo y hasta en sus hábitos! El buen periodista puede carecer de corrección y atil-

damiento de lenguaje, siempre que sintetice con la viveza del relámpago la situación que describe. Su reputación no sufre menoscabo por la imperfección de la forma. En cambio, si carece de chispa, de vivacidad, del talento supremo de interpretar en una frase sugestiva, aguda y penetrante, lo que bulle en el fondo subconsciente del hombre de la calle en ese preciso día en que escribe, aun cuando cada línea sea un modelo de clásica perfección y de escogido vocabulario, no es ni será nunca periodista. Hay literatos-periodistas que han cultivado ambos géneros con la aureola de la celebridad, y muchos son los periodistas que han llegado a ser literatos de justa fama y reputación. Empero, el caso inverso no se ha producido, con la misma frecuencia, y pocos son los literatos notables que se han convertido en buenos periodistas. El temperamento no se adquiere con disciplinas mentales. O se nace con él o no se tiene. La espontaneidad no se cultiva; es una flor silvestre.

En su discurso de incorporación a la Academia de la lengua, decía don Eugenio Sellés y Angel:

«Es género literario la oratoria que prende los espíritus con la palabra y remueve los pueblos con la voz; es género literario la poesía, que aloja la lengua de los ángeles en la boca de los hombres; es género literario la historia, enemigo triunfante de la destrucción y del tiempo, porque hace volver el que pasó y resucita el alma de las edades muertas; es género literario la novela, que narra lo que nadie ha visto, de suerte que a todos nos parece verlo; es género literario la crítica, que pesa y mide la belleza y tasa el valor y contrasta la verdad y las mentiras artísticas; es género literario la dramática, que crea hechos más verosímiles que los reales; ¿no ha de serlo el periodismo, que lo es todo en una pieza: arenga escrita, historia que va haciéndose, efemérides, ins

tantánea, crítica de lo actual y, por turno pacífico, poesía ideológica, cuando se escribe en la abastada mesa del Poder, y novela espantable cuando se escribe en la mesa vacía de la oposición?»

Las aptitudes intelectuales del periodista son muy singulares: ha de tener, ante todo, agilidad mental casi acrobática, conocimientos superficiales en todo género de materias, dón de gentes para recoger, sin esfuerzo propio ni resistencia ajena, la nota íntima del acontecimiento del día, plasticidad del espíritu para ponerse a tono con el ambiente que le rodea en un momento determinado, y adaptabilidad hasta de ademanes para que su presencia no disuene y modifique el cuadro que desea recoger.

En el célebre Diccionario Enciclopédico de Diderot y D'Alembert, ya citado, aparece, bajo el epígrafe de «Gazettier» (gacetillero) la siguiente definición que, a mi juicio, podría aplicarse, en todo su significado, a un periodista moderno de buena cepa:

«Un buen gacetillero debe ser vivazmente instruído, verídico, imparcial, simple y correcto en su estilo.»

Y agrega:

«...esto significa que los buenos gacetilleros son muy escasos.»

No en balde es Voltaire el autor del artículo.

Sin embargo, la escasez de los buenos gacetilleros no ha sido grande en Chile, como lo revela la relación que acabo de hacer. Ciertamente es que si hubiéramos de cernir el lenguaje de algunos gacetilleros contemporáneos en el tamiz de la pureza castiza, encontraríamos más de uno que goza de merecida reputación en el mar revuelto de los lectores de la prensa diaria que no calzaría con la definición del buen gacetillero de Voltaire. Pero, precisamente, encuentran las Academias de la Lengua en esa vasta, espontánea y exuberante germinación de nuevos términos que hoy

brotan en los periódicos y ayer aparecían en las conversaciones y consejas de la plebe, las semillas que merecen recogerse y cultivarse para enriquecer el jardín del vocabulario con nuevos florecimientos. Así y no de otra manera se han formado las lenguas clásicas. Todos conocemos la carta que le escribieron al Cardenal Richelieu aquellos hombres de letras que se reunían en casa del Secretario del Rey, Valentín Conrat, y formaron en 1635 la primera Academia Francesa. Nos proponemos, le decían, «expurgar la lengua de las impurezas recogidas en boca de las gentes vulgares, en la jerga de los abogados, de las impropiedades de los cortesanos ignorantes y de los abusos del púlpito». Es de presumir que no figuraron en la lista los gacetilleros, porque en aquellos años recién aparecían hojas con ese nombre. Jaime Romeu sólo comenzó a publicar semanalmente en Barcelona su «Gaceta», seguramente el periódico más antiguo de España, seis años después, en 1641.

Mantiene nuestra lengua una disciplina más severa y colectiva que el inglés, el francés o el alemán. La autoridad suprema de la nuestra es el Diccionario de la Academia Española, compuesto por la Ilustre Corporación misma. Entretanto los diccionarios clásicos de Inglaterra, Francia y Alemania han sido compuestos por autoridades individuales como Murray, Littré y Grimm.

No es que los españoles sean más disciplinarios y sometidos a la autoridad en todo orden de cosas que los individuos de otras razas. Más bien debe atribuirse al origen mismo de nuestra lengua esa tendencia a consagrar como clásicas en el seno de una Corporación las palabras que lo merecen por su etimología y propiedad. Pertenece el castellano con ocho lenguas más al grupo románico que no nació del latín literario y clásico, sino más bien del latín popular del

vulgo, transformado fonéticamente por la fantasía y corrompido por los dialectos:

De cuna nebulosa, la lengua española se inficionó de vocablos de origen teutónico durante la conquista de los visigodos, de vocablos orientales con la conquista mora, y dentro del mismo castellano brotaron dialectos como el asturiano, el navarro-aragonés y el andaluz. En la época contemporánea la América Española ha difundido el uso de vocablos de origen aimará, quichua, azteca y otros, y el castellano se ha enriquecido con términos indígenas.

Todo este abigarrado conjunto en manos de autoridades individuales se habría desparramado en mil direcciones diversas, y en vez de la lengua clásica que nos ha dado la Academia Española, en su Diccionario, abierto siempre a la evolución ordenada como lo comprueba la adopción constante de nuevas palabras especialmente de origen americano, tendríamos dialectos descoyuntados y anticlásicos, que nos llevarían seguramente a perder el vínculo más fuerte, más bello, más melodioso que une a los pueblos de América entre sí y con la Madre Patria: la lengua común en que balbuceamos las primeras plegarias de nuestra infancia y encomendamos quedamente nuestra alma a Dios en el instante supremo.

**DISCURSO DE CONTESTACION**

**DE**

**Don LUIS BARROS BORGÑO**

La Academia Chilena correspondiente de la Academia Española abre hoy con satisfacción sus puertas y se congrega solemnemente para recibir a un brillante cultor de las letras, a la vez ciudadano prominentemente que ha dedicado a su patria, en las diversas actividades sociales, económicas y políticas, todas las dotes de una poderosa mentalidad.

Llega don Agustín Edwards a este centro de labor tranquila y paciente después de una afanosa vida pública, que si ha sido tál por la perseverante dedicación que en ella ha gastado, lo ha sido más por el anhelo incontenible de ser útil a su patria, de contribuir al desarrollo y progreso de la Nación y de cooperar al bienestar de sus conciudadanos.

En la plenitud de la vida, lleva ya sobre sus hombros una carga que a ser material habría de agobiar la más recia contextura. Pero ella es carga de merecimientos, de virtudes cívicas y personales, de largos y útiles servicios públicos que le permiten alzar vigorosa y triunfadora su fecunda personalidad.

# I

## Elogio de don Eliodoro Yáñez

Viene a ocupar el asiento que perteneció a un eminente ciudadano, como él brillante político, y a la vez también como él, periodista y director en la prensa diaria de la mentalidad nacional.

Porque don Eliodoro Yáñez, antecesor de nuestro actual recipiendario, hizo en su vida pública una carrera de constante ascensión en las diversas actividades a que consagró su poderosa inteligencia y su rica intelectualidad.

En las hermosas y justicieras páginas que el señor Edwards dedica a su memoria, en el discurso que acabamos de escuchar, nos ha presentado con perfiles exactos la silueta no siempre fácil de enfocar de aquel sagaz político, enigmático para unos, esquivo e inquietante para otros, pero a quien nadie podía negar ni su talento, ni sus luces, ni su elocuencia parlamentaria, ni las dotes del verdadero hombre de estado.

Nada puedo agregar al artístico elogio que el señor Edwards tributa con justicia a los merecimientos y a las relevantes facultades literarias de su antecesor.

El señor Edwards intitula su discurso de incorporación *Elogio de don Eliodoro Yáñez y bosquejo panorámico de la prensa chilena*. De este modo ha involucrado en el estudio sobre el diarismo las iniciativas del señor Yáñez en este género de actividades intelectuales, completando así la personalidad de su antecesor.

El señor Edwards nos diseña un retrato con paleta vigorosa, que sabe dar los tonos fuertes y que a las veces se detiene en un discreto semi oscuro.

Absolutamente sincero y justo en las apreciaciones sobre el político, traza el señor Edwards un esquema de la figura espiritual del señor Yáñez que, como lo expresa galanamente, «no se ha esfumado ni se ha olvidado porque ha perdido sus formas corporales».

La descollante figura del político liberal se destaca en todo su relieve como hombre de doctrina, y como estadista que aprecia las necesidades de su país y las exigencias de la época. Su vida parlamentaria aparece confundida con la vida política del país en los últimos cuarenta años; época en que su palabra elocuente estuvo siempre al servicio de las ideas y de los principios liberales.

Le debe la Academia una hermosa pieza literaria en el discurso de incorporación que no le fué dado pronunciar por acontecimientos políticos de todos conocidos, pero que la Corporación hizo insertar en su *Boletín*.

Queremos recordar únicamente unas pocas palabras de su peroración. Se advierte en ellas un sentimiento profundo de tristeza y de decepción, pero a la vez un aliento de confianza en la justicia inmanente que restablece la verdad, y en el tiempo que borra todo lo que es falso y deleznable.

«Non omnis moriar!», exclamaba el señor Yáñez en su elocuente peroración. Algo sobrevive a la espantosa nada del destino. El culto a los grandes hombres

no reposa en lo que han dicho, sino en el espíritu que los ha guiado, en su abnegación y en su civismo; y ante todo, en la influencia que han ejercido en bien de sus conciudadanos o en bien de la humanidad.»

«Magna spe! Levantemos la mente hacia la región de las grandes esperanzas.

«Los pueblos no mueren sino cuando se extinguen en ellos las fuerzas espirituales. En medio de las perturbaciones políticas y sociales se elaboran las Constituciones del porvenir. Al lado de fuerzas que destruyen, hay fuerzas que crean, y la arbitrariedad y el abuso, las ideas exageradas y perturbadoras, así como la inconsciencia y la irreflexión son eminentemente transitorias y pueden y deben encauzarse para hacerlas servir de estímulo y empuje a las sociedades humanas en su incesante progreso evolutivo. Magna spe!

«Pienso que las grandes sombras de la historia deben evocarse y honrarse como los griegos honraban a sus héroes.

«Acostumbremos a la juventud a oír ensalzar a aquellos que lo han merecido y perdonemos a nuestros grandes hombres haber sido nuestros conciudadanos.»

Y al acotar este último pensamiento podremos decir que somos sus contemporáneos y que hacemos justicia plena a su talento, a su cultura y a su patriotismo.

## II

### Bosquejo panorámico de la prensa

El bosquejo panorámico de la prensa está lleno de antecedentes y datos que nos permiten apreciar cabalmente el desarrollo y la evolución completa que ha realizado en Chile el periodismo, a cuya cabeza ha marchado siempre brillantemente *El Mercurio*.

Se percibe a través de aquellas páginas el aliento cariñoso del espíritu que ha convivido con esos luchadores diarios del periodismo, que ha participado sus desvelos, y que conoce las energías agotadas cada día, el esfuerzo incesante que hora a hora debe marcar un paso nuevo, una idea oportuna, la impresión viva y pronta del momento, la advertencia para mañana y a cada instante la improvisación escrita. El secreto del éxito está en pronunciar la palabra que todo el mundo tiene en los labios, y de expresar la víspera lo que la masa del público debe pensar al día siguiente.

La Corporación acaba de escuchar el atrayente bosquejo, y le ha tributado con razón sus aplausos y sus felicitaciones.

Este trabajo nos ha traído el recuerdo de un fino e ingenioso literato francés al responder el discurso de recepción en la Academia Francesa del brillante y fugaz periodista Prevost Paradol.

Señalaba aquel académico, M. Camille Rousset, la diaria y agobiadora tarea del hombre de prensa, y exclamaba: «y de aquellos éxitos, de aquellos triunfos ¿qué queda? ¿qué podemos recoger pasada su oportunidad? ¿qué podremos volver a leer de que aquello que en un día nos deleitó y nos entusiasmó?»

«Recordáis, agrega, una flor que habéis admirado un día; tenéis fresca la sensación de su vivo esplendor, de su perfume penetrante; os proporcionó tanto placer que la habéis conservado.

«Si queréis creerme, no la busquéis, contentaos con el recuerdo; de otro modo, no os encontraréis sino con un documento de botánica.

«¿Y qué es, exclamaba, una colección de artículos de diario? ¡Un herbario!»

Pero a la vez, expresaba que en honor de Prevost Paradol, debía decirse que no todos sus artículos de diario eran piezas de herbario, y que la perfección del literato salvaba del olvido una gran parte de las obras de Prevost Paradol.

De mentalidad diversa, sin el fulgor de aquel espíritu que como meteoro cruzó en el firmamento de las letras y de la política francesa en los años que precedieron a la Guerra de 1870, podemos afirmar que los artículos editoriales de *La Nación*, escritos por el señor Yáñez, tienen el sello inconfundible de su inteligencia clara, lógica e ilustrada. No sólo habrán de perdurar por la corrección de su forma, sino y muy especialmente por la superioridad del concepto, la nitidez del pensamiento y la fuerza de la doctrina.

### III

## En la política

Iniciado muy joven en la política, ocupó don Agustín Edwards un asiento en la Cámara de Diputados a los 22 años de edad, asentó allí desde el primer momento su prestigio y llegó sin tardanza a la Mesa Directiva de esa Corporación.

Ministro de Estado a los 25 años, desempeñó en tres ocasiones y en dos Administraciones el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde dejó huellas profundas y duraderas de su capacidad, de su carácter sólido y enérgico, de su infatigable laboriosidad y de sus poderosas iniciativas.

Recorre desde entonces el señor Edwards, de etapa en etapa, una brillante carrera diplomática.

Ministro Plenipotenciario en Italia, España y Suiza en 1906, llegó a Londres en igual carácter a fines de 1910, y permanece en su alta investidura hasta 1924. Fué en aquella época el atalaya vigilante de los intereses de Chile en los años de la Gran Guerra, contribuyó eficazmente a la defensa y consolidación de nuestra situación económica y financiera y prestó solícita atención a la restauración e incremento de nuestra marina de Guerra.

## IV

### En la Liga de las Naciones

La Liga de las Naciones le contó desde el primer momento entre sus devotos e instó con firmeza al Gobierno sobre la necesidad en que estaba Chile de adherir al pacto de aquella Asociación. Participó en sus trabajos como Presidente de la Comisión de Finanzas y recibió además en un año el insigne honor de ser designado Presidente de la Asamblea de las Naciones.

Como miembro de aquella Institución correspondióle asumir con el acierto y certeza acostumbrados la defensa de los derechos de Chile en un momento delicado y expectante.

«Estos acontecimientos, decía con este motivo, están probando que hicimos bien en ingresar a una Institución que es un baluarte moral, contra el cual habrán de estrellarse en todo tiempo las tentativas de repudiación de Tratados.»

En una interesante Conferencia que el señor Edwards dió el 20 de Mayo de 1930, en la Academia Diplomática Internacional de París, desarrolló la idea de cooperación de los países de la América La-

tina en los trabajos de la Liga y amplió brillantemente su tesis para manifestar que las naciones americanas durante más de un siglo han hecho de la solidaridad una verdadera religión política.

«Es el único grupo de Naciones, afirmaba en esa ocasión, que lleva en su alma misma, en su tradición histórica, en sus principios políticos, la idea matriz de la Liga de las Naciones, es decir, el espíritu de solidaridad internacional, profundo y espontáneo en esos países.»

Y en comprobación citaba, con mucha exactitud, las ideas de cooperación y de solidaridad concebidas y proclamadas por todos los fundadores de la independencia de los países americanos.

Invocaba el proyecto de alianza de Francisco Miranda, el gran venezolano que quería transformar la América, unida por intereses comunes, en una gran familia de hermanos, «las análogas ideas del libertador Bolívar y su Congreso de Panamá de 1826, feliz y primer ensayo de la Liga de las Naciones».

«En nuestro propio suelo, añadía, el gran O'Higgins señaló al pueblo chileno en 1818 las ventajas de formar una Confederación de la América Latina para defender su libertad civil y política.»

Y en esas semillas del Panamericanismo entrevé el distinguido conferencista la ideas matrices de la Liga de las Naciones.

Citaba la sorprendente analogía entre las principales disposiciones del Pacto de Panamá y los artículos similares del Pacto de la Liga de las Naciones. En unos y otros artículos se consagra el solemne compromiso de zanjar amistosamente las diferencias internacionales sometiéndose a los procedimientos de conciliación en ellos establecidos, y en unos y otros las partes contratantes se comprometen a sostener y defender la integridad de sus respectivos territorios.

Esa conferencia terminaba con la siguiente y hermosa invocación:

«La sombra gloriosa de Bolívar se cierne sobre Versalles cien años más tarde, y al evocarla sentimos que las Naciones de la América Latina, inspiradas en su pasado, en los fundadores de sus pueblos, guiadas por su propia alma, están llamadas a apoyar y consolidar la Liga de las Naciones, porque es su propio espíritu el que, a través de ellas, se difunde por Europa.»

## En la Quinta Conferencia Pan-Americana

Tan prominente situación internacional, hubo de llevarle por el consentimiento unánime a la Presidencia de la Quinta Conferencia Panamericana, inaugurada en Santiago el 25 de Marzo de 1923.

Esa designación estuvo revestida de circunstancias que la hicieron especialmente honrosa para el señor Edwards, porque importaba un merecido reconocimiento de sus méritos y de su espíritu de colaboración y de solidaridad internacional.

El Presidente de la Delegación del Uruguay, Dr. José Antonio Buero, del más reconocido prestigio continental, propuso a la Asamblea la designación, por aclamación, de don Agustín Edwards como Presidente definitivo de la Conferencia, y al hacerlo, expresó que con ello deseaba que «se honrase a un hijo eminente de Chile».

«Lo saludamos, agregó, no sólo porque es eminente, por su valer personal, porque ha sido periodista de esa gran prensa chilena siempre honrada y clarividente, porque ha sido insigne diplomático de

su patria sino, sobre todo, para los que hemos recorrido los ámbitos mundiales, porque ha sido en Europa un hombre que ha honrado a la América y la ha enaltecido ante el concepto de propios y extraños; porque presidió la Asamblea de Ginebra, máxima Asamblea mundial, con lo que ha dignificado, juntos a su patria y a toda la América, y porque nosotros los uruguayos y demás miembros de este vasto continente colombino, nos honramos de haber visto presidida la más vasta Asamblea de los tiempos por un americano ilustre.»

Y al concluir, en medio de los aplausos unánimes de la Asamblea, exclamó el ilustre orador: «al pedirnos que aclaméis al señor Edwards lo hago por su propia personalidad, por la ciudad capital de esta tierra, por la patria chilena, por la América, cuyas deliberaciones el señor Edwards sabrá dirigir con su probada sagacidad, e inspirado siempre por el numen superior de una América grande, noble y fuerte».

Tal proposición fué acogida efusivamente por el Presidente de la Delegación de Estados Unidos señor Henry P. Fletcher.

«Es para mí, expuso el noble y distinguido diplomático, un alto honor apoyar en nombre de la Delegación de Estados Unidos, la feliz proposición de nuestros colegas de la Delegación Uruguaya, para que el gran patriota, distinguido diplomático y eminente estadista don Agustín Edwards sea invitado a presidir los debates de esta Conferencia.

«El talento y habilidad del señor Edwards, añadió el ilustre y conocido diplomático, le han conquistado la gratitud y afecto de sus propios conciudadanos y el respeto y la admiración de sus conciudadanos de América, y sus señalados servicios en la causa de la paz, de la armonía y de la cooperación internacional,

le han creado una situación única entre los dirigentes de la opinión mundial.»

Conceptos tan altos y tan elocuentes, realzados por la significación de los egregios representantes que los habían emitido, fueron secundados en términos análogos por el brillante Delegado del Brasil, Dr. Afranio de Mello Franco, y de otros representantes de los países de Centro América.

Obligada la Asamblea a acatar el Reglamento que disponía la elección por cédula, se procedió a votación y fué elegido el señor Edwards por la unanimidad de los Delegados.

En su discurso inaugural, el Presidente elegido rindió un sentido homenaje a los americanos ilustres que habían pertenecido a la anterior Conferencia y que ya no existían, pero que habían pasado por esa Asamblea «dejando una huella luminosa de su americanismo y de sus virtudes». Recordó en especial al ilustre brasilero, Ruy Barboza, cuya elocuencia resonó en dos continentes y abrió los ojos de los estadistas de Europa hacia la cultura de la raza latinoamericana».

Este homenaje provocó una elocuente manifestación de las diversas Delegaciones a la memoria de los americanistas ya fallecidos, y el hábil diplomático Dr. Fernando Saguier, Delegado Argentino, asintiendo a los conceptos sobre Ruy Barboza, sintetizó su pensamiento diciendo que no sólo fué uno de los más insignes estadistas del Brasil por su talento múltiple y fecundo, ciudadano ilustre de una gran democracia americana, orador parlamentario de singular eficacia, maestro, filólogo y hombre de letras, sino además ilustre americano porque empleó sin reserva todos los recursos de su gran espíritu en cimentar el ideal que hoy nos congrega en este recinto; la confraternidad sólida, inmovible del nuevo Continente.

El discurso inicial de la Conferencia, pronunciado por el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, don Luis Izquierdo, fué contestado en una hermosa alocución por el Presidente de la Delegación Argentina, Dr. Manuel A. Montes de Oca, y en ella recordó el valioso contingente moral que el pueblo de los Estados Unidos había prestado al movimiento de la emancipación americana y la defensa elocuente de Henry Clay, el gran repúblico, «que había repercutido eficazmente en las huestes redentoras que seguían su marcha triunfal hacia la libertad y hacia la gloria».

El eminente Secretario de Estado de la gran República del Norte, Mr. Charles E. Hughes, en notable Mensaje enviado a la Conferencia había caracterizado con notable precisión la importancia y rol de estas reuniones de mandatarios de naciones encaminadas a realizar los ideales de la paz. «Las experiencias presentes, al reforzar las lecciones de la historia, decía con este motivo, hacen que de nuevo se reconozca la inutilidad de meros arreglos formales, cuando falta la buena voluntad. Por muy importantes que sean los temas que se discuten, el valor permanente de la conferencia se cifra en el hecho de que en ella se formarán poderosos cimientos de mutua comprensión e interés amistoso, que proporcionarán la fuerza motriz que habrá de remover los restos que aun existan de sospechas y desconfianzas y vencerán las influencias de los antagonismos de antaño.»

Por su parte el Delegado americano Mr. Frank B Kellogg, llamado a tener gran figuración en la política internacional de su patria, y que ejerció saludable influencia en las deliberaciones de la Conferencia, acentuó esos ideales del Panamericanismo al referirse a los homenajes tributados a Henry Clay. Fué éste, dijo, el verdadero precursor de estas ideas. Como ciudadano particular, como miembro del Con-

greso Nacional, como Presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, como Ministro de Estado, trabajó diligentemente; y aportó todo el contingente de su brillante talento en favor del reconocimiento, por parte de los Estados Unidos, de la independencia de las naciones sudamericanas.

«La Unión Panamericana, agregaba, que Henry Clay y Bolívar soñaron y contemplaron con sus ojos visionarios, ha llegado a ser una realidad y un instrumento de paz universal. Esperamos que la influencia de estas democracias pueda aumentar y que la luz que irradian las repúblicas occidentales brille con resplandor creciente a medida que transcurren los tiempos.»

Aquella hermosa Conferencia, a la cual concurrieron los hombres más representativos de las repúblicas americanas, personalidades que habían tenido y que habían de tener una destacada figuración en sus respectivos países, terminaba sus tareas el 3 de Mayo de 1923, después de seis semanas de incesantes trabajos de comisiones y de sesiones plenarias en que se trataron, con la más delicada cultura y la más alta elocuencia, materias y problemas que afectaban al progreso y al porvenir de las libres repúblicas de la América.

El Presidente señor Edwards hizo en su discurso de clausura una síntesis brillante de los trabajos realizados por la Quinta Conferencia.

«En ésta, como en las anteriores Conferencias, decía entonces, ha quedado de relieve que las naciones americanas, al reunirse jurídicamente, no entienden que el mundo se divide en compartimentos aislados. Tienen un concepto más exacto de la estructura del mundo civilizado y saben que los intereses se buscan y entrelazan a través de los mares y de la distancia, sin sujeción a otras normas que las de la conveniencia recíproca. Quieren sí las naciones americanas man-

tener intacto un Continente que es el fondo de reserva de la civilización humana por su sana organización política y jurídica, por su extensión territorial, y por sus grandes riquezas.»

Y al terminar agregaba que para «nuestra América lo ambicionamos todo, y todo no es posible alcanzarlo en una sola jornada. Cada Conferencia ha ido dejando una piedra miliaria en el camino que nuestros pueblos recorren, buscando afanosos la amalgamación de sus intereses y la fusión en uno solo de sus gloriosos destinos civilizadores. Esta que clausuramos hoy, añade otra más, no menos grande y sólida a las que marcan majestuosamente en Washington, Méjico, Río de Janeiro y Buenos Aires la marcha triunfal de la América a través de los tiempos».

La palabra elocuente y vibrante del Delegado del Uruguay, Dr. Eugenio Martínez Thedy, llevó a la Asamblea la expresión calurosa de los sentimientos de los representantes allí congregados y dió respuesta al discurso de clausura que según sus propias expresiones, «nuestro Presidente señor Edwards, acaba de pronunciar, con la profundidad de pensamiento y con la selecta expresión que es su característica personalísima».

Y dirigiéndose al propio Presidente le expresó «que tiene de preferencia en su mandato la consigna de agradecer vuestra intervención en nuestros trabajos. Poco podría decir en vuestro elogio, que ya no lo hayáis percibido a cada instante desde que iniciamos nuestras tareas. La personalidad de Agustín Edwards no ha podido nunca ser desconocida para ningún hombre culto de América. Es en Europa un representante de Chile, su noble y glorioso país, pero es también un representante de América, en sus muy altas calidades de inteligencia, de caballerosidad y cultura. Presidente de la Liga de las Naciones, que lo invistió con uno de los honores más grandes a que

puede aspirar el hijo de una democracia, recibió en su propia patria este otro honor de presidirnos, elegido entre sus hermanos de América en el instante que nos congregábamos para deliberar sobre nuestros destinos colectivos. Nadie podrá decir que tanta distinción se produce por los azares de la buena suerte personal».

Esta aparente digresión nos ha permitido hacer que los hechos exhiban la personalidad del señor Edwards con el relieve que correspondió a su actuación en aquella magna Asamblea y con el concepto que mereció a los respetables, doctos y autorizados representantes de los diversos países de la América.

## VI

### En la Comisión Plebiscitaria

No ha de tardar en verse reclamada la atención del señor Edwards por otra grave comisión que habría de entregar el Gobierno a su capacidad y a su ya reconocida experiencia en los negocios internacionales. Envolvía ella la mayor responsabilidad que pudiera imponerse a un ciudadano, y significaba además una tarea ímproba, penosa y seguramente ingrata. Aceptó el señor Edwards con ese convencimiento, alentado únicamente por su patriotismo, y guiado por su espíritu innato de servir siempre a su país, sin excusar su persona, ni medir los sacrificios que pueda imponerle.

Se trataba de asumir la representación de Chile en el acto plebiscitario que debía resolver la nacionalidad de las provincias de Tacna y de Arica. El Laudo Arbitral había dado las normas, pero la Comisión debía determinar su aplicación y señalar el verdadero reglamento electoral que debía regir el acto.

Circunstancias especiales colocaban al representante de Chile en una situación asaz delicada. Se encontraba en presencia de la alta personalidad del General Pershing, el Jefe aclamado del ejército america-

no en la Gran Guerra, y si era indiscutible su prestigio y su autoridad moral, habría de sentirse moderado y atenuado ese respecto a sus determinaciones jurídicas ante la conciencia propia de los derechos del país y de la necesidad de resguardar los fueros de la nación ocupante del territorio, e independiente en su régimen político y administrativo.

Ese conflicto de deberes hubo de levantarse desde el primer instante, y desde ese propio momento pudo comprender el país que su derecho ante el proceso plebicitario, y su dignidad de nación, se hallaban entregados a manos expertas y a una conciencia recta, ilustrada y severa.

Designado el señor Edwards en Marzo de 1925, como Presidente de la Comisión Chilena, desempeñó durante catorce meses esas funciones, con la energía, la versación y la perseverancia que le son peculiares.

Defensor elocuente de los derechos de Chile, con la más cabal y acertada comprensión de sus deberes y de sus responsabilidades, fué infatigable en los trabajos de preparación y de realización de los procedimientos a que debía ajustarse la consulta plebicitaria. Sus discursos, sus escritos, sus informes demostraron, con su preparación doctrinaria, la indomable entereza en la defensa de los derechos de su patria.

La Memoria de esa intensa labor, presentada al Gobierno en Julio de 1926, forma un volumen, impreso en ese año, de 288 grandes páginas de texto, con 709 páginas de anexos, y presenta el cuadro fiel de aquel duro y vivo episodio de nuestras postreras jornadas de la ya inveterada Contienda del Pacífico.

En ella, como en todas las piezas de aquel formidable debate internacional, se muestra siempre el estilista, preciso en su lenguaje, fácil y sencillo en su dicción, y con el arte del escritor que sabe manejar su composición y dar interés aun a las materias más abstrusas.

## VII

### En la Fundación Santa María

Temería alejarme demasiado del objetivo preciso de esta disertación, si hubiera de seguir al señor Edwards en todos los instantes de su carrera siempre ascendente de labores y de servicios.

De variada y rica compleción intelectual, ha dedicado no pocas energías a las diversas actividades de la vida económica y comercial del país.

Empresas industriales, negocios comerciales, la prensa diaria, la revista, todas ellas son obras que han contado con su esfuerzo tesonero, lo que ha sido siempre garantía de buen éxito.

Debe anotarse especialmente que en la organización de esas empresas sus iniciativas han sido siempre progresistas y reformadoras; con verdadera previsión ha consultado en algunas de ellas, ideas y aspiraciones que han sido a las veces precursoras de modificaciones introducidas en nuestra legislación social.

Pero me habrá de ser permitido detenerme por un momento a fin de patentizar sus actuales trabajos dirigidos a dar vida a la Fundación de un gran filántropo.

Si habrá de subsistir y perdurar el reconocimiento para con el noble ciudadano que quiso aplicar su fortuna a tan vasta obra de progreso y de cultura pública, es de rigor hacer plena justicia al ejecutor sagaz que ha sabido dar cumplida forma a aquellos propósitos, y que no sólo ha sido el motor que ha dado impulso y vida a esa organización, sino que ha sido y es el alma de aquel benéfico Instituto.

En un libro excelente y sereno, ricamente impreso en París en 1931, ha presentado el señor Edwards una memoria biográfica acabada de don Federico Santa María, y una noticia compendiosa de la obra ya en preparación.

En sus primeras páginas da una semblanza de la notable y recia personalidad del filántropo. «El señor Santa María, nos dice, no fué jamás comparsa sino figura descollante y dinámica en cualquier reunión de hombres.»

Una pasión, agrega, dominaba en él por sobre todas las cosas: su amor ardiente por Chile y especialmente por Valparaíso. «En las mismas amargas críticas que solía hacer de las cosas y de los hombres de la patria, podía advertirse la protesta contra lo que él creía que dañaba a la tierra amada.»

Sigue al señor Santa María en el largo viaje de estudio y de agrado que emprendió en los años de 1895 a 1897 a través de los diversos continentes. Con este motivo, hace notar el espíritu escudriñador de aquél, y el interés vivísimo por conocer y penetrarse de las antiguas civilizaciones del Oriente y en especial de la India. El señor Santa María recorre con atención los países de nueva formación, como Australia y Nueva Zelanda, y estudia atentamente la nación americana del Norte; se extasía ante ese pueblo «porque rinde culto intuitivo al trabajo que es la base y vida del género humano», según sus propias expresiones.

«Durante sus ochenta años de vida, nos dice el señor Edwards, conservó una admiración ciega por todo lo que era americano y se preciaba de conocer a fondo el carácter y psicología de aquel pueblo, su historia y desarrollo, sus virtudes y defectos.»

Se lee este libro con el mayor interés, no sólo por su amena y acertada dicción, sino también por el variado material de esa obra, que en los viajes y en el desarrollo de las grandes empresas y combinaciones financieras, abarca una vida intensa que en ciertos momentos toca los lindes de lo novelesco.

## VIII

### Primeros trabajos

El señor Edwards ha dado muestra de superioridad moral por una consagración ardorosa al cultivo de las letras. Ha hallado en los goces espirituales una justa compensación a las ansias de su espíritu. Ha encontrado en los trabajos intelectuales aquella inefable satisfacción que siente el alma cuando se halla dominada por los anhelos de la verdad y del saber.

Datan sus primeros trabajos de los años 1896 y 1897, en que respectivamente publicó *Lo que ví en España* y *Las tres fiestas de Sevilla*, impresas esas obras la primera en París y la segunda en Santiago, y ambas agotadas.

Las diversas actividades que hubieron de reclamar su atención en los años siguientes, si aplazaron momentáneamente sus vocaciones literarias, no las amortiguaron en lo menor.

## IX

### Sobre Suecia

Aun sobre los absorbentes trabajos que le demandaba su representación diplomática en Londres durante la Gran Guerra, mantenía siempre viva su natural predisposición a los estudios literarios y de investigación.

Con motivo de su misión a Suecia en 1920, escribió como informe al Ministerio de Relaciones Exteriores, un interesante estudio sobre aquel país, cuya publicación fué autorizada por el Gobierno en 1926.

El editor de este trabajo, don Carlos Silva Vildósola, en un prólogo de su elegante pluma, nos da una idea de ese informe. «Está dedicado, dice, a despertar el interés de nuestros estadistas, nuestros hombres de estudio, nuestros escritores, el gran público, en fin, por el conocimiento de aquella admirable nación que anhela crear corrientes de comercio y de intercambio intelectual con Chile. Su forma clara y metódica, la precisión de sus datos, la amplitud de sus apreciaciones en que se le ve siempre vuelto hacia su propio país, anhelando aplicarle los progresos observados en otros, todo hará de este libro una obra interesante y útil».

## Mi Tierra

En 1928 inició el señor Edwards la publicación de las obras históricas que corresponden al plan metódicamente seguido de exhibir el cuadro del desenvolvimiento social y político de Chile, sin los rigores del investigador, pero con la certeza del escritor que ha bebido en las mejores fuentes, que ha acopiado toda clase de informaciones, y que tiene el sentimiento de la verdad y de la imparcialidad.

El señor Edwards se ha hecho así historiador; refiere los hechos con claridad y sencillez, pinta con colorido y sabe hacer retratos vivos y animados. Preside todas sus obras un criterio sostenido y pa-rejo, no incurre en apasionamientos, tiene culto por la justicia y por el derecho, y se muestra siempre recto e imparcial.

La primera obra de esta serie, publicada en Londres, está destinada a dar a conocer a propios y a extraños la tierra suya, la de sus mayores y la de sus hijos, con ese sentimiento cálido de lo que se ama y se venera, saturado del sabor fresco del suelo en que se ha nacido y poseído de los recuerdos vivos y de

las imágenes indelebles de la naturaleza en que se ha desarrollado la vida.

Se titula *Mi Tierra*, es un hermoso libro, en el que, como lo expresa el epígrafe de Cicerón colocado en la portada, «Omnes omnium caritates patria una complexa est. Se refunden todos los afectos de los hombres en el único de la patria».

Fué la contribución del señor Edwards, como representante de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, al sexto Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Oslo en Agosto de 1928.

Todo el cariño del escritor, toda la sensibilidad del patriota, están aquí, en su tierra natal, en sus ciudades y en sus campos; sus valles y sus ríos, sus montañas y sus selvas, el desierto y la cordillera, sus campiñas y sus mieses, su inmenso mar, todo cae bajo una pluma fácil, rápida, siempre galana y llena de colorido. Un espíritu claro e ilustrado preside toda la estructura de la obra; una mirada de conjunto, despejada, amplia, exacta, le permite abarcar todo el cuadro y dominar por completo la materia.

Excedería los límites de esta oración, si me detuviera a examinar particularmente este libro, lleno de calor patriótico y de sentimiento hondo y afectivo. Es necesario leerlo y disfrutarlo. Pero me será permitido hacer siquiera algunas ligeras apuntaciones.

Se inicia el cuadro con una hermosa descripción del territorio de Chile, y agrega:

«Aquí está encerrado entre la muralla ciclópea de la Cordillera de los Andes, la espina dorsal del Continente Americano, y el mar inmenso que extiende sus aguas por todas las latitudes del Globo y baña con ellas comarcas habitadas por todos las razas humanas que la etnología conoce; el pueblo de Chile ha crecido mirando los obstáculos que le separaban de los demás pueblos y sintiendo que debía buscar den-

tro de sí mismo los medios y las fuerzas para mantenerse y prosperar.

«Su posición geográfica le daba, por una parte, ciertas seguridades naturales contra las agresiones, y por otra, lo aislaba del contacto obligado, para dejarlo sujeto únicamente a los contactos buscados con afán y conseguidos con sacrificio.»

Y con galanura deduce de esta configuración de su suelo, la psicología del alma de este pueblo, formado frente a los obstáculos, entregado a su tesón y a su perseverancia.

«Allí, exclama, en la contemplación de la naturaleza, está todo el secreto y la psicología del alma chilena. Marino, desde que vagaba por las soledades, construyendo embarcaciones con cueros de lobos marinos o con troncos atados; minero, desde los tiempos en que mandaba a los Incas del Perú el tributo de oro y plata para conservarse libre; aventurero, como sus ríos que se desbordan y cambian de cauce; rudo, como sus abruptas montañas; áspero, como las luchas que ha sostenido para domar a la naturaleza y vencer a los hombres; honrado, desde que enviaba al Perú las caravanas con sus metales preciosos, el pueblo chileno comenzó su ascensión hacia la cima del progreso sin riquezas heredadas y sin apoyo de otros pueblos.

«La naturaleza le escondió sus tesoros para despertar su curiosidad, y le negó las dádivas para temprar su carácter.»

El espíritu del escritor se arroba con las montañas de formas caprichosas y atrevidas, de coloraciones infinitas, que «montan guardia sobre las riquezas minerales que encierra el desierto», y se extiende desde el Sama hasta cerca de Valparaíso; pero, esos nudos de sierras sólo son contrafuertes de la gran Cordillera, que allá al oriente muestra las nevadas cumbres, los picachos formidables, de proporciones gigantes-

cas, y entre ellos mantiene sepultada la laguna del Inca, de aguas color de acero, de profundidades insondables, que la naturaleza ha dejado allí a manera de espejo para que los picachos puedan contemplar su propia grandeza.»

Y en aquellas alturas, más arriba, donde la vista no alcanza, en la línea divisoria misma que separa a Chile de la Argentina, contempla la «colosal estatua del Cristo Redentor con sus brazos extendidos para bendecir a dos pueblos que supieron sobreponerse a las pasiones malsanas e inspirarse en un patriotismo noble y superior», y señala allí, al pie del monumento, la inscripción reveladora del sentimiento que inspiró su creación; chilenos y argentinos habrán de ver primero el desmoronamiento de aquellas montañas que pelear una guerra fratricida».

Desde el norte del país que, según su gráfica expresión «atrae con su aspecto paradójico, corre una mirada hasta los confines donde el pensamiento se detiene por haber llegado «al acabamiento de tierras», pintoresca denominación con que los atrevidos pilotos españoles, exploradores de esas regiones, designaban el Cabo de Hornos; todo el país, Iquique, «dormida en el camino del desierto», Serena, la ciudad encantada de la leyenda y que aparece envuelta si no en esos velos misteriosos, por lo menos en los ropajes atrayentes de la tradición; el buque con las velas desplegadas, emblema que encierra toda la historia de Valparaíso; y se detiene en Santiago para señalar la índole, el espíritu, la mentalidad de la urbe, centro de la intelectualidad y de la vida política del país.

«Ha sido Santiago, dice nuestro historiador, desde su fundación hasta hoy, la más genuina expresión del carácter nacional, con todas sus virtudes y defectos, y quien no lo vea y no compenetre a sus habitantes, no puede comprender todo lo que encierra

el alma chilena, forjada en tres siglos de vida colonial, impregnada de rencillas lugareñas y de lucha incesante con los araucanos, y de un siglo de esfuerzos para sacudir el letargo, ensanchar las ideas, sobreponerse a los prejuicios e incorporarse de lleno, sin perder el precioso atributo de la propia nacionalidad, en el movimiento político, social y económico del mundo exterior.»

Siguen desfilando, una a una, todas las ciudades de Chile, con sus peculiaridades y sus tradiciones; la pluma ágil del escritor sabe dar las tonalidades de cada comarca, y trae con oportunidad los recuerdos históricos que forman la preciada herencia de sus vecinos, y va indagando con mirada escrutadora los arcanos que a cada una les reserva el porvenir.

En páginas llenas de colorido dibuja la selva araucana, teatro de la batalla eterna de una raza; y al atravesar las regiones prósperas y ricas de Osorno, evoca las sombras de don García y de Ercilla que se mantienen siempre vivas y frescas en el recuerdo de aquellos pueblos inmortalizados por su fama.

Pero el país, advierte el autor al arrojarse en la descripción de su territorio, no es sólo «el paisaje de sus valles y montañas; tras los colores y las líneas, vive lo imponderable que les da realce y movimiento. Imposible sería, nos dice a este respecto, penetrar ni siquiera la primera capa superficial de la idiosincrasia de Chile, nacida de la psicología de las gentes que viven en las comarcas que acabamos de recorrer, si no viésemos desfilan, aunque sea a la carrera, las figuras de los que han venido moldeando la intelectualidad chilena desde los primeros días de la conquista española, cuando llevaron a aquellas lejanas tierras las primeras chispas de la cultura hispánica, hasta la época en que vivimos, cuando ya la vemos desarrollada, renovada, reflejando el medio

ambiente y adquiriendo la fuerza y el vigor de una planta nativa.

«Ver a Chile, añade, a través de las letras en todas sus etapas, es verlo con los ojos del espíritu, y es también descender la punta del velo que todavía cubre el carácter y el destino de una raza que recién comienza a perfilarse en la América.»

Por ese vasto escenario desfilan discretamente desde los viejos cronistas hasta nuestros modernos historiadores, periodistas y oradores, sociólogos, novelistas y poetas, cuentos, mitos y dichos populares, todo cuanto corresponde a la mentalidad de un pueblo o se refiere al desarrollo intelectual de una nación.

Al terminar este brillante paso de armas literario, recuerda el señor Edwards algunas de las bellas estrofas de Gabriela Mistral, quien, expresa, «ha elevado más que nadie la poesía lírica chilena, y por tal concepto «he querido cerrar con ese broche de diamantes este libro sobre *Mi Tierra*, que es también la suya».

## Gente de Antaño

*Gente de Antaño* es el título del segundo libro de la serie, hermoso volumen impreso en 1930. Está nutrido de recuerdos históricos, de cuadros de la vida colonial, y de semblanzas de los Gobernadores del Reino de Chile.

Allí aparece cálido y brillante el siglo de la epopeya: Valdivia con su temeridad trágica; García Hurtado con su arrogancia triunfal; Villagrán, con sus reveses penosos; Quiroga, astuto y afortunado; Sotomayor, y demás capitanes, héroes de la conquista.

Al siglo de la espada, sigue el siglo de los misioneros, y tras de los desengaños, el siglo de los «parlamentos». Cierra el período de los gobernadores coloniales con el cuadro animado y brillante de la administración del más notable de ellos, el Barón de Vallenary, don Ambrosio O'Higgins.

Obras de adelanto en la ciudad de Santiago y medidas de progreso de todo orden en la administración del Estado, marcan con relevantes caracteres el período de aquel ilustre mandatario. Con toda justicia y exactitud puede afirmar el señor Edwards que

Chile «al soplo vigoroso de la iniciativa de O'Higgins despertaba entero de su siesta colonial».

Pero la obra más grande de esa administración, añade, «fué la supresión de las encomiendas de indígenas. Esa medida humanitaria de redención y caridad cristiana, ha inscrito el nombre de don Ambrosio O'Higgins en el libro inmortal de los grandes bienhechores de Chile».

Después de señalar sus cualidades de gobernante y sus merecimientos, rememora con acierto el señor Edwards que al retirarse don Ambrosio O'Higgins de Chile, a los 74 años, para asumir el Virreinato del Perú, dejaba tras de sí una huella luminosa de sus talentos y virtudes que a través de más de un siglo y cuarto no se ha extinguido. «Irlandés de nacimiento y servidor de España, Chile lo reclama como uno de sus hijos predilectos y esclarecidos, porque fué en Chile donde ese hombre extraordinario nació a la verdadera vida. Fué en Chile donde el destino dió figura ostensible a su genio de estadista y administrador.»

La resistencia araucana de tres siglos y medio y la obra de la pacificación aparecen relatadas con la animación y la intensidad que corresponden al vigor y a la energía de los unos y a la perseverancia política de absorción y de asimilación de los otros.

Esta obra civilizadora se cierra con el último de los «parlamentos», celebrado en los días ya nuestros, de la República, el 1.º de Enero de 1883.

«En medio de las ruinas de la ciudad de Villarica, nos refiere el señor Edwards, cubiertas aquéllas de malezas por la acción de más de tres siglos, sueñan los acordes del himno nacional chileno, retumban los bosques con las salvas de artillería, elevó sus preces al cielo en una misa de campaña el capellán de la división, recibieron los regalos tradicionales los indígenas y se pronunciaron los discursos de estilo.

El coronel Urrutia (Jefe de las fuerzas chilenas) les habló de paz y de reivindicación. Había llegado a Villarrica a recuperar el sitio en que había estado una ciudad de los antepasados de los chilenos. Los herederos de la vieja España reivindicaban las conquistas de los primeros tercios de Castilla que llegaron a aquellas comarcas y no habían ya de abandonar.»

Y termina esa relación recordando los nombres de los capitanes españoles de la época heroica y los de los Gobernadores que en campaña permanente habían agotado sus energías en aquel rudo pelear, y los nombres de los guerreros que durante la Patria Vieja con O'Higgins y Freire, y en la Patria Nueva, con Saavedra y los Urrutia, la pléyade de hombres que tienen derecho a figurar con letras de oro al lado de Lautaro, Caupolicán, Colo Colo, Catrileo, Colipí y demás toquis en la larga y sangrienta conquista de Arauco.

Es hermoso el epílogo con que termina el cuadro de aquella lucha heroica, de aquel período de absorción y de conglomeración, de confusión de razas y de formación de una nacionalidad.

«La falange de seres humanos que acaba de desfilar por el escenario histórico, es la que, a través de dos siglos y medio, formó los sedimentos de la raza chilena y modeló el alma nacional, primero en la ceguera espiritual y el desamparo de esos vástagos indígenas que el reflujó de otras tribus nómades arrojó y encerró en esta lonja de tierra comprendida entre el mar y la montaña; en seguida, en el yunque férreo de la conquista española, que templó los nervios y endureció los músculos de los conquistadores en las asperezas y azares de una campaña penosa e interminable, y desgarró las carnes inconscientes de los conquistados, y por fin en la modorra y el aislamiento de la vida lugareña de una colonia desamparada,

pobre, aburrida, que entretenía sus ocios en rencillas de aldea.

«Atormentados y a la vez soñolientos fueron esos dos siglos y medio. Brillan en la noche del tiempo las figuras heroicas de los soldados de Castilla, de contextura hercúlea, de temple moral inflexible, de mentalidad paradójal en que se mezclaban la estrechez y crueldad del fanático con la visión amplia del hombre superior y el impulso generoso del hidalgo.

«Verdugos de sí mismos y de los demás, cruzaron la etapa ardiente de los desiertos, escalaron las laderas escarpadas de las montañas, penetraron en la espesura de las selvas, llevando en una mano la espada, símbolo del poder material de su Rey, y en la otra la cruz, emblema sacrosanto de su Cristo; en la cabeza la visión de un mundo virgen para la corona de Castilla y de una falange de fieles para la Iglesia de Roma; en el corazón la voluntad irrevocable de no volver atrás, y allá, en el fondo de su alma, la pasión innata, inextingible de conquistar poder y riquezas.»

## XII

### El Alba

Se denomina *El Alba* el tercer libro de la serie, impreso en 1931. Comprende uno de los períodos más accidentados de nuestra vida política. Dos patricios, precursores de la emancipación y actores en el gran movimiento, echaron la simiente que había de germinar en terreno apropiado. Uno de ellos, Martínez de Rozas, «vió en los cabildos un centro de actividades e influencia política que habría de convertirse en la célula generadora del futuro Gobierno de la República». El otro, don Manuel de Salas «dió a la revolución el impulso decisivo de todas las revoluciones, las ansias del mejoramiento económico». Así esboza el señor Edwards, en las primeras páginas de su hermoso libro, la corrientes de opinión en que habría de inspirarse el movimiento revolucionario.

Se destaca desde el primer momento la figura gloriosa del que ha de convertirse en «el Jefe de la revolución chilena, Bernardo O'Higgins, doblemente héroe, en los campos de batalla por su desprecio de la muerte y su valor a toda prueba y en las luchas cívicas, por su abnegación, su patriótico desinterés y

su virtud republicana. La historia registra en páginas de oro la obra de O'Higgins organizador y fundador de la democracia chilena y la obra de O'Higgins, que por su abdicación del mando, consagra el imperio de la ley y la fuerza de las instituciones nacionales».

Si bien *El Alba* no comprende el período de gobierno del fundador de nuestra independencia, sino que abarca los sucesos posteriores, los días tormentosos de formación de la república, consagra algunas breves páginas a la memoria del insigne campeón de la libertad de Chile, recordando en especial la preparación de la Expedición al Perú y las horas culminantes de su abnegación cívica. Relata la partida de Valparaíso de aquella Expedición Libertadora y anota que «en esos instantes llegaba a su apogeo la gloria y el poder de O'Higgins»: Acababa de realizar la empresa más gigantesca de su gobierno. Su personalidad vigorosa se destacaba en el escenario de Chile con perfiles gigantescos.

Y al referirse a la abdicación expresa que «su vida pública había terminado noble, majestuosamente, dejando tras de sí una estela luminosa de espíritu cívico y de valentía personal». Sigue al ilustre proscrito que en Montalván sólo piensa en su patria, y «olvidado de las injurias descansa en la calma del bien que a ella hizo». Acredita todavía la nobleza de aquella alma con las palabras de una carta en que declaraba «que no le agitaba pasión alguna porque antes de vencer a sus enemigos había aprendido a vencerse a sí mismo».

Tras la caída, en 1823, del régimen directorial de O'Higgins comienzan para Chile los días del desgobierno y del caos político. Son los ensayos de un pueblo libre, que se debatía entre los estertores de un régimen absoluto y las aspiraciones incontenibles por la libertad política.

Entre tanto, aquel primer gobierno se había formado en medio de los fragores de la lucha y de la preparación de una nueva nacionalidad, en que todo está por hacerse, y son grandes los impulsos del patriotismo, egoístas y absorbentes las pasiones de los hombres que se han batido por la independencia nacional y por la libertad política, y en que no saben conciliarse las aspiraciones de teóricos y de ideólogos con las frías concepciones de hombres de experiencia y de un conocimiento más positivo y cabal de las conveniencias del país y de los medios de asentar un gobierno estable.

Entre el desorden y la tranquilidad, entre la anarquía y la autoridad, entre las pasiones del momento y las necesidades permanentes del país, se debatía con la palabra y con las armas el problema de la reconstrucción de la nacionalidad y de la formación de su gobierno.

Es el espíritu caótico que corre desde la caída de O'Higgins hasta la formación del gobierno de Prieto, del estado de crisis permanente a que entró el país con el derrumbe del régimen directorial hasta que una mano firme y un concepto positivo de gobernante pudieron encarrilar la incipiente nacionalidad en las modalidades de una administración severa y disciplinada.

Es el despertar con todas las luces de la alborada, con los tonos de luz y de sombra, con las nubes que oscurecen la vista, con la violenta tempestad y con el iris de la paz y de la tranquilidad que sucede a la tormenta.

Es Freire, el guerrero intrépido que arrastra a los soldados y reúne a su lado las multitudes; campeón de la libertad, no tarda en gastarse en las tareas de gobierno y en abandonar funciones, hombres y partidos que no se avienen con los sentimientos y los anhelos de su alma leal y sincera. Es Pinto, sereno

y tranquilo, el General cultísimo, el político íntegro que no transige con su conciencia ni se doblega ante la fuerza; Jefe reconocido del liberalismo, se aparta del gobierno ante que comprometer su doctrina o arriar su bandera. Son los gobiernos transitorios, Juntas de un día, mandatarios interinos, autoridades vacilantes y sin prestigio, que van desfilando por el escenario político, sin dejar otra huella que la de la impotencia para gobernar ante los arrestos de la anarquía disolvente.

El criterio del historiador se mantiene en *El Alba* sereno y tranquilo en medio de aquellos mares tempestuosos y se manifiesta un espíritu imparcial en la apreciación de aquellas convulsiones.

Pinceladas seguras nos dan la fisonomía de sus actores principales.

«Freire, nos dice, nació y murió caudillo. Su virtud preponderante fué la valentía rayana en la temeridad. Nada, absolutamente nada le arredraba, y como todos los hombres que no conocen el miedo, carecía de ideas y de pasiones violentas. Freire fué caudillo sin ser tirano. Concentró en sus manos la suma del poder sin oprimir a nadie. No eludió nunca la responsabilidad de las situaciones críticas. Y porque era valiente y temerario, el pueblo lo aclamaba.»

Los desengaños, las inquietudes, las ansias de reforma van tratando de acercar el débil barco a puerto de abrigo, y buscan amparo ante la sombra protectora del noble e integérrimo General Pinto. La semblanza que nos da *El Alba* permite presentarlo con todo su relieve y su exacta fisonomía.

«Don Francisco Antonio Pinto, hombre de gran cultura, de gustos refinados, maneras afables, parecía más bien nacido para brillar en la diplomacia y en los salones que para descollar en la arena candente y áspera de las contiendas políticas. Su natural modestia y su mirada certera para medir la dificultad

de gobernar en un ambiente caldeado, que exacerbaba los instintos levantiscos naturales de la raza, llevaban a Pinto a rechazar la primera Magistratura.»

La nota dominante de aquellos tiempos, dice el señor Edwards, era la sed de reformas. Parecía que todo lo que existía y se había hecho antes era malo a los ojos de cada nuevo gobernante. Como sucede en todas las épocas de renovación, se hicieron cosas buenas y se cometieron asimismo muchos atropellos e injusticias.»

Páginas nutridas, inspiradas siempre en un concepto seguro del derecho público, permiten al ilustrado escritor recorrer y analizar las diversas constituciones elaboradas desde 1818.

En todos los pueblos que se inician en la vida libre, hay una predisposición irresistible a buscar en los preceptos escritos la solución de todos los problemas sociales y políticos. Es una infantil preocupación, que se convierte en una norma imperativa de conducta, la de creer que por los dictados de una voluntad gubernativa, más o menos efímera, se pueden echar los cimientos duraderos de una organización política. Esos espíritus solitarios o fanáticos de una idea, que consideran el mundo vivo como una simple emanación de sus concepciones personales y artificiales, están muy distantes de concebir y de apreciar lo que significa esa masa de experiencia adquirida, de tradiciones involucradas en el ánimo y en el sentimiento nacional, de prácticas de una vida diaria corregidas y mejoradas, de hábitos que constituyen una segunda naturaleza, para poder darse cuenta de que el pacto fundamental de una nación no es otra cosa que el resultado, el resumen, la síntesis de esas modalidades, consagradas por el uso, sancionadas por el consentimiento diario, e impuestas al respecto y a la autoridad de un pueblo por el prestigio y la au-

toridad moral de una tradición que significa el honor, la gloria y la vida de un pueblo.

Difícilmente pueden darse cuenta esos reglamentarios profesionales de que en esa política tradicional, en esa fuerza del uso consagrado por el buen sentido de un pueblo, es donde reposa verdadera y sólidamente el régimen constitucional, y es así, como la nación británica puede servir de ejemplo en su organización política, sin que haya necesitado confeccionar especialmente un tratado de preceptos numerados para el aprendizaje de sus habitantes.

Con aquel criterio de ideólogos a que me he referido, se forjaron en los primeros doce años de nuestro aprendizaje político, cinco Constituciones, empeñosamente elaboradas, pero ajenas a todo sentido de la realidad. Entre tanto, la Constitución de 1833 que con la reforma de 1925, rige hasta hoy, fué moldeada conforme a la índole de nuestro pueblo, ajustada a nuestros hábitos y a nuestras necesidades y ella ha permitido al país desenvolverse en todas las actividades de un pueblo civilizado y en las prácticas de un régimen libre de Gobierno.

El señor Edwards analiza con recto criterio de estadista aquellos primeros ensayos constitucionales que mucho se asemejaban a códigos morales, y da a la Constitución de 1828 el mérito que le corresponde como un conjunto ordenado y metódico que podía hacer honor a la pluma de su autor el conocido literato don José Joaquín de Mora; pero con disposiciones ajenas al estado social y político del país, que no satisficieron a ninguno de los partidos en lucha, no lograron encauzar el orden o asegurar la tranquilidad pública ni permitieron asentar un régimen estable.

La Constitución de 1833 aparece analizada en varias páginas de *El Alba* con exactitud y con acierto; y no teme asegurar su autor que la mencionada Cons-

titución «cerró la era del caudillaje y de las revoluciones por más de tres cuartos de siglo». Al terminar el examen de sus disposiciones puede agregar justamente «que, por fin, se le daba al país una ley fundamental, seria, sobria, de sólida estructura jurídica. Se abandonaban las fantasías sentimentales, la filosofía poética de los ensayos constitucionales de 1818, 1822 y 1828 para entrar en el terreno del derecho público. Los noventa y un años que lleva en vigencia, prueban cuán buena y duradera fué la obra realizada».

No era bastante que se hubiese dictado una carta fundamental apropiada a las necesidades y al estado general del país; se requería, como elemento esencial de éxito, que su aplicación quedase encargada a hombres que, inspirados en sus principios, tuviesen como norma asegurar el orden y la tranquilidad de la nación, consultando así su bienestar y su progreso.

Esos hombres fueron Prieto, Portales y Rengifo, y a ellos dedica el señor Edwards hermosos capítulos de su obra.

«Al General Prieto, dice, le cabe la gloria de haber sacado a su patria del abismo en que había caído. Apoyado en los férreos hombros de Portales y en la potencia organizadora de don Manuel Rengifo, levantó de los escombros el edificio destruído y agrietado de un Chile sacudido durante diez años por el caudillaje militar.»

Llama especialmente la atención una perfecta semblanza moral del Presidente Prieto «culto y fino, serenamente heroico en el combate, intachable en sus costumbres privadas, de un gran patriotismo y de «decidido deseo de hacer el bien»; de su Ministro Portales, «la fuerza dinámica que buscaba sin cesar empleo inmediato, profuso, intenso, tan enamorado del deber como desdeñoso de la popularidad»; y de

Rengifo, «el mago de las finanzas, de mano prudente, laboriosa y honesta».

No sería este el momento de discutir si una política menos rigurosa con los partidos vencidos y de una mayor templanza en el ejercicio de una autoridad absoluta, hubiese podido afianzar más pronto la tranquilidad pública, incorporando al régimen establecido a numerosos y dignos ciudadanos, a esclarecidos militares que se habían batido en todas las campañas de la independencia, y que eran elementos de orden si bien eran fieles al credo político liberal; pero es el hecho que no cesaron de inmediato las conspiraciones, que se multiplicaron los procesos políticos y que en pleno régimen del más duro autoritarismo hubo de producirse el escandaloso motín de Quillota, seguido del asesinato del Ministro Portales, todo lo cual marcó una de las páginas más ignominiosas de la historia de Chile.

Los sucesos posteriores, el éxito de la guerra exterior y un nuevo Gobierno, inspirado ya en una política de conciliación, hicieron entrar francamente al país en una vía de orden público y de un desenvolvimiento moral y material que han determinado el progreso constante de la República.

La relación de los sucesos de aquella época trascendental en la vida política de Chile, y la pintura de los caracteres, la capacidad, el valor moral y las virtudes cívicas de los eminentes ciudadanos que gobernaban entonces, están fielmente hechas, y dentro de la medida de un trabajo histórico especialmente narrativo y llamado a llevar al conocimiento de propios y extraños una representación exacta y duradera de aquel período y de aquellos hombres.

Termina ese libro con el final del período de gobierno de Prieto y con la ascensión al poder del benemérito General Bulnes, el vencedor de la Confederación Perú-Boliviana, campaña en que no sólo había

manifestado sus relevantes dotes de militar, sino las condiciones de un estadista y de un sagaz diplomático.

Al retirarse del Perú, después de asegurarle su libertad, pudo el victorioso General Bulnes decir con justicia en una proclama llena de dignidad que «volvían a sus hogares los soldados de Chile, sin dejar en vuestro suelo más recuerdos de la guerra que la amistad que hayan estrechado con vosotros y el desinterés con que os hayan dejado en el libre ejercicio de vuestra soberanía».

El Presidente Gamarra declaraba a su vez que el Perú había recobrado su libertad, y refiriéndose a los soldados chilenos, les decía que el país «os bendice como a los autores de su honra y de su dicha».

El autor concienzudo y discreto de *El Alba* concluyó su libro tercero de la serie histórica, anotando que al dejar el mando al General Prieto, el 18 de Septiembre de 1841, presentaba al Congreso Nacional «una exposición de los hechos más culminantes de su Gobierno y le entregaba a don Manuel Bulnes la Magistratura Suprema de un país prestigiado en el exterior, organizado y tranquilo en el interior».

### XIII

## Cuatro Presidentes

*Cuatro Presidentes de Chile* es el título del último y reciente libro de nuestro laborioso académico. Corren a nuestra vista treinta y cinco años de la historia política del país, época de intensa vida parlamentaria, en que ilustran la tribuna del Congreso notables estadistas y brillantes oradores y en que se discuten con erudición y con raro talento los más graves problemas de la vida nacional. Forman aquel libro dos gruesos volúmenes, impresos en 1932.

En esa obra el señor Edwards ha sabido narrar con sencillez, con naturalidad, en estilo sobrio y preciso, los diversos sucesos de un período copioso de acontecimientos políticos. Abarca desde la organización y consolidación de la República hasta los días en que por natural evolución comienza a operarse la reforma del régimen constitucional y la implantación de leyes reclamadas por un concepto más amplio de la estructura jurídica del país.

La vasta divulgación que ha tenido esta obra nos excusa hacer recuerdos especiales sobre las importantes materias tratadas en ella.

Sólo habremos de hacer una breve memoria de los eminentes repúblicos que el autor señala con los perfiles y la significación de una descollante actuación.

El público ha apreciado ya su mérito y ha hecho justicia al criterio imparcial con que están apreciados los acontecimientos y los hombres de aquellas épocas, ajeno a cualquier turbación que pudiera ser motivada por afinidades políticas o vinculaciones personales, de que no siempre es fácil sacudirse cuando se trata de sucesos relativamente próximos.

Capítulos llenos de interés y nutridos de útiles enseñanzas están destinados al estudio de las crisis económicas y financieras que, desde 1858 y con alternativas diversas, perturbaron gravemente la situación del país.

Y en ese examen se trasluce la sanidad de las doctrinas económicas del autor, de que, por otra parte, ha dado tantas muestras, y que son concordantes con las de los hombres públicos de esas épocas rebeldes a toda inmixción de la autoridad en los problemas económicos, pues estimaban que cualquier intervención de ella importaba «atentar, ya a la libertad de las transacciones, ya a la inviolabilidad de los contratos, calificando tales procedimientos como indignos de las luces del siglo y del país en que vivimos».

Al separarse del período de Prieto, nuestro escritor recuerda con toda oportunidad las hermosas palabras con que don Andrés Bello apreciaba en aquellos días la trasmisión del mando a su sucesor.

«Se ve por primera vez, decía, en la América del Sur, el espectáculo de un Presidente que después de dos períodos constitucionales de orden y arreglo, después de haber establecido el imperio de la ley, sometiéndose él primero a este imperio, baja del más alto puesto para cederlo al elegido del pueblo, confundirse entre los ciudadanos o hacerse notar únicamente por el digno y glorioso ejemplo del respeto a las institu-

ciones nacidas y afianzadas bajo su próspero Gobierno.»

Sirve de portada a su libro una breve y hermosa semblanza del Presidente Bulnes, de la cual nos permitimos recordar unas pocas líneas.

«Victorioso Bulnes en una guerra que a los ojos de toda América le había dado lustre a las armas de Chile, honrado por el Perú con la más alta graduación militar, aclamado por tres Repúblicas del Pacífico, vinculado a los más linajudos hogares de Santiago, y venerado por el pueblo como uno de sus más grandes soldados, reunía toda la suma de prestigio moral para consolidar el orden en el interior y la paz en el exterior.»

En páginas conceptuosas presenta el cuadro completo de aquella Administración en que el país no sólo realizó un notable progreso en la historia de los adelantos morales y materiales, sino que se inició en las prácticas de la vida republicana y del régimen representativo de Gobierno.

Hombre de espada, orlada su frente con todas las glorias militares, Bulnes tenía el verdadero concepto cívico de sus deberes de mandatario, e implantó lealmente el sistema constitucional con su mecanismo delicado de equilibrio de poderes y de recíproca cooperación en el manejo de los intereses públicos.

El Presidente Bulnes, al dejar el mando, lo transmitió al primer mandatario civil, el que iba a encontrarse desde el primer día con la revolución del Sur encabezada por el General Cruz, primo hermano del Presidente saliente. Con todo acierto recuerda estas circunstancias el señor Edwards y señala la actitud noblemente ejemplar de Bulnes al asumir de inmediato el mando del ejército llamado a sofocar aquella revolución.

«Bulnes, dice ese acápite, elevado al poder en un ambiente de armonía de la familia chilena, terminaba

su presidencia con el alma dolorida ante los extravíos en que de nuevo caían sus conciudadanos. No era hombre que rehuyese las responsabilidades. «Siempre a la vanguardia», como ya se ha dicho, debiera ser el lema de su monumento. Y cuando dejó de ser Presidente, desenvainó su gloriosa espada de Yungay en defensa de la civilidad y le asestó un golpe de muerte al caudillaje militar encarnado en su propio primo y lugarteniente.»

En páginas nutridas de hechos aprecia con fidelidad acuciosa la actuación de don Manuel Montt como Ministro de Instrucción Pública del Presidente Bulnes.

«Todo se hallaba en pañales en este ramo de la Administración, dice el señor Edwards, y todo cambió al asumir Montt el despacho de ese departamento de Estado. Fué aquella obra, agrega, de tantas consecuencias para la cultura chilena, la palanca que levantó su figura de político y de estadista a los ojos de sus conciudadanos y lo señaló como el más digno sucesor de Bulnes. O'Higgins había formado su personalidad en los combates de la Independencia nacional; Bulnes había agregado a los laureles militares de la emancipación las victorias de la Campaña contra la Confederación Perú-Boliviana. El primer Presidente civil que Chile iba a tener, conquistaba su prestigio en una formidable campaña para redimir a sus conciudadanos de la ignorancia.»

Le llama el hombre-ley, la encarnación de la autoridad civil, y fué «en el orden político el crisol en que se refundieron los partidos políticos incipientes y anarquizados de los primeros años».

Como todo personaje de primer orden, agrega, don Manuel Montt tuvo en su tiempo panegiristas y detractores. No podía ser de otra manera ante aquel hombre severo, pertinaz, testarudo, instruído, inflexible, mezcla de preceptor y de juez, que llegaba al

poder en plena revolución. Coraza impenetrable, hasta para los dardos más agudos y emponzoñados de la calumnia, inflexibilidad de la ley, encarnada en un hombre, eran los rasgos salientes del carácter de Montt.

Recuerda en todas las páginas destinadas a esa Administración la cooperación valiosa y constante de don Antonio Varas, el amigo fiel y vigilante, con quien compartió todos los azares de la lucha y todos los éxitos del Gobierno. Contaba dice el señor Edwards «con la adhesión y lealtad, conmemorada en el bronce, de un hombre que había crecido con él en la estimación pública».

Si bien se personificaba en Varas, agrega, todo lo útil y grande que se había realizado durante el período de Montt, «en los momentos en que debía señalársele como su sucesor, aquel varón insigne, se negaba con inflexibilidad espartana, a ser el primer Magistrado, pero quedaba consagrado, como le decía la prensa de aquella época, como «el primer ciudadano de la República».

En breves líneas nos da el señor Edwards una fisonomía exacta del tercero de los Presidentes de que se ocupa en su obra.

«En los Estados Unidos, dice, había aprendido don José Joaquín Pérez a rendir culto a las instituciones democráticas y a los principios liberales, y en su roce con gentes de otros países se había acostumbrado a tolerar toda clase de personas. De temperamento bondadoso, de genio socarrón, de gran sentido práctico, de calma imperturbable, agudo, ladino, Pérez encarnaba en su persona las aspiraciones generales de los chilenos en esos momentos. Después del ceño severo, majestuoso e inflexible de la ley y del principio de autoridad, anhelaba ver en la Presidencia la sonrisa afable de un buen padre de familia que mira

con paternal benevolencia hasta las picardías de sus hijos.»

Este concepto lo confirma y lo amplía al terminar el cuadro de esa Administración.

«Después de las decenios militares de Prieto y de Bulnes, expone, y del tempestuoso de don Manuel Montt, Pérez terminaba su período dejando realizada una labor más fecunda que lo que sus contemporáneos le reconocieron. El Presidente Pérez será recordado siempre como la encarnación del buen sentido y de la serenidad en cuanto Mandatario, y en cuanto hombre, como un caballero sencillo, modesto, que no teme que el rozamiento de los humildes le haga desmerecer su prestigio.»

Concluye esta semblanza diciendo que «gobernó mucho aparentando gobernar poco. Su arma política por excelencia era ganar tiempo, adormecer las pasiones, desviar los choques. Quería bajar de la Presidencia en el mismo ambiente de paz en que había subido, y en medio de grandes dificultades y no menos pasiones, logró su objeto».

Llegamos a la última parte de esa historia; es el período presidencial de don Federico Errázuriz, en cuyo quinquenio se realizan importantes reformas constitucionales y legales y se opera una notable transformación en el espíritu liberal del país.

Tras los años sin arrestos imprevistos de Pérez, se entra a un régimen de acentuada y firme iniciativa presidencial; las luchas parlamentarias que se desarrollaban al margen de la acción del Jefe del Estado, se encuentran encauzadas por una mano firme que sabe y es capaz de dirigirlas; los Ministros ya no necesitan vivir de contemplaciones y de transacciones, han pasado a ser los Jefes reconocidos y acatados de una mayoría gubernativa sólida y compacta; los espíritus inquietos que antes criticaran la inercia de Pérez, no habrían de sentirse defraudados ante la

voluntad enérgica y la acción tenaz de Errázuriz; y por otra parte, la ductilidad de espíritu y la perspicacia política del Presidente, le permitían prever y adelantarse a los acontecimientos, sin ser sorprendido por ellos.

La personalidad de Errázuriz no sólo aparece debidamente esbozada en varias páginas sino que resulta del cuadro de esa administración eminentemente constructora desarrollada con interés en las tres cuartas partes del segundo tomo de la obra.

«Amigos y adversarios le reconocían a Errázuriz gran energía de carácter», dice el señor Edwards, y trazando su boceto agrega: «De fisonomía sin rasgos acentuados, de carácter poco expansivo, no atraía en el primer momento, carecía de esas exterioridades brillantes que arrastran partidarios. Su voluntad de fierro, su resolución y valentía, su patriotismo indiscutido, su perspicacia política, suplían con creces las dotes oratorias y literarias y la ausencia de magnetismo personal. Su presidencia, no obstante su combatividad, no fué de lucha agitada, sino de esfuerzo tenaz para imponer sus miras y realizar su política.»

No es posible recordar la obra realizada por aquella Administración, sin que se imponga la figura serena, atrayente y respetable de su primer Ministro, don Eulogio Altamirano. Jefe del Gabinete durante todo el quinquenio presidencial de Errázuriz, está vinculado íntimamente a su obra política y a su tarea progresista y de elaboración jurídica. Orador inimitable, su palabra siempre elegante brotaba espontánea y naturalmente como brota de fuente abundante el agua cristalina. Era la palabra nítida y elocuente, sirviendo un pensamiento luminoso; era la voz suave y cadenciosa que exponía la idea, cristalizada ya en el cerebro; era el jurista que sabía imponer con exactitud los preceptos del derecho; era el estadista de

armadura impenetrable que sabía dominar las más deshechas tempestades parlamentarias, con el poder de su elocuencia y con la fascinación de un espíritu superior.

Cultísimo, sabía, sin embargo, repeler los agravios de sus acerados contendores políticos, con firmeza y vibrante repulsión; espíritu naturalmente benévolo, no se detenía ante las asperezas de una continuada y ruda lucha política.

Lo sostenían su acendrado patriotismo y el culto del deber cívico, la noción de su responsabilidad política, la firmeza de sus convicciones y la lealtad y consecuencia con su partido. Ha podido decir el señor Edwards con toda exactitud que «en Altamirano la rigidez física de su cuerpo correspondía a la rigidez moral de sus principios».

La autoridad de que gozó en el Congreso, agrega, durante los cinco años de la Administración Errázuriz, nació de la precisión maravillosa y penetración clarificadora de sus intervenciones en los debates más enmarañados.

«Y en cada jalón de su carrera, continúa, consolida su posición, realza su fama de orador, afirma su prestigio de jurista, ensancha su popularidad de hombre público. Un símil ingenioso completa el retrato; así como al andar no movía jamás la cabeza, que parecía carecer de músculos, así también en su camino político no miró para los lados ni para atrás, sino para adelante. Y los que no le siguieron quedaron rezagados en el camino.»

## XIV

### **Sobre los trabajos históricos**

Quizá, y sin quizá, señores, os he estado imponiendo una tarea fatigosa, pero ello no se deberá seguramente a la importancia de la materia sino a deficiencias del relator.

Pero he preferido entregaros, en vez de las meras apreciaciones personales, un extracto vivo, por decirlo así, de la obra de nuestro recipiendario.

El espíritu que ha inspirado sus variadas disciplinas literarias adquiere toda su fuerza emotiva al tomar cuerpo ante nosotros; la palabra que se ha ajustado a cada circunstancia, la elocución adaptada a las distintas materias, la descripción animada, el retrato exacto; y en todo caso, el dominio cabal de los hechos y de los problemas, se transparenta en el método y la claridad de la propia exposición.

Allí aparece un pasado de gestas gloriosas y de hombres legendarios, donde han sido diario el sacrificio y cruenta la lucha; y de allí, paso a paso, de jalón en jalón, ha ido levantándose sobre piedras milenarias el edificio de nuestra nacionalidad.

En los cinco volúmenes ya publicados de la serie histórica, a que nos hemos referido, está trazada y

entregada a la justiciera apreciación de nuestros conciudadanos la evolución completa de la nacionalidad chilena. Esa obra presenta en forma atrayente y emocional el desenvolvimiento, muchas veces doloroso y siempre esforzado y regular, de todo lo que constituye la continuación histórica de un pueblo.

Y ese pasado se impone con fuerza misteriosa, pero irresistible; es la corriente de vibrantes resonancias que sacude el patriotismo y alienta el espíritu de las diversas generaciones; es el pasado que se alza dominador porque es lo único que constituye la personalidad de un pueblo.

Tal es lo que nos exhibe el recordatorio luminoso del señor Edwards.

## Sobre la técnica del film

En Julio de 1928 presentó don Agustín Edwards a la «Sección 13, Método histórico» del Sexto Congreso Internacional de Ciencias Históricas, un *Ensayo sobre la Técnica del Film Aplicado a la Historia*.

Si bien considera el autor que ese procedimiento es el medio más eficaz de popularizar el conocimiento de los hechos históricos, estima, sin embargo, que esta enseñanza puramente objetiva y visual del cinematógrafo tiene el inconveniente grave de no enseñar la belleza del lenguaje y no impresionar la mentalidad del espectador con la construcción artística de la palabra humana. Juzga, en resumen, que es preferible tener una historia cinematográficamente escrita que poseer un film histórico.

Inspirado en estas directivas, el señor Edwards presentó al mismo Congreso el primer libro de la serie geográfica histórica sobre Chile con el título *Mi Tierra*, de que ya nos hemos ocupado. Tanto en este libro como en los dos siguientes, abandonando el orden cronológico, el autor presenta en forma de cuadros, como los que haría un viajero, todo lo que exhibe y

muestra el país, y las costumbres y los episodios históricos, biográficos, leyendas, recuerdos, y vida social y literaria del país. De este modo considera el señor Edwards «haber realizado este ensayo práctico de su tesis y haber contribuído a hacer conocer su país y su historia adaptándose a la mentalidad de las nuevas generaciones».

Ha sido, sin duda, este un feliz ensayo de narración artística y corresponde a una de las más hermosas de las finalidades de la historia, cual es la de hacer revivir a nuestra vista los hechos y los hombres de las épocas que nos han precedido, en su propio ambiente, su medio geográfico y sus rasgos étnicos.

## XVI

### Sobre el concepto de la historia

Pero la historia es en sí misma una ciencia, como que abarca en sus investigaciones los problemas más complejos de las sociedades humanas; sabios y eruditos viven consagrados a estudiar sus fundamentos y a desenterrar sus arcanos; y ella en su largo proceso, en medio del raudal de los siglos, nos manifiesta una poderosa unidad en el desarrollo de los acontecimientos y una tradición que se hace sentir con fuerza incontrarrestable en medio de la evolución constante de la humanidad.

Constituye la historia una de las ramas más vastas y complejas de las ciencias; requiere un trabajo de investigación y de estudio a fin de poder exhibir el cuadro de los acontecimientos que han contribuído a la formación de las naciones, a su desarrollo y a su evolución social, política y económica.

Lleva en sí un caudal de experiencia capaz de servir como enseñanza positiva a las edades futuras, si bien éstas no siempre habrán de aprovechar las lecciones del pasado, inclinadas tan sólo a recibir sus propios experimentos; trata de precaver, en todo caso,

los errores de otras épocas, de excitar al ejemplo de sus virtudes y de enseñar a gobernar en beneficio y en interés de los pueblos.

Si bien es efectivo que en el fragor de las luchas humanas las experiencias ajenas son de ordinario desdénadas, como también desaparecen los principios y ante la consecución del éxito se atropellan los derechos y todas las leyes morales, no es menos cierto que restablecida la normalidad y en el desenvolvimiento constante de los pueblos, la experiencia recupera su autoridad, los principios recobran su fuerza y las leyes morales saben de nuevo imponerse con todo su imperio.

Es esta fuerza invisible la que levanta con un solo impulso las sociedades abatidas y, volviéndolas a nueva vida, despierta en ellas las energías y todas las virtudes cívicas; y rememorando sus pasadas glorias y pesando sus responsabilidades ante el porvenir, saben curar sus males y reaccionar a la salud y a las tradiciones que forman su personalidad histórica.

## XVII

### Sobre materias económicas

Fué editado por separado en 1929 un estudio hecho por el señor Edwards como prólogo del volumen VII de las obras del distinguido financista y profesor de Economía Política, don Miguel Cruchaga.

En ese trabajo está expuesta la labor intelectual de aquel hábil economista y muy reputado jurista. El foro fué ilustrado con su ciencia, y su clara inteligencia era proverbial en los estrados de los tribunales. Era difícil que pudiera presentarse un problema jurídico que fuera capaz de resistir a su espíritu analítico y sagaz.

Pero no es precisamente éste el aspecto que el señor Edwards contempla en su estudio, sino sus doctrinas económicas y sus enseñanzas.

Escribía nuestro académico en 1928, y sus observaciones tan exactas entonces no han perdido un punto de su oportunidad y de la aplicación a los momentos actuales. Fué verdaderamente extraordinaria la visión que tuvo el señor Cruchaga, en 1880, con relación al problema salitrero.

Previó los peligros de la política del monopolio, anunció los riesgos de la competencia; y predijo que

debía considerarse a la química con sus audacias revolucionarias como el enemigo formidable de nuestro abono. Con razón apuntaba el señor Edwards en su interesante prólogo que el señor Cruchaga «con una visión maravillosa del futuro señalaba el sulfato de amoníaco y otros abonos artificiales como enemigos del salitre, que el Gobierno debía vigilar para anticiparse a la competencia y no correr el riesgo de ceder demasiado tarde en punto a derechos sobre exportación de salitre».

Y recordaba, en seguida, el anuncio profético que en aquellos años formulaba el distinguido economista. «No debemos olvidar, decía entonces el señor Cruchaga, que los sabios europeos aconsejan ya a los cultivadores de Europa la fabricación de salitre por medio de la acción del aire, de la tierra y del calor en combinación con el agua»; y entonces, cincuenta y tres años atrás, decía que «el alza en los abonos ha conducido a los sabios extranjeros a estudiar celosamente todas las sustancias de la Creación, y es casi seguro que muchos de los inventores futuros trabajan hoy activamente para descubrir uno de los problemas de más alta aplicación y grave importancia en este asunto».

## XVIII

### **Dos piezas literarias**

De diversa índole son dos trabajos literarios de nuestro académico en que ha hecho lujo de fino ingenio, de delicadeza y de agilidad espiritual.

Es uno de ellos el libro dedicado a sus nietos con el título de *Aventuras de Juan Esparraguito*. Campean en dicho libro la frescura y la alegría, y la niñez encuentra en su lectura, con la atracción y el encanto de la narración, un alimento sano y delicado para el espíritu. La riqueza extraordinaria de la edición, con grabados en colores, sólo es capaz de competir con las galas y el buen gusto del escritor. Fué impreso en París el 24 de Noviembre de 1930, en Velin Lafuma con 900 ejemplares numerados y 100 asimismo numerados, en papel de Holanda.

El segundo forma un volumen primoroso, de factura única, como que fué preparada exclusivamente para ese trabajo. Encierra el discurso de incorporación a la «Academia de Psicólogos del Gusto», pronunciado por don Agustín Edwards el 29 de Febrero de 1929, y la respuesta del Canciller de la Academia, M. Albert Thibaudet.

En esas piezas, verdaderamente originales, brotan a raudales el buen humor, la chispa y el ingenio, y el «gusto» se encuentra acreditado con exuberancia.

Cada hoja o plancheta independiente es una filigrana de tipografía, de dibujos en colores y de fantásticos diseños. Fué una edición de 150 ejemplares, de los cuales 123 fueron nominativos y sólo 27 pudieron ser destinados a extraños a la Asociación.

## XIX

### **Sobre bibliografía colonial chilena**

Fué impresa en 1931 una noticia bibliográfica de la colonia, presentada al Congreso Internacional de Historia Colonial por don Agustín Edwards en su calidad de miembro de la Sociedad de Historia y Geografía y Delegado a aquel Congreso. La hace preceder de una breve información histórica sobre ese período. Comprende las obras publicadas antes y después del año 1900.

Divide la época colonial en tres grandes períodos; «el primero, como lo expresa, de la conquista brutal y sanguinaria para someter la raza, tal vez la más indomable del continente americano; el segundo, exhibe la obra de los misioneros en el ensayo de penetración pacífica y de sumisión de los aborígenes por medio de la propaganda religiosa; y en fin, el tercero en que se ensayaron parlamentos con los indígenas a fin de incorporarlos en lo posible a la vida colonial».

Una vez obtenida la independencia, agrega, se abrió la última y cuarta etapa, que no se puede con-

siderar como perteneciente a la Historia Colonial propiamente dicha, pero en la que, establecida ya la República, se trató con éxito de asimilar y de absorber la raza autóctona.

Este estudio fué escrito en francés y forma un opúsculo de 69 páginas, en 8.º, editado en París.

## Correspondencia diplomática

La actividad literaria del señor Edwards se ha extendido a numerosas otras materias.

Son muchos y variados sus discursos, sus conferencias, y especialmente los informes que en su calidad de Ministro en Londres enviaba por cada correo al Ministerio de Relaciones Exteriores. Tuve la feliz oportunidad de haber podido apreciar personalmente por cerca de un año esa correspondencia, nutrida de hechos, de antecedentes y de apreciaciones sobre los problemas mundiales y sus conexiones con la política general del país, y puedo declarar que era para mí un verdadero placer imponerme de dichas comunicaciones de verdadero e inmediato interés para el Gobierno.

De la misma índole del estudio sobre Suecia, a que anteriormente hemos hecho referencia, son los demás informes, y cuando se haga la publicación de ellos se podrá apreciar el mérito y la importancia de esa ímproba labor.

Actualmente es Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, y es notoria la actividad y la eficiencia que ha sabido desplegar en ese centro de gran cultura.

## Conclusión

La Academia Chilena correspondiente de la Academia Española ha hecho justicia a la cultura literaria de don Agustín Edwards, ha reconocido el mérito de sus trabajos históricos y ha sabido apreciar las dotes del escritor vívido y galano.

Se transparentan la limpieza y sanidad del criterio; hay sobriedad y firmeza en el estilo, colorido y tonalidades en la descripción, son vivos y exactos sus retratos; y sobre todo ello, se nota un manejo seguro y correcto del idioma en su léxico y en sus giros, en las inflexiones, matices y galas que caracterizan la lengua española.

El nuevo académico será un hábil y útil cooperador en la labor por el buen gusto y la pureza del idioma que corresponde a la docta Corporación.

## INDICE

PÁGS.

---

### DISCURSO DE DON AGUSTÍN EDWARDS

I.—El Espíritu de don Eliodoro Yáñez.....	7
II.—Algo sobre <i>La Nación</i> .....	21
III.—Génesis del Periodismo Chileno.....	28
IV.—El Periodismo Chileno hasta el siglo XX.....	44
V.—El Periodismo Chileno contemporáneo.....	63
VI.—El Decano del Periodismo Chileno.....	82
VII.—A manera de epílogo.....	91

### DISCURSO DE CONTESTACIÓN DE DON LUIS BARROS BORGÑO

I.—Elogio de don Eliodoro Yáñez.....	101
II.—Bosquejo panorámico de la prensa.....	104
III.—En la política.....	106
IV.—En la Liga de las Naciones.....	107
V.—En la Quinta Conferencia Panamericana.....	110
VI.—En la Comisión Plebiscitaria.....	117
VII.—En la Fundación Santa María.....	119
VIII.—Primeros trabajos.....	122
IX.—Sobre Suecia.....	123
X.—Mi Tierra.....	124
XI.—Gente de Antaño.....	130
XII.—El Alba.....	134

	PÁGS.
XIII.—Cuatro Presidentes.....	143
XIV.—Sobre los trabajos históricos.....	151
XV.—Sobre la técnica del film.....	153
XVI.—Sobre el concepto de la historia.....	155
XVII.—Sobre materias económicas.....	157
XVIII.—Dos piezas literarias.....	159
XIX.—Sobre bibliografía colonial chilena.....	161
XX.—Correspondencia diplomática.....	163
XXI.—Conclusión.....	164

